



MORIRÉ POR TI



Anne Garber

MORIRÉ POR TI

Anne Garber

Índice

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Aquí concluye el final de esta historia... una historia en la que el destino unió a dos corazones que lamentablemente volvieron a sufrir la crueldad de aquellos que no lo poseen.

Por fin Alec va a compartir con ella esa parte de su pasado... la más desgarradora y espeluznante; un pasado como bien dijo él, nunca olvidará. ¿Podrá Chloe soportarlo? Y... ¿Su amor será tan fuerte, para acabar de una vez con todo lo que le atormenta? Nada es lo que parece, imaginad a descubrir lo inimaginable y nunca olvidéis que... nada sucede como se espera.

PRÓLOGO

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, ALEC!

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —me despierta mamá con un beso enorme mientras mi padre retira la colcha y comienza a hacerme cosquillas en los pies.

—¿Ya es mañana? —consigo decir entre carcajadas, intentando escapar de su implacable tortura.

—Felicidades, chico mayor —dice papá dejando por fin mis pies tranquilos y se tumba a mi lado en la cama.

—Sí, mi vida —contesta mi madre llenándome la cara de besos—pronto amanecerá, pero no podíamos esperar más para felicitarte por tu cumpleaños y... —papá la interrumpe haciendo sonidos con la boca para darle más emoción— darte algo que tenemos para ti —me entregan una caja de madera y una llave.

—Dentro están las pistas —anuncian los dos a la vez.

Me encantan estos juegos, esconden mis regalos para que los encuentre.

—Dentro de poco llegará el resto de la familia. Así que ¡Arriba, muchachote! —Papá se sienta en la cama para que me suba a sus hombros— ¡Hoy te aguardan muchas sorpresas!

Mamá se ha marchado a la cocina a preparar el desayuno. Papá me lleva hasta el salón y me deja caer en uno de los sofás, enseguida llega mi abuelo Gerald.

—¡Feliz cumpleaños, renacuajo! ¡Ven aquí! —pego un bote y me abrazo a mi abuelo; él me aprieta contra su pecho, me revuelve el pelo y me besa en la cabeza.

—Ya no soy un renacuajo —protesto— ya tengo diez años.

Mamá se acerca con mi prima Sarah en sus brazos y acompañada de mis dos abuelas, Catherine y Eva, y mi abuelo Zachary ; enseguida comienzan a darme achuchones y besos. Hemos pasado la noche aquí, en la granja de mi abuelo Gerald.

—Ella también quiere felicitarte, cariño —me sienta de nuevo para dejarme a Sarah entre los brazos— cógela con cuidado.

—No, mamá, vomita y huele mal —me quedo paralizado ante ese bebé regordete y calvo.

—No digas bobadas, Alec, los bebés huelen a bebés; dale un beso a este encanto de niña. Tienes que ir aprendiendo, solo faltan dos meses para que nazca tu hermanito y voy a necesitar que me ayudes —dice con ternura mientras se acaricia la barriga.

—Me dejará babas —me quejo, pero agacho la cabeza y le doy un beso.

Enseguida llegan mis primos Brandon, Eugene y David y miro a mi madre para que me quite de encima a mi prima.

—Feliz cumpleaños, Alec ¿buscamos tus regalos? —pregunta David; yo asiento con la cabeza, abro la caja y la primera pista nos lleva al viejo roble donde tenemos nuestra cabaña; salimos todos corriendo hacia allí. Unos hombres en un coche nos llaman para preguntarnos por la granja del abuelo, le señalamos la dirección y seguimos nuestra búsqueda.

Llevamos toda la mañana de aquí para allá y aún no hemos encontrado nada, cada vez lo ponen más difícil. Mi abuela nos avisa para ir a comer, acaba de llegar el resto de la familia.

Voy a la cocina a buscar a mamá y la encuentro abrazada a mi tía Grace que está llorando ¿Qué le ocurre?

—Por favor, deja de llorar y aléjate de él —le ruega mi madre mientras le acaricia el pelo— no consentiremos que vuelva a hacerte daño.

De pronto la miro y tiene el ojo ensangrentado y un enorme moratón en la cara.

—¿Qué le ha pasado, mamá?

Tía Grace se enjuga las lágrimas, me da un beso en la mejilla y se marcha.

—Alec, quiero que me prometas una cosa —me pide mi madre acercándose a mí—. Jamás permitas que peguen a una mujer. Nunca ¿me has entendido?

No tengo ni idea a qué viene esto, pero asiento con la cabeza.

—Mamá yo no pego a las chicas.

—Lo sé, Alec; sin embargo por desgracia hay hombres que lo hacen, son cobardes y crueles. Piensan que una mujer es de su propiedad y eso no es cierto; es su compañera. Quieren controlar sus vidas y eso, mi querido niño, no es bueno; las mujeres somos almas libres que pensamos por nosotras mismas y tenemos nuestros propios sueños, que no tienen por qué coincidir con los de él. Cariño, sé que ahora no me entiendes, pero algún día te enamorarás de una chica preciosa, quiero que la cuides y la quieras mucho. Si ella es la elegida por ti, se convertirá en la otra mitad de tu alma, apóyala siempre y ayúdala a alcanzar sus sueños. Será la persona que te acompañe el resto de tu vida.

Tiene razón, no entiendo nada ¿una elegida que me acompañe?

—¿Y tú? —pregunto extrañado.

—Mamá siempre estará contigo, incluso cuando llegue el día en que Dios me llame, siempre permaneceré a tu lado —pone su mano en mi corazón y la mía en el suyo— ¿Lo oyes? Nuestros corazones están unidos para toda la eternidad.

—Juro que nunca dejaré que peguen a una chica —cruzo mis dedos con los de mi madre sellando así mi juramento.

—¡Este es mi niño! —grita y me estrecha entre sus brazos—. Mamá está muy orgullosa de ti —coge mis manos y comienza a girar y a reír conmigo mientras bailamos por la cocina— ¿Sabes, Alec? Quiero que siempre luches por tus sueños, por conseguir todo lo que quieres y los conviertas en realidad.

—Totalmente de acuerdo, hermanita —nos interrumpe esa voz tan familiar e inmediatamente nos giramos hacia él.

—¡Tío Andy! —grito abrazándole, su llegada es una sorpresa ya que está en el Ejército y no sabíamos si iba a poder venir. Ahora sí que estamos todos.

—¡Feliz cumpleaños, Alec! —Me felicita y me sube a sus hombros—. Te recuerdo que tengo que darte diez tirones de orejas, —me echo a reír y le quito su gorra para ponérmela yo.

Entramos en el granero. Hay muchos globos, cintas de colores y un cartel enorme con mi nombre. Mamá me pide que avise al viejo Joe, el mejor amigo de mi abuelo Gerald. Entro en casa pero no lo encuentro, seguro que estará en el sótano. Bajo y enseguida le veo, está terminando de arreglar la vieja mecedora de mi abuela.

—Joe, dice mamá que vengas, ¡vamos a comer!

De pronto se oye una explosión y Joe me coge del brazo.

—¡Quietos, Alec! —me ordena sujetándome contra su cuerpo.

Vuelve a oírse otro estruendo más fuerte que el anterior. Me separo de él y subo a uno de los viejos muebles para poder ver por la pequeña ventana. Hay mucho fuego y oigo gritos. Unos hombres está delante de la puerta pero no les ayudan, han bloqueado la salida; les reconozco: son los mismos que nos preguntaron por la casa de mi abuelo. Mis padres están dentro, toda mi familia

está ahí, quiero correr y ayudarles pero el viejo me lo impide. Los gritos continúan suplicando ayuda y los llantos de los niños se incrustan en mi cabeza.

—Joe, déjame ¡van a morir! —estallo en llanto revolviéndome para que me suelte.

—Alec, escúchame —me grita— prométeme que no te moverás de aquí; yo iré a ayudarlos ¡Prométemelo!

—Por favor, sácalos de ahí —suplico entre hipidos.

Vuelvo a subirme al mueble para poder mirar por la ventana. Joe corre hacia el granero, pero uno de esos hombres se va hacia él, le golpea fuertemente en la cabeza y Joe cae al suelo. Está inmóvil y tiene mucha sangre, otro de los hombres lo arrastra y lo acerca a las llamas ¡No, no! ¡Se está quemando!

El miedo me tiene paralizado. Apoyo mis manos en el cristal de la ventana y pego mi frente en ella. Siento algo que me oprime por dentro. ¡Está muerto! Yo quería a ese viejo y ahora está muerto. De pronto esa opresión que me está estrangulando se convierte en ira, en odio hacia esos hombres que están haciendo todo este horror. Reacciono. Mi familia está ahí dentro y no pueden salir, tengo que ayudarles. Subo corriendo las escaleras, el fuego se ha extendido hasta la casa, no sé por dónde salir, hay mucho humo; no consigo ver bien y me cuesta respirar; las llamas están devorando todo. Vuelvo a bajar al sótano e intento abrir la pequeña ventana pero no puedo; la golpeo con fuerza y grito; los bomberos y la policía han llegado, sigo golpeando pero nadie me oye. Miro a mi alrededor y veo la caja de herramientas de Joe, cojo uno de los martillos y rompo el cristal.

Consigo salir y me acerco. De repente retumba otra explosión, la tierra tiembla y una espesa nube de humo negro se extiende hacia mí.

—¡Llevaos a ese niño de aquí, por el amor de Dios, esto es horrible! —grita un bombero a uno de los agentes de policía.

Alguien me coge apartándome de allí, pero yo chillo con todas mis fuerzas. No quiero que me lleven, quiero a mi madre y a mi padre, todos están ahí dentro. En ese instante oigo las palabras más duras y dolorosas, las que nadie desearía oír. Han muerto todos, mi corazón se acaba de detener para sentir como se desgarran y estalla en mil pedazos dentro de mi pecho, mientras, las lágrimas que manan de mis ojos se van clavando como cuchillos por mi cara.

¡Han sido ellos...! ¡Ellos han matado a toda mi familia!

Me despierto de pronto gritando y llamando a mi padre y a mi madre. Intento levantarme pero no puedo moverme, estoy atado a la cama. ¡Dios, no! Miro a mi alrededor horrorizado pero nadie viene, nadie va a venir ya no está ninguno de ellos. Acabo de despertar de lo que comenzó como un bonito sueño y se convirtió en mi peor pesadilla, mi horrible pesadilla y aquí es donde vivo ahora, en esta maldita habitación fría y sucia. Intento desatarme pero no puedo, me duele todo el cuerpo y tengo la ropa manchada de sangre; ahora lo recuerdo: han vuelto a pegarme...

Noto una mano pequeñita acariciándome y unos besos que me consuelan; no necesito verla, sé que es ella, mi pequeña Summer, la que siempre está a mi lado, la chica que amo, la otra mitad de mi alma. Abro los ojos y la miro: le han cortado su precioso pelo, está tan delgadita que lo único que resalta de su bonita cara son sus impresionantes ojos color esmeralda; lleva un pijama enorme que podrían haber tres niñas como ella, nunca le ponen ropa de su talla, sus dientes castañean, está descalza y es muy friolera.

—Ya pasó dragón, los monstruos se han ido —dice agachándose para que mi mano toque su corazón y sonrío, yo le he enseñado a hacer esto—. Ya estoy aquí contigo.

Se pone a hacerme reír haciendo tonterías con su viejo osito de peluche que le llama Buba; se

lo he arreglado un montón de veces, no sé cómo puede gustarle tanto, es feo y le falta un ojo, pero mi chica lo adora. Ella es lo único puro y bueno que hay en este maldito lugar.

—Summer, haré que tus sueños se cumplan y te daré todo lo que desees —ella me mira muy atenta con una preciosa sonrisa en su cara y asiente con la cabeza; sé que ahora no me entiende, pero da igual, sé que algún día todo lo que le digo se hará realidad—. Nunca dejaré de cuidarte, tú eres mi todo y no olvides jamás que yo... moriré por ti.

CAPÍTULO 1

Acabamos de aterrizar en Kalispell, en el estado de Montana, tras casi siete horas de vuelo. Subimos a un todoterreno que nos estaba esperando y Alec lo conduce. Hace bastante frío y está nevado, aquí ya ha llegado el invierno. El viaje ha estado envuelto en un ambiente extraño, he tenido la sensación de viajar con un completo desconocido. A excepción de un par de veces que se ha dirigido a mí preguntándome si estaba bien o si necesitaba algo, no ha abierto la boca en este trayecto interminable. He dormitado, he visto tres películas a medias mientras él no ha dejado de hacer lo que fuese en su portátil. No sé hacia dónde nos dirigimos y, sinceramente, no me importa. Sé que me lleva a una parte muy dolorosa de su pasado, dentro de mí hay cierto recelo ante el desconocimiento y al mismo tiempo me emociona que quiera compartirlo conmigo.

Gira hacia la derecha y nos adentramos por una senda arbolada. De pronto aparece ante nosotros la visión más alucinante que haya visto, como si la hubiesen sacado de un maravilloso cuento. El brillante resplandor de las luces de unos enormes ventanales iluminan una preciosa cabaña de piedra y madera; una fina capa de nieve cubre el tejado enmarcando una casa de ensueño en un paraje mágico.

Me bajo del coche y me quedo embobada admirando esa belleza.

—Bienvenida a mi lugar secreto —susurra a mi oído, rodeándome desde atrás con los brazos y apoyando la barbilla en mi cabeza; me deja unos minutos para que salga de mi ensimismamiento antes de darme un leve empujón con sus rodillas para que comience a caminar.

—¡Es precioso! —exclamo entusiasmada. Me doy la vuelta entre sus brazos y le doy un beso.

Entramos en la casa y sigo alucinando, un reluciente suelo de madera acoge al elegante mobiliario rústico que adorna el impresionante salón; un cálido tapete navajo cubre el suelo delante de unos sofás de cuero envejecido. Es sumamente acogedora, nada que ver con su ático de Manhattan; hay muchas fotografías que imagino que son de su familia. Él mismo lo ha dicho, es su lugar secreto. Vienen a mi cabeza las palabras de Jake cuando me dijo que no sabía dónde se largaba, nadie ha venido nunca a este lugar y Alec lo ha convertido en su verdadero hogar. Me sorprende no ver por ningún lado una chimenea, un elemento muy habitual en estos lugares. Me coge de la mano y me acerca al enorme ventanal; me quedo boquiabierta al contemplar la imponente vista que se abre ante mí: un hermoso lago ligeramente escarchado, iluminado por luces que titilan dentro de unas lamparitas que cuelgan de los postes de la pasarela y crean el efecto de estar cubierto de estrellas. Una maravillosa obra de arte.

—Mi madre nació en esta pequeña ciudad y este era su lugar favorito; más tarde, cuando se lo mostró a mi padre, se convirtió en un lugar emblemático y especial para ellos. Adoraba Montana, siempre decía que viviera donde viviera ella pertenecía a este lugar, así que es aquí donde esparcí sus cenizas y las de todos.

—Gracias por compartirlo conmigo —consigo decir apenas en un susurro, detecto el dolor que le traen todos estos recuerdos.

Señala el sofá para que me siente, él en cambio permanece en pie. Hunde sus manos en los bolsillos de los pantalones y camina lentamente de un lado a otro.

—Creo que ha llegado el momento de contarte quién soy en realidad.

Le miro y, no sé por qué, comienzo a sentir una extraña sensación y el pulso se me acelera.

—¿Seguirás enamorada de un tío que ha asesinado a gente?

Su pregunta me impacta como si acabaran de asestarme un puñetazo.

—¿A qué te refieres? —pregunto nerviosa y siento cómo el pánico empieza a apoderarse de mí. ¿Qué es lo que pretende?

—Maté a todos los que acabaron con mi familia. Uno por uno hasta eliminarlos a todos.

Su inesperada confesión estalla en mi pecho como si lo hubieran dinamitado. Sus ojos no abandonan los míos, me mira expectante.

—¿Mataron? —Pregunto en un grito y como si me hubiesen catapultado me levanto del sofá.

—Sí, no fue un accidente. Aprovecharon el día de mi cumpleaños, sabían que todos estaríamos reunidos. Provocaron una explosión y acto seguido todo se incendió y bloquearon las puertas del granero para que nadie pudiera salir; aún puedo oír en mi cabeza sus gritos suplicando ayuda, el llanto de los niños. Murieron calcinados vivos, la forma más cruel y dolorosa de morir —explica con toda la amargura que guarda dentro.

Con la mirada perdida en algún punto de su pasado Alec comienza a contarme cómo sucedió todo. Su bello rostro refleja tanto dolor, tanta amargura que me impacta de lleno en el corazón; lucho con todas mis fuerzas para no desmoronarme en un llanto angustiado, es demasiado duro lo que hicieron con ellos. Ha vivido la experiencia más horrible que un ser humano pueda soportar. Tiro de su mano hacia mí y le abrazo con fuerza.

—El odio es lo único que me alimentó durante todos estos años, lo único que tenía cabida en mí —prosigue estrechándome fuertemente contra él, tanto que casi me cuesta respirar—. He destruido a mucha gente, nadie me importaba, si ellos sufrían me daba igual, mi sufrimiento siempre estaba por encima del suyo.

Su voz grave está cargada de tensión y yo sigo haciendo un esfuerzo sobrehumano para impedir que mis lágrimas salgan disparadas de mis ojos, sé que él no soporta verme llorar, siempre me lo ha dicho.

—Esto es lo que soy realmente y no te culparé si coges esa puerta y te marchas, ya te dije que no te merezco.

Deshago el abrazo al oír su comentario y cojo su cara entre mis manos para que me mire.

—Te amo, Alec, y no voy a irme a ningún sitio. No creo que la venganza sea algo bueno, sin embargo reconozco que no sé cómo hubiera actuado si me hubiese visto en tu situación. No pienso juzgarte por lo que has hecho, ni ahora ni nunca.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa y su rostro por un instante se suaviza, creo que en este momento mi sincera declaración, es su mayor apoyo.

—¿Quieres saber una de las últimas cosas que mi madre me pidió? Que luchara para hacer realidad mis sueños; pues bien lo hice, este era uno de ellos: acabar con esos malditos hijos de puta. Ha sido un odio que me engrandeció.

—Alec, no sé quién ha podido meterte eso en la cabeza —miento, sé perfectamente quién le ha inculcado este despreciable pensamiento— el odio no engrandece a nadie, es un sentimiento destructivo.

—Estás muy equivocada —me contradice apartándose de mí.

Le miro y la expresión pétrea que veo en su rostro me advierte de que en este momento no va a razonar con coherencia sobre lo que quiero decirle respecto a esta forma de pensar, pero juro que no me detendré hasta que lo consiga, solo tengo que esperar el momento adecuado.

—¿Por qué lo hicieron? —No puedo evitar seguir preguntando, necesito saber por qué motivo los asesinaron.

—Querían las tierras de mi abuelo y él se negó a venderlas. Todo por el puto dinero; todo lo que poseo es fruto de sus muertes.

—Alec, por favor, no digas eso —le ruego.

Se gira hacia los ventanales y se queda quieto, inerte, como si fuese una estatua de piedra.

—Si mi abuelo hubiera vendido no estarían muertos. Él tuvo la culpa —acusa con rabia— al ver lo interesados que estaban, se puso en alerta y fue cuando descubrió el verdadero motivo de todo ese maldito interés: el preciado oro negro... petróleo. Por eso no las vendió.

—No, Alec, no puedes culparle por querer que ese legado fuera para su familia, para vosotros.

Se gira bruscamente para mirarme.

—¿Legado? —repite con una sonrisa amarga—. A mí me importaba una mierda ese legado; yo lo tenía todo ¿me entiendes? —aprieta los dientes y los músculos de su mandíbula se tensan— todos, vivíamos modestamente pero éramos felices, cada uno de nosotros lo era; fue un precio demasiado alto ¡Mis primos, por el amor de Dios! todos eran pequeños, había bebés y mi madre estaba embarazada, era un niño... un niño que mataron en el vientre de su madre. Este es el legado que me dejaron —extiende su brazo señalando el lago— muertes y dolor —brama; una espeluznante ira es lo único que refleja su rostro, golpea repetidas veces con fuerza un mueble de madera que hay a su lado, destrozándolo.

—¡Basta! —Le grito y cojo su mano, se ha abierto una herida y le sangra— por favor, te estás haciendo daño.

La aparta como si mis dedos le quemaran; su mente no está aquí conmigo y el ambiente se ha tornado extremadamente tenso. Verlo de esta forma me está matando.

—Como ves nunca olvido mi pasado.

Esto último me confirma que ahí es donde se encuentra, ahí es donde lleva demasiado tiempo, atrapado en ese lugar de su pasado que lo tortura y lo va consumiendo. Tengo un nudo estrangulándome la garganta, su dolor es el mío y no sé cómo aliviar su destrozada alma.

—Y no debes olvidarlo, ellos forman parte de ti; lo que si debes olvidar es la amargura y el sufrimiento, tan solo tienes que recordar las cosas bonitas de cada uno de ellos. El resto ya pasó, deséchalo de tu vida —intento tranquilizarle esforzándome en que mi voz no se quiebre al hacerlo.

—No me arrepiento en absoluto de lo que hice, lo volvería hacer —reconoce impasible, tanto que me asusta.

—Te entiendo —concedo— pero ya lo hiciste, se acabó, todo terminó —le digo con dulzura y vuelvo a mirar su mano, no tiene buen aspecto— ¿Dónde tienes un botiquín? Hay que curar esa herida.

Me sorprende que me obedezca dirigiéndose a buscarlo, momento que aprovechan mis lágrimas para resbalar por mi cara en un mudo llanto; oigo sus pasos de regreso y enseguida me apresuro a apartarlas con mi mano.

Me lo entrega, le siento a mi lado y apoyo su mano en mi regazo. Comienzo a limpiar y desinfectar la herida que ha comenzado a hincharse y un moratón se está extendiendo a su alrededor; sé perfectamente que le duele, sin embargo de su boca no sale ni un murmullo de queja; mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas y caen sin poder evitarlo. Alec me levanta la barbilla y enjuga mis lágrimas con sus labios; su gesto de dulzura acaba con toda mi entereza; incapaz de aguantar más este dolor que se ha aferrado en mi corazón me derrumbo y me tiro a sus brazos llorando, no soporto ver su tormento.

—No, no, no me hagas esto pequeña. Te he asustado y lo siento —susurra su disculpa.

Me aparta el pelo de la cara con ternura intentando que me calme.

—No quiero que vuelvas a hacerte daño —le pido sollozando— y no puedo evitar sentir este dolor por ellos, el mismo que siento por ti y saber que tú lo presenciaste todo me destroza, fue demasiado horrible y devastador.

Alec me pone acurrucada sobre su regazo y se queda en silencio acunándome entre sus brazos, es lo que más necesitamos los dos en este momento.

—Mis padres te hubieran adorado —dice de pronto rompiendo nuestro silencio—. Mi padre era mecánico, trabajaba en un taller de coches y mi madre, junto con mi tía Jodie, tenía una pequeña tienda de regalos. Eran personas sencillas y demasiado buenas para este mundo, siempre intentaban ayudar a quienes lo necesitaban, todo lo contrario de lo que yo soy.

Me enderezo de entre sus brazos y le miro fijamente apoyando mis manos en sus hombros.

—¡Escúchame! Tú eres bueno, muy bueno, no pienses de ese modo de ti; recuerda lo que hiciste por Corina y su hija, fuiste tú quien salvó sus vidas.

Alec entorna los ojos ¡Oh, oh! Me acabo de ir de la lengua pero me importa bien poco. Cubro su boca con mi mano antes de que diga nada y prosigo.

—Ayudaste a Lebrón y... ¿te olvidas de todo lo que has hecho por mí? ¿Las veces que has salvado mi vida? Así que deja ya de decir tonterías. Ellos estarían muy orgullosos de ti —recalco mis palabras en un intento de que reconozca que ha hecho cosas buenas por los demás.

Alec arquea las cejas y hace un gesto con la cabeza ya que aún tengo mi mano sobre su boca; sonrío y la aparto.

—Yo no lo creo, he ido en contra de muchas cosas que ellos me enseñaron. Una de ellas es lo que hice respecto a esos tipos, pero hice lo que debía hacer y, como ya te he dicho, no me arrepiento lo más mínimo —su voz es dura y fría como el acero.

Con esto reconoce que sus padres jamás hubieran aprobado su acto de venganza y en este momento me asalta una enorme duda.

—Hay algo que no entiendo; después de tanto tiempo ¿Cómo averiguaste quiénes fueron?

—Se lo debo a Warren, él fue quien me ayudó.

Ahora acabo de entender la nociva relación que le une con él. Como también podría asegurar que fue el mismo Warren quien alimentó e incitó a que Alec llevara a cabo su venganza.

—¿Te conocía? ¿Conocía a tu familia?

Alec niega con la cabeza.

—Trabajaba para esa gente y sabía lo que querían hacer conmigo. En el momento en que todo pasara a mis manos mi vida correría la misma suerte que la de mi familia —asegura; dentro de mí empieza a materializarse un impreciso malestar—. Por ese motivo buscaron a ese maldito hijo de puta para que me sacara del orfanato prometiéndole que recibiría una buena cantidad de dinero si me tenía controlado hasta que cumpliera los dieciocho años.

Un pensamiento muy desagradable se me pasa por la cabeza al recordar que me dijo que estaba muerto y se alegraba de ello.

—¿Le mataste también?

—En cierto modo sí, le dejé morir; no moví un músculo por ayudarlo y tampoco me arrepiento. Al muy estúpido solo le utilizaron y fue esa misma gente quien le quitó de en medio en el momento que dejó de serles útil.

—¿Qué hizo contigo, Alec? —pregunto con el miedo calado en mis entrañas, el odio que escupe Alec hacia él evidencia qué tipo de persona era.

— Cuando me llevó con él, mi vida fue a peor; ya sabes que era muy rebelde y me metía mucho en peleas, él lo utilizó igual que aquel tipo en el orfanato; arreglaba combates diciendo que él no

iba a mantenerme y era todo lo contrario, el muy cabrón vivía del dinero que conseguía conmigo.

—¡Dios, solo eras un niño! —manifiesto con horror— ¿Qué tipo de personas disfrutaban con ello?

—Te sorprendería saber a qué tipo de gente le gusta verlo. Más de la que te puedas imaginar.

—Y... ¿tus cicatrices? ¿Te hirieron en esas peleas?

—No, de los combates solo hubo algún hueso roto y lo que ya te conté de mi ojo. Una de las puñaladas me la dio él. Le hice perder dinero. Y la otra de algún modo también fue por su culpa, le debía dinero a unos tipos y como no le encontraron a él la pagaron conmigo. Después llegaron las carreras de coches ilegales, las drogas, cuando te mueves en ese ambiente tienes que ir armado ¿no? O tu vida o la de ellos, era una cuestión de conseguir territorio; yo tenía mi zona de venta y no iba a permitir que otros la usurparan; ya sabes, tienes que hacerte respetar y que sepan quién es el que manda.

¡Dios de mi vida! desde aquél fatídico día ha vivido constantemente en un auténtico infierno.

—¿Un tiroteo entre bandas? —exclamo aterrorizada.

Alec niega con la cabeza.

—Esos cabrones tenían mala puntería, fue la policía —responde tranquilamente, como si fuera lo más natural del mundo; acabaré con un ataque al corazón.

—¿Qué edad tenías?

—Quince años y, bueno, he hecho de todo un poco; cómo ves soy una buena pieza, el típico chico que toda madre quiere para su hija —dice burlándose de sí mismo.

Con tan solo quince años ya le habían apuñalado, iba armado y le habían disparado; mientras yo vivía feliz con una familia que me adoraba, él luchaba día a día por su vida.

Trago saliva, mi garganta está cerrada; sé que estoy abusando de forma flagrante de su confianza, sin embargo no puedo evitar seguir con mi interrogatorio, se está abriendo conmigo, desnudando esa parte tan trágica de su vida y necesito saber todo lo que le ocurrió.

—¿Tomabas drogas? —pregunto y mi corazón sigue batiendo con fuerza en mi pecho.

—En eso fui bastante listo, al menos el vivir con él me sirvió para ver cómo esa mierda puede acabar contigo y no es porque mi vida me importara algo, simplemente tenía una misión que cumplir, así que quitando un poco de hierba, nunca me he metido nada más, solo las pasaba, las vendía, ahí quedaba todo. ¡Ah! también he robado coches que era los que después utilizaba para las carreras.

Un poco de alivio reaparece al oírle, me refiero al tema de las drogas; al menos sé que no ha estado destruyéndose con esa mierda, aunque con el resto mi corazón sigue encogido.

—¿Eso es todo o queda algo más que no me hayas contado? ¿Algún complot maquiavélico contra el presidente? —bromeo en un intento de restar importancia, creo que en estos momentos es lo que más necesita al igual que yo. Intento asimilarlo como puedo, aunque sinceramente pienso que todo lo que ha hecho está plenamente justificado; en ningún momento han sido actos voluntarios que nacieran de él sino todo lo contrario; se ha visto obligado a hacerlo para sobrevivir al lado de un monstruo.

—Ahora no lo recuerdo bien, pero no lo descarto. ¿Sigues queriéndome?

—Te amo Alec y jamás dejaré de hacerlo.

Me mira con sus preciosos ojos azules que ahora brillan aliviados, esta noche ha liberado una parte de su pesada carga. Me aprieta contra él y nuestras bocas se unen en un beso necesario y cargado de emociones en el que compartimos nuestros sentimientos, nuestro amor, nuestra veneración del uno por el otro.

—Y quiero —añado separando mis labios de los suyos al mismo tiempo que intento recuperar el aliento— que te apoyes en mí, Alec, que te abras conmigo y me cuentes siempre todo lo que te preocupe. Ya no estás solo.

—¡Ni lo sueñes! Eso ya es pedir demasiado, preciosa —se apresura a responder con su típica chulería que ya me es tan familiar y... ¡cómo no! la dichosa palabrita.

—¿Por qué eres tan... tan capullo?—le recrimino separándome de él— estropeas este momento de sinceridad en un abrir y cerrar de ojos.

—Porque te pones demasiado seria y quiero follarte contigo, muñequita, así que se terminó.

—Ahora sí que lo acabas de arreglar... ¡encanto! —Enfatizo esto último— ¿Tanto te cuesta decir que quieres hacer el amor?

Me mira y comienza a partirse de risa.

—Oh, no, señorita, las cursiladas románticonas las dejo para ti —dice con todo el desparpajo y suspiro resignada, hay cosas que no cambiarán.

—¡Qué considerado! —me cruzo de brazos en actitud de dama ofendida— aunque te informo que cuando quiero soltar una grosería las suelto y en respuesta podría mandarte a que te la restregaras con un cactus —replico y aguanto mi risa para dar más veracidad a mis palabras.

Ahora suelta una carcajada y se lleva las manos a la entrepierna simulando un gesto de dolor, lo que provoca que acabe en carcajadas con él. En el fondo me alegro, ha dado por finalizada esta triste y dolorosa confesión de la mejor forma, con su fantástico sentido del humor, otra de sus facetas que me enamoró.

—Eso ha estado muy bien, me encanta tu intento por parecerlo —comenta y comienza a tararear *You Send Me*, por lo visto esta canción le gusta; se va acercando hacia mí bailando, dedicándome esa sonrisa arrebatadora que me desarma, le adoro cuando hace esto, apoya sus manos en mi cintura, rodeo su cuello con mis brazos y empezamos a bailar.

—¿Pero sabes, chica bonita? —Añade con esa voz melosa y sexy que provoca que me derrita al instante— adoro cada milímetro cursi y romántico tuyo, por lo tanto no cambies nunca.

—Te quiero, chico duro.

—Yo... —se detiene, coge mi cara entre sus manos acariciando mis mejillas con sus pulgares — seguiré odiándote hasta el día que me muera.

Vuelve a besarme rozando su lengua con la mía en una caricia intensa y seductora que me deja embriagada.

Me coge en brazos y me lleva hacia el dormitorio, en mi mente aún resuena cada una de sus palabras; una parte de mí se estremece ante tantas muertes como se han llevado a cabo y por otro lado, me siento feliz de que haya compartido esa parte de su vida conmigo. Jake tenía razón, Alec lo ha pasado muy mal pero ahora estoy yo y lucharé con todas mis fuerzas para conseguir que desaparezca de él todo ese rencor y ese odio que le corroen por dentro y del mismo modo iré apaciguando el dolor que constriñe su corazón. Sin embargo aún hay algo que ronda por mi cabeza y no consigo entender, sabe el motivo por el que asesinaron a su familia ¿entonces? ¿Por qué cree aquello de la maldición? y... ¿Quién hizo que él creyera en ello?

CAPÍTULO 2

Alec me ha despertado entre besos y achuchones y tal despliegue de mimos y atenciones han concluido en un magnífico polvo, aunque acto seguido me ha sacado de la cama de esa forma suya tan peculiar, que no es otra que a rastras, para llevarme cargada sobre su hombro y meterme de cabeza con él en la ducha. Esta faceta cavernícola se está convirtiendo en una costumbre que por lo visto le divierte enormemente.

Dejando de lado al chico juguetero de hace unos minutos reaparece de nuevo el poderoso hombre de negocios. Se ha encerrado en su estudio para atender unas llamadas, mientras yo me dedico a curiosear todo lo que me encuentro a mi paso. Voy descalza, tiene calefacción radiante y es una delicia caminar por aquí.

Me detengo a mirar las fotografías y lo que veo en ellas me araña el alma: caras felices y sonrientes; mis emociones aún están a flor de piel, me destroza ver la felicidad que traslucen las sonrisas; veo una en la que reconozco perfectamente a Alec; aquí está más pequeño que cuando le conocí. A su lado hay otro niño que creo que debe ser Jake y justo detrás de ellos dos hombres: uno es su padre y el otro seguramente el de Jake; sonríen felices sosteniendo entre sus manos su trofeo de pesca. En otra, su madre lo tiene sentado sobre las rodillas, es pequeñito, imagino que puede tener dos o tres años a lo sumo; ella sonríe feliz rodeando con sus brazos el cuerpecito de su hijo y apoyando su mejilla contra la de él; ahora sé de quién ha heredado sus preciosos ojos, son como los de su madre. Hay otra que al mirarla se me termina de encoger el corazón: Alec tiene sus manos apoyadas en la barriga de su madre y por el gesto de asombro y sorpresa de ambos deduzco que quien la tomó captó el momento justo en que debieron notar alguna patadita del bebé.

En mi mente revivo todo lo sucedido la noche anterior: cómo me sentí cuando Alec me reveló esa parte tan dolorosa, tan terrible y oscura de su pasado. Tuve el impulso de detenerlo para evitar el sufrimiento que le provocan sus recuerdos, pero algo dentro de mí me frenó; entendí que era lo que más necesitaba, que le hacía tanta falta contármelo como a mí escucharlo y comprender todo lo que le ocurrió; le amo, le quiero con toda mi alma a pesar de que hay cosas de él que me superan. Sin embargo lo que más me inquieta de todo es su relación con Warren; sigo pensando que lo único que le mueve es su codicia. Exhalo un hondo suspiro mientras dejo las fotografías donde estaban y me encamino hacia el estudio a buscarle.

Entro y no está, vuelvo al salón y mis ojos se detienen admirados ante el paisaje que veo de nuevo tras los enormes ventanales, aún más espectacular a la luz del día. Un lugar que inspira historias y leyendas sobre duendes y hadas que lo habitan. Sobre el inmenso bosque que nos acoge, el sol se alza orgulloso entre algunas nubes de algodón que adornan un cielo increíblemente azul, el mismo que inunda de destellos dorados las cristalinas aguas del lago creando un efecto realmente mágico. Ha debido nevar durante la noche, pues aún queda algún retazo de nieve sobre las copas de los árboles y salpicando con gracia los arbustos y las diferentes variedades de plantas que bordean el lago.

Al mirar hacia el otro extremo le veo: está agachado junto a algo, abro un poco el ventanal y me asomo ¡Dios! el pulso casi se me detiene al ver lo que está haciendo ¿Está acariciando a un lobo?

—Alec ¿Qué haces?

—Ven a saludarlo —contesta tranquilamente.

—¡Es un lobo! ¡Por el amor de dios, es un animal salvaje! —exclamo casi en un grito, pero enmudezco de repente para que ese animal no se asuste y pueda atacarle.

—¿Quieres venir? —Su tono de voz es una orden camuflada en pregunta— no tengas miedo.

La insensatez de este hombre no tiene límites.

—¿Estás loco? Por supuesto que lo estás —me respondo a mí misma— y más aún si piensas que me voy a acercar.

—Escúchame ¿piensas que te pondría en peligro? Antes de que el lobo intentara hacerte el menor daño me lo comería, así que acércate, caperucita.

De repente comienza a ladrar.

—¡Serás capullo, es un perro!

Alec comienza a desternillarse de risa y yo me pongo furiosa de lo idiota que parezco cuando estoy con él.

—Veamos: tú has empezado con lo del lobo, yo me he limitado a no llevarte la contraria —se defiende; ahora sus labios se curvan y aparece su irónica sonrisa, lo que acentúa sus irresistibles hoyuelos.

—Te has divertido a gusto ¿verdad? —le recrimino arrugando el ceño.

—Ni te lo imaginas.

Me acerco y enseguida comienza a olisquearme.

—¿Qué raza es? —me arrodillo a su lado y acaricio suavemente su lomo. Alec se percata de que voy descalza y me sienta sobre él para que mis pies no se queden helados.

—Es un cruce entre Husky y otra raza que, por su tamaño, bien podría ser un Malamute; tienes razón, parece un lobo más que un perro —admite mientras frota mis pies para que entren en calor.

—¿Es tuyo?

—No, pero siempre que vengo viene a visitarme. Creo que no debe vivir muy lejos de aquí. Y ahora, señorita, termina de arreglarte que nos vamos —dice contra mi pelo.

—¿A dónde?

—Mira que eres preguntona, no pienso decírtelo.

—Voy a contarte algo, lobito bonito, este Seytton es un mandón, un gruñón, un capullo y... bueno, por hoy ya tiene bastantes adjetivos descalificativos.

Alec se echa a reír.

—¿Lo piensas llamar así? —pregunta levantándose conmigo del suelo del porche.

—No sé su nombre ¿tú lo sabes?

—No, pero desde luego no pienso llamarle lobito bonito.

Entramos en casa y Alec me baja, mis pies enseguida agradecen el contacto cálido del suelo.

—¡Oh, claro! Es demasiado cursi para ti —me burlo.

—Te has levantado muy irónica ¿eh? haz lo que te digo, cursilona; iré preparándote el desayuno —dice girándome los hombros en dirección al dormitorio y me da un azote en el culo para que comience a andar.

—No se te ocurra envenenármelo —le digo a voz en grito mientras camino hacia la habitación.

—No, solo pensaba escupir en él —responde partiéndose de risa.

—¡Eres un guarro!

—Y tú una bruja —grita a mi espalda.

Termino de arreglarme y me voy hacia la magnífica cocina que se abre al salón; el olor a café y a pan recién hecho acaricia mis fosas nasales. Hay videos musicales proyectados en una pantalla

plana de televisión de medidas desmesuradas y veo que ya tiene todo el desayuno dispuesto sobre la barra de la cocina. El lobo que al final ha resultado ser un perro, está sentado a su lado; nada más verme se levanta, ladra y mueve alegremente su espectacular cola. Le acaricio y cojo un trozo de bacón del plato de Alec y, adivinando mis intenciones, me lanza una miradita reprobatoria junto con un gruñido; me burlo de él sacándole la lengua y se lo doy al perro.

Nos sentamos a degustar este opíparo desayuno que ha preparado, por supuesto encargándome de vez en cuando de que lo disfrute también mi nuevo amigo peludo.

A continuación un nuevo videoclip aparece en la enorme pantalla, reconozco enseguida la canción; es *Sugar* de *Maroon five*.

—¿Quieres ver algo curioso? —afirmo con la cabeza y Alec se pone a bailar; el perro lo observa y se va hacia su lado poniéndose a dos patas frente a él. Alec las coge y lo lleva de un lado al otro del salón al ritmo de la música.

Por lo que estoy viendo no es la primera vez que estos dos bailan juntos. Me enternece ver su lado infantil, el de un niño jugando con su fiel mascota, y al mismo tiempo me acongoja, no puedo olvidar que solo pudo disfrutar de su infancia diez años. A esa edad todo lo perdió.

Mi boca se abre de puro asombro al ver cómo Alec mueve la cabeza arriba y abajo sin dejar de seguir el ritmo y el perro lo imita.

¡Por el amor de Dios! ahora Alec gira sobre sí mismo y a continuación el perro; estallo en una carcajada, el animal está encantado, sigue con la mirada todos los movimientos de su pareja de baile moviendo alegremente su cola; no puedo dejar de reírme de las habilidades de este asombroso chuchito.

—Eres un lobito muy bonito y muy listo —le adulo y se viene hacia mí como si hubiese entendido mis palabras.

—¡Eh, ni se te ocurra, amiguito! Esta es mi chica, tú búscate a otra —Alec tira de mi mano y me lleva bailando hacia la puerta.

El animal nos sigue.

—¡Grandullón! Tú no vienes, tienes que quedarte aquí —le ordena Alec.

—¿Grandullón? Menudo nombre más feo para un perro —me pitorreo de él, sabía que tarde o temprano le llamaría de alguna forma. Le acaricio y le hago un gesto para que se siente, me obedece y se queda plácidamente tumbado en el porche de la casa.

—¡Ah, claro! es mucho mejor lobito bonito —replica con sorna.

—Estás celoso porque me ha obedecido a mí y no a ti —intento chincharle.

—Estoy celoso de que le hagas más caso a ese bicho peludo que a mí —aprieta sus caderas a mi cuerpo provocando que dé un respingo, apoya sus manos en mi trasero y me aprieta contra él.

—Vaya, el titán no descansa nunca, siempre listo para entrar en acción —comento ya que noto claramente su erección empujando contra mí.

—Creo que ya te lo he dicho en más de una ocasión. Tú me pones de esta forma y, sí, muñequita, soy el puto titán del sexo. De no ser porque tengo algo en mente y quiero que lo veas te juro que no saldríamos de esa casa.

Ante ese comentario tan ególatra sobre su persona, aunque reconozco que he comenzado yo, reaparece mi estúpida curiosidad por saber con cuántas mujeres ha estado y las que seguro se habrán enamorado de él; me llamo a mí misma estúpida porque solo de pensarlo se me retuercen las tripas.

—Una proposición muy tentadora, pero has despertado mi curiosidad sobre lo que quieres que vea. Así que andando —le ordeno—. Quiero verlo —dulcifico mi voz y le hago un mohín

cariñoso para que se aparte pero mi intento de que me obedezca es en vano, no se mueve ni un milímetro. Otra de sus peculiaridades: le encanta dar órdenes pero no recibirlas.

Sonríe, me muerde la nariz y me abre la puerta del copiloto de un lujoso todoterreno que, por supuesto, no es en el que vinimos anoche, a este hombre le brotan los coches como champiñones. Entro y me dejo envolver en el confortable y suave asiento de cuero que desprende esa agradable sensación de calor gracias a la calefacción que lleva incorporada; Alec se desliza detrás del volante y emprendemos la marcha.

La única información que consigo obtener —tras darle incesantemente la tabarra durante la que me ha regalado alguna que otra miradita de advertencia de la que he hecho caso omiso—, es que vamos hacer una pequeña excursión. Estoy emocionada pues los paneles informativos de la carretera indican que estamos muy cerca del Parque Nacional de los Glaciares. Alec se percata enseguida de mi observación y me aclara que no es ahí donde vamos, pero me promete que en primavera vendremos a visitarlo y que si me quedo calladita me contará alguna historia sobre ese lugar; así que obedezco, me arrellano cómodamente y Alec comienza su relato. En más de una ocasión he tenido que darle un manotazo en la pierna, ya que ha intentado tomarme el pelo, con lo que rompe en carcajadas admitiendo que parte de la historia se la estaba inventando, pero que tenía que hacerlo para que mantuviera la boca cerrada. Me contagio de su risa, la felicidad me embarga, pienso que soy el motivo que consigue distraer su mente de sus dolorosos recuerdos.

Abandonamos la carretera estatal y tomamos un desvío que nos conduce hacia una extensión acotada. Detiene un instante el vehículo delante de una verja en la que un hombre a caballo nos está esperando; al vernos desmonta y la abre.

Alec se limita a un breve saludo con la mano al pasar y continuamos nuestro camino; por lo que observo nos dirigimos hacia unas caballerizas. Tengo la impresión de que esto es suyo.

Nos detenemos y se acercan dos hombres; por el tono rojizo de su piel, ojos oscuros y un poco rasgados, pómulos marcados y pelo largo juraría que son indios, el de mayor edad puesto que el blanco de su melena junto a las arrugas que surcan su rostro, lo evidencia; saluda afectuosamente a Alec, el más joven se apresura a abrirme la puerta y con una hermosa sonrisa me ofrece su mano para ayudarme a salir a lo que acepto encantada; acto seguido se acerca a Alec para dedicarle otro efusivo abrazo. Me quedo fascinada ante esta entrañable escena.

Alec me los presenta, Demothi es el señor mayor y el joven es su hijo Tasunke; efectivamente, son indios.

Me coge de la mano y entramos en el establo.

—Estoy flipando, solo he visto indios en películas —le susurro divertida.

—Pues ten cuidado —me imita con sorna recorriendo con su dedo el largo de mi pelo— con tu cabellera se lo pasarían bomba —me lo alborota echándose a reír.

—Eres un idiota —le empujo con mi hombro riéndome y me arreglo el desastre que me ha hecho.

Caminamos por la caballeriza y Alec me va mostrando sus caballos, hay al menos una docena. Son unos magníficos ejemplares a cual más bonito.

—Witca, aquí lo tienes —le llama Tasunke y le entrega un impresionante semental en color negro.

—¿Witca? —pregunto sorprendida.

—En realidad es Ishna Witca, ellos me llaman así. Acércate, cariño, te presento a Blue Dragon.

El pulso se me detiene un instante y no es precisamente por ver este precioso ejemplar que tengo delante de mis ojos, el más espectacular de todos, ni por el nombre tan peculiar que le han

puesto los indios, sino porque es la primera vez que le oigo emplear ese apelativo afectuoso para dirigirse a mí.

—¡Tu caballo! —exclamo admirando esta belleza que ha puesto frente a mí.

Me mira con su encantadora sonrisa a la vez que afirma con la cabeza. No puede negar que le apasionan estos animales, recuerdo cuando me hablaba de ellos; el nombre que le ha puesto es totalmente acertado, su brillante pelo tiene destellos azules.

Me acerco para acariciarlo y Alec me detiene; el animal emite un gruñido áspero, levanta la cabeza y muestra los dientes en un quejido irritado, ¡vaya, qué malas pulgas tiene! pienso para mis adentros.

—No es muy sociable —Alec lo tranquiliza frotándole los músculos del cuello con fuerza y automáticamente el animal se queda quieto al reconocer a su dueño. Coge mi mano y apoya la suya encima para que le acaricie—. Ahora sí.

—Si me hiciera daño ¿también te lo comerías? —le recuerdo lo que anunció sobre el lobo que resultó ser un perro.

—A la barbacoa y con patatas —responde con tal rotundidad que no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Vamos a montar? —exclamo entusiasmada— nunca lo he hecho.

—Pues ha llegado el momento.

Me acerca a uno de pelo castaño. Lo acaricio y este en cambio relincha suavemente agradecido por el contacto. Me indica que hay que subir por el lado izquierdo, que ponga un pie en el estribo y que agarre con fuerza las riendas; me coge por la cintura y me impulsa para ayudarme a subir. Por supuesto el animal que ha elegido para mí es extremadamente manso, tanto que ni siquiera se ha inmutado cuando le he montado; más que una amazona parezco una estatua ecuestre.

Monta en su caballo con elegancia dejando claro que es un experto jinete. Me quedo embobada cuando Alec sale disparado a lomos de ese magnífico ejemplar y lo yergue majestuoso aguantándose sobre sus patas traseras. Demothi me explica que Blue Dragon es un caballo difícil y solo un gran guerrero puede dominar a un gran caballo y dejarle claro quién manda. Me río para mis adentros, ya suponía que Alec no montaría uno cualquiera y este de algún modo tiene mucha similitud con su dueño.

Alec regresa con Blue Dragon, que ahora está más tranquilo, y emprendemos nuestro paseo; nos vamos adentrando en un frondoso bosque plagado de abetos y pinos mientras a lo lejos se divisan claramente las cadenas montañosas Lewis y Livingston, un maravilloso regalo de la naturaleza.

—¿Qué significa Ishna Witca? —pregunto; me muerde la curiosidad por saber el motivo de ese nombre.

—Hombre sin nadie —responde y percibo un punto de melancolía en su voz.

El corazón se me encoge; esto me indica que conoce a estas personas desde hace tiempo y deben saber lo que ocurrió con su familia. ¡Joder! me tenía que haber mordido la lengua.

—Pues habrá que decir a los indios que te lo cambien, ahora me tienes a mí —declaro con determinación.

Alec me mira y esboza una pequeña sonrisa que no llega a sus ojos, sé que es un día muy duro para él, sin embargo se está esforzando para que yo lo pase bien.

Volvemos a casa después de nuestra excursión sobre la que tengo que añadir que más me hubiera valido ir cargando yo con el caballo, hubiéramos ido más rápido. No hemos parado de reírnos, pues mientras Alec iba subido en un autentico rayo, yo parecía ir flotando sobre un remanso de quietud; he estallado en carcajadas cuando le he acusado de darme el caballo más

lento y viejo de todo el Estado y me ha confesado que no era suyo y que al menos era más joven que su dueña, la abuela de Tasunke. Luego me recordó que era mi primera vez y que no iba a correr ningún riesgo. Hemos hecho un alto en el camino para comer un fabuloso estofado típico de Montana y hemos pasado la tarde deambulando por las prístinas calles de esta magnífica ciudad.

Alec me ha pedido que me quede en casa y se ha marchado; lo entiendo, sé que necesita estar solo. Creo que en todo momento ha estado enmascarando cómo se sentía realmente. Miro mi móvil y veo que tengo llamadas perdidas de Jesse y un mensaje en el que me pide que le llame con urgencia. Aprovecho la ausencia de Alec para llamarle; soy consciente de que estoy posponiendo el momento de comentarle mi reciente amistad con Jesse; sé qué debo hacerlo, sin embargo no creo que hoy sea el mejor día.

—Hola, Jesse.

—Oh, Gracias, Chloe, tenemos que vernos —su voz indica alivio al oírme, pero a la vez percibo algo de intranquilidad.

—No estoy en Nueva York.

—Lo sé ¿Cuándo volvéis?

¿Lo sabe? ¿Cómo lo ha averiguado? no le he dicho a nadie que me iba, ni siquiera lo saben Aby y Tawny.

—¿Cómo lo sabes?

—Escúchame bien, Chloe, no te separes de él y cuando vuelvas llámame; tenemos que vernos lo antes posible, debo decirte algo muy importante. Y bajo ningún concepto andes sola por ahí. ¿Lo has entendido? —ahora su tono de voz es más angustiado.

—Jesse, dime qué diablos ocurre —le exijo un poco alarmada, ya que ha evitado responder a mi pregunta consiguiendo que aún me ponga más nerviosa.

Se hace el silencio al otro lado del auricular.

—Chloe, tengo que colgar; recuerda ¡no te separes de él! —vuelve a repetir enfatizando cada palabra, lo que me provoca un repentino escalofrío que me recorre de pies a cabeza.

La comunicación se ha cortado y me ha dejado mucho peor que antes. Un remolino de nervios se concentran en mi estómago. No encuentro sentido a su llamada y todo indica que me quiere advertir de un peligro. Intento hacer memoria de las conversaciones que he mantenido con Jesse desde que le conozco. Al principio me dijo que era lista por no caer en las redes de Seytton; después, tras la paliza que recibió por cortesía de Alec, se preocupó por saber si me encontraba bien, insinuando que podía haber tomado algún tipo de represalia hacia mí; más tarde se alegró de nuestra relación y lo exculpó por completo de su agresión; y ahora me insiste en que no me separe en ningún momento de él. Verdaderamente no entiendo nada, sus reacciones respecto a Alec son demasiado contradictorias.

La alarma de mi móvil me saca del embrollo que comienza a formarse en mi cabeza, ahora pienso que mejor hubiera sido no llamarle. Tengo que tomarme mi medicación, esta es otra de las cosas que no entiendo, me encuentro fenomenal y mi estómago, al igual que yo, está bastante harto de tanta pastilla; solo faltan tres días para acabarlo, así que decido darlo por finalizado, no creo que ocurra nada.

Me voy a la cocina a ponerme algo de beber, cojo una cerveza de la nevera y vuelvo al salón; al pasar por delante de uno de los muebles me llama la atención algo que no había visto; son unos juguetes, unos coches de carreras, unos aviones y un dragón.

De repente me agarran por la nuca obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Abro la boca para replicar, pero mi protesta enmudece contra unos labios exigentes que me besan ansiosos hasta

privarme de la última brizna de oxígeno.

—¿Te he asustado? —pregunta Alec con aire inocente, pero la mirada traviesa que veo en sus ojos me dice que lo ha hecho a propósito.

—¿Tu qué crees? Me has dado un susto de muerte ¡Capullo! —ladro mientras intento recuperarme del sofoco.

Se echa a reír y le fulmino con la mirada, lo que provoca que redoble su risa.

—¿Uno de tus juguetes? —señalo el dragón.

—Ese fue mi último regalo de cumpleaños; es curioso, ese maldito día no lo encontré.

Su regalo sigue dentro de mi bolso. Lo cojo y se lo entrego.

Alec está paralizado mirándome; tiene esa actitud que me intimida pero no voy a flaquear, cojo su mano y lo deposito en ella.

—Es para ti y puedo jurarte que no es una bomba —bromeo en un intento de que se disipe la tensión que empiezo a notar en el ambiente.

Sin embargo él sigue quieto, con su gesto impassible; no dice nada y el corazón se me cae a los pies. Me acabo de arrepentir de habérselo dado.

Suspira, tira de mi mano y me atrae hacia él.

—Gracias —musita contra mi pelo.

—Lo compré por tu cumpleaños sin saber todo lo que representa para ti ese día pero sí lo que significaba para mí; cuando éramos niños nadie nos dijo jamás cuándo cumplíamos años y este iba a ser el primero que celebráramos juntos —me pongo de puntillas y beso sutilmente sus labios.

Rompe el envoltorio, destapa la caja y coge el abrecartas. Sus ojos se quedan clavados en la empuñadura en forma de dragón.

—¡Uau, me encanta! —estalla con entusiasmo, su exaltada reacción me devuelve el corazón al sitio.

—Sabía que todo lo que tuviera que ver con dragones te gustaría.

—¡Qué bien me conoces! —me guiña un ojo y le sonrío aunque su apreciación no es del todo cierta; aún hay cosas de él que desconozco.

—¿Cuándo es el tuyo? —pregunta mientras hace malabarismos con el abrecartas entre sus dedos ¡Dios, qué destreza!

—Dentro de tres meses. Por fin descubrí mi auténtica fecha de nacimiento, el año era correcto pero el día y el mes no. Nací un dos de febrero. Cuando me encontraron nadie supo qué edad podría tener, así que hicieron unos cálculos estimativos; más tarde, en cada orfanato que estuve ponían fechas diferentes. Mis padres me lo celebraban en Junio, ya que la información que les dieron de mí en aquél maldito lugar y el nombre que me pusieron les hacía pensar que nació en esa fecha. Bianca nos sacó de dudas. Por lo tanto soy más vieja de lo que creía.

—Entonces dentro de poco cumplirás veinticinco años ¡Uf, sí que eres vieja! Antes de que empieces a perder los dientes ¿Qué te parece si cenamos? Aunque —se detiene y pasa el pulgar por mi labio inferior— eso puede esperar, antes voy a darte las gracias como te mereces por tu precioso regalo —pronuncia en voz baja y aterciopelada.

Su insinuante agradecimiento, unido a lo que veo en sus ojos, provoca que mi cuerpo comience a arder de deseo, anhelante ante la expectativa.

CAPÍTULO 3

Una horrible angustia me despierta de repente y me llevo las manos trémulas al pecho, me cuesta respirar. Inspiro con fuerza, necesito que mis pulmones se llenen de oxígeno ¡Maldita pesadilla! Miro a mi lado y Alec no está, tan solo una flor en la almohada y una nota.

No hay visión en esta vida tan hermosa y bella que pueda igualar tu preciosa sonrisa mientras duermes, despertarme y poder contemplarla es mi mejor regalo.

He tenido que salir, no tardaré.

Eres lo que más odio en el mundo.

Alec.

Sus letras me devuelven algo de serenidad y una sonrisa, con esto compruebo que al menos cuando se ha marchado estaba plácidamente dormida. Aunque en este momento hubiera necesitado que estuviera a mi lado, agradezco que no esté, su preocupación le hubiese llevado a acribillarme a preguntas. Me levanto, voy al baño y abro el grifo de la ducha, solo deseo que el agua caliente mi cuerpo y disipe el miedo y el frío que me ha calado hasta los huesos ¡Ha sido tan real! Mi cerebro tiene grabado todo lo que Alec me contó y también mi conversación con Jesse. Por eso he tenido este sueño tan horrible; debo borrarlo de mi mente, me repito una y otra vez mientras poco a poco mi cuerpo va recobrando la calma bajo esta cascada ardiente.

Veinte minutos más tarde estoy sentada en el porche con una buena taza de café entre mis manos y con mi nuevo amigo, que ha vuelto a visitarnos, recostado a mis pies. Vuelvo a leer la nota que me ha dejado Alec y sonrío como una idiota, mi criatura rara y maravillosa sabe sacar su lado romántico cuando le da la gana.

Oigo de fondo *I Wont't Tell A Soul* de Charlie Puth, es la nueva melodía de mi móvil y salgo disparada a cogerlo. Lo miro y es Aby, ya me extrañaba que no me hubiera llamado antes.

—¡Hola! ¿A que no adivinas dónde estoy? —canturreo emocionada.

—No sé dónde diablos estás —espeta de muy mala gana— pero te diré dónde estoy yo: dentro de un agujero negro, uno muy grande y muy negro.

—Estás muy simpática ¿Qué es lo que te ha ocurrido esta vez? —pregunto aguantando la risa, la reina del drama ha entrado en acción pienso para mis adentros.

Seguro que no le han dado hora en la peluquería, se le ha fastidiado su perfecta manicura o su maestro de yoga ha vuelto a fugarse con alguna de sus alumnas, aunque esto... más que drama sería uno de sus mejores cotilleos.

—Cuando más te necesito coges y te largas —me suelta con la voz temblorosa.

Esto ya empieza a no gustarme.

—¿Quieres decirme qué te ocurre? ¿Es Dylan? O es otra de tus famosas peleas con Tawny...

—Por qué me ha tenido que pasar esto a mí, aún no —contesta y rompe a llorar.

—Aby, por el amor de Dios, me estás empezando a preocupar ¿quieres decirme de una maldita vez qué te ocurre? —le exijo más brusca de lo que pretendía.

—Estoy embarazada.

Su respuesta me deja clavada en el sitio.

—Aby ¿estás segura de lo que dices? Te recuerdo que alguna que otra vez has puesto el grito en el cielo con tan solo un día de retraso y siempre ha sido falsa alarma.

—Esta vez no, este capullo me ha dejado embarazada —sigue gimoteando.

—¿Dylan lo sabe?

—¡Por supuesto! —confirma en un grito— estaba conmigo cuando me he hecho la prueba; le he echado de casa, bueno, de su propia casa ya que estábamos en la suya —su tono de voz sigue in crescendo al mismo tiempo que su llanto— me siento fatal, no sé qué hacer, no estoy preparada, Chloe.

—Aby, por favor, deja de llorar, todo se va a arreglar, ahora estás impactada por la noticia, deja de preocuparte y llama a Tawny.

—¿A esa desquiciada? —chilla de tal modo que tengo que apartar el móvil de mi oído—. Ni loca; y no se te ocurra decirle nada o te arrancaré la lengua. Es la última que quiero que se entere, no pienso contárselo.

Bien, esto va por buen camino, lo más seguro es que después de hablar conmigo llame a Tawny, siempre hace lo mismo.

—Aby, basta ya de comportarte como una histérica y por favor deja de gritarme, cuando Alec vuelva...

—¡No! —me interrumpe con otro grito, a este paso volveré a quedarme sorda— él tampoco debe saberlo.

—No te preocupes, no voy a decirle nada, me inventaré alguna excusa para que regresemos — intento tranquilizarla aunque sinceramente no se me ocurre cómo hacerlo.

—Esta tarde me marcho a Boston, nos vemos allí.

—¿A Boston? —pregunto dubitativa, no creo que se le ocurra informar a la familia, aún no.

—Mañana es Acción de Gracias —aclara.

Suspiro aliviada. En mi burbuja de felicidad lo había olvidado por completo.

—De acuerdo, allí nos veremos y, por favor, cálmate —le ruego con dulzura.

—Chloe, no tengo claro si quiero tenerlo —dice en apenas un susurro.

Ahora sí que acaba de dejarme impactada, aterrada y anonadada; por nada del mundo podría imaginarme que tuviera dudas al respecto, sobre todo ahora, que según ella había encontrado a su hombre ideal, su alma gemela, a no ser que la reacción de Dylan la haya inducido a replanteárselo, lo que me causaría una enorme decepción.

—Lo hablaremos tranquilamente ¿Y Dylan? —Pregunto con el estómago encogido, su respuesta de algún modo significa mucho para mí, al fin y al cabo es mi hermano.

—Dylan sí lo quiere —declara y su voz es pura aflicción— estaba entusiasmado, más bien pletórico de felicidad y yo en cambio me siento una completa desdichada.

Me dejo caer en el sofá y suelto todo el aire de golpe de mis constreñidos pulmones como si me hubiesen liberado de una pesada carga; en el fondo Dylan no me ha decepcionado. Es un buen tío y sé que está locamente enamorado de ella.

—Aby, es normal, no te lo esperabas. Yo estaría igual que tú o peor —muestro mi empatía hacia ella en estos momentos.

Unos tenues golpes acompañados de una voz la reclaman.

—Tengo que dejarte, llevo demasiado tiempo en el baño —añade soltando un largo suspiro, no me hace falta verla para sentir su abatimiento. Me despido de ella no sin antes tratar de infundirle un poco de ánimo y confianza en que todo se va a solucionar de la mejor forma posible.

De repente el perro se pone a ladrar alertándome de que alguien se acerca.

Dejo el móvil en el sofá y me voy hacia la puerta. Alec ha regresado, abro y el perro sale disparado a saludarlo.

—Vamos, quiero mostrarte algo —me besa fugazmente en los labios y me saca a toda prisa de casa.

Me conduce hacia el interior del bosque, caminamos unos cuantos metros más hasta que se detiene delante de un enorme y robusto árbol.

—¿Sabes qué es esto? —apoya sus manos en el árbol.

—Si, claro, un árbol —confirmo y me muerdo la lengua para no soltarle alguna ironía ante su peculiar pregunta, algo me dice que debe de tener un significado especial para él.

—No es un árbol cualquiera, este árbol simbolizó mucho para mis padres, acércate —me señala un corazón y veo que dentro se puede leer fácilmente Kara y Matt, mi intuición no se ha equivocado.

Me coge de la mano y me lleva junto a otro.

—Nunca imaginé que conseguiría descubrir lo inimaginable —dice hablándose a sí mismo mientras apoya mi espalda en el árbol y toma mis manos entre las suyas.

—¿Lo inimaginable? —repito extrañada, no entiendo a qué se refiere.

—Que mi corazón volviera a latir. Y eres tú y solo tú quien lo ha conseguido —mis inoportunas lágrimas amenazan con salir a la superficie en cualquier momento al oír sus palabras—. Lo hiciste cuando solo eras una niña y me lo destrozaste cuando te perdí; y ahora has vuelto a mí convertida en una bellísima mujer reclamando lo que siempre ha sido tuyo —le miro y quedo totalmente atrapada en la inmensidad de sus ojos color cielo—. Tu amor me devolvió a la vida y quiero que sea tu amor el que permanezca a mi lado el resto de ella. Eres mi único sentido para vivir... eres lo único que me motiva para que quiera seguir haciéndolo... eres cada latido de mi corazón —se retira un poco e hinca una rodilla en el suelo ¡Dios! ¿Va a hacer lo que creo que va hacer? Mi corazón está a punto de salir disparado de mi boca— Chloe... ¿Quieres casarte conmigo?

Mis ojos se abren como platos y mi boca, también abierta, no consigue articular palabra. Me tiro encima de él y rodamos por el suelo. El corazón me golpea en el pecho tan fuerte que me duele; una inmensa felicidad estalla dentro de mí, son las palabras más hermosas, más bonitas que he oído en mi vida; unas palabras que han salido directas de su corazón, ese pobre y desecho corazón maltratado por la tragedia.

Me incorpora y se queda sentado, apoya su espalda en el árbol y me sienta a horcajadas sobre él.

—No he oído tu respuesta. ¿Tienes que pensártelo?

—No —respondo con rapidez al mismo tiempo que niego con la cabeza.

—¿Es esa? ¿No quieres casarte conmigo? —exclama con un exagerado asombro aunque capto un deje divertido en su voz.

—No... sí... —respondo nerviosa, llorando y riendo a la vez.

—Veamos, Chloe, aclárate ¿sí o no? —la sorna que desprende su voz me confirma que mi reacción ante su propuesta le está divirtiendo mucho.

—Eres un idiota y me estás liando, no necesito pensármelo y ¡Sí, sí, sí quiero casarme contigo! ¿Te queda claro ahora?

Estalla en una carcajada y mi ceño fruncido le advierte de mi intento de réplica, por lo que la silencio inmediatamente cubriendo mi boca con la suya.

—¿No crees que falta algo en tu dedo? —pregunta interrumpiendo este fantástico beso.

—¡El anillo! ¡Mi anillo! —Repito a toda prisa— ¿No lo tienes?

—No me ha dado tiempo, has saltado como una loca encima de mí. —Me sonrío y saca un estuche de terciopelo negro, lo abre y desliza por mi dedo un impresionante diamante rosado en

forma de óvalo sobre un arete de platino en el que van incrustados pequeños brillantes.

—Alec es... no tengo palabras; es precioso —balbuceo mientras mis dedos temblorosos acarician el deslumbrante anillo.

—Este será nuestro árbol, aquí grabaré nuestros nombres —dice y baja la vista a la preciosa joya que adorna mi dedo—. Tú eres mi todo y yo siempre seré tuyo —añade y enseguida capto su significado; me quito el anillo y miro en su interior; la frase está grabada en él.

Vuelve a ponérmelo y me mira fijamente; la felicidad que refleja su rostro es tan increíble como el brillo que me regalan sus preciosos ojos zafiro.

Le estrecho contra mi pecho con fuerza y Alec me responde con la misma intensidad. Es todo tan fascinante que no consigo describirlo, como si tuviera miles de mariposas dentro de mi estómago y mi corazón palpitara al compás de cada revoloteo.

Me incorpora con él y me lleva hacia el interior de la casa. Me baja deslizándome lentamente por su cuerpo y sonrío con esa pícaro mirada que me alerta de lo que está por venir; roza mis labios con los suyos ronroneando en mi boca e invadiéndola con su lengua; mis sentidos están completamente saturados.

De pronto mi teléfono comienza a sonar aunque hago caso omiso, quién quiera que sea que llame más tarde, no quiero interrumpir este momento; pero quién sea se ha propuesto hacerlo, el teléfono sigue sonando sin parar. Alec se aparta y me señala el móvil para que lo coja. Resoplo dejándome caer en el sofá; miro la pantalla: es mi madre, así que no me queda otra que atenderla, sé que no cesará de llamar hasta que consiga hablar conmigo. Me recuerda que mañana es Acción de Gracias y enseguida me viene a la cabeza Aby; me había olvidado por completo de ella, sin embargo ya tengo la excusa perfecta para que regresemos. Le digo dónde nos encontramos y, aunque me muero de ganas de contarle la sorprendente noticia de mi compromiso, lo omito ya que prefiero hacerlo cuando estemos allí. No tengo ni idea de cómo se lo van a tomar.

—Era mi madre, deberíamos irnos mañana, es Acción de Gracias.

—Diré que preparen el avión para que regreses —anuncia con sequedad y se dirige hacia el dormitorio.

Esto no me gusta nada, me levanto y voy tras él.

—¿Que regrese? ¿Y tú? —pregunto a su espalda.

Se detiene y se gira hacia mí. Me agarra de la barbilla y me eleva la cara para que nuestros ojos se encuentren. El corazón se me encoge en el pecho al ver la expresión hierática y fría que aparece en su rostro.

—Chloe, yo me quedo. Y quiero que te marches con tu familia a pasar el día de Acción de Gracias.

—No pienso irme sin ti, yo...

—Sí que lo harás, iré a recogerte cuando pase todo —me interrumpe.

—¿Vas a quedarte aquí solo?

—Llevo muchos años así y es lo que quiero hacer —suelta con aspereza y enseguida cierra los ojos como si acabara de arrepentirse de su forma de hablarme. Me da un pequeño beso en la punta de la nariz y entra en el baño.

Hundo los hombros con un suspiro de derrota, sé que por mucho que le diga ya ha tomado su irrevocable decisión. Por otro lado pienso que es una celebración que tiene que recordarle lo que ya no tiene, su familia, que, de alguna forma, está aquí, aquí es donde él los siente más cerca.

Una hora más tarde vamos de camino al aeropuerto en un sepulcral silencio. He vuelto a insistirle sobre mi partida, no quiero irme pero ha sido totalmente inútil, él sigue firme en su

decisión de que celebre ese día con los míos. Tengo un nudo en la garganta, la felicidad de hace apenas unas horas se acaba de diluir para dar paso a un enorme vacío.

Detiene el coche al pie del avión, que ya está listo para emprender mi marcha. Salimos del vehículo y me tiro a sus brazos; Alec me cobija en su abrazo envolviendo mi cuerpo con el suyo.

—Voy a echarte mucho de menos.

—Así es como debe ser —musita contra mi pelo; me separo y le miro con el ceño fruncido, sonrío y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. Yo también, tonta —añade dándome una palmada en el culo para que suba.

Me detengo al final de la escalerilla y me giro.

—¡Oye, Seyton! —le grito— no olvides nunca, lo mucho que te quiero, lo mucho que te amo.

—¡Oye, Breyll! —Me grita él— no olvides nunca, que moriré por ti.

Mi corazón se desboca al oírle, bajo las escalerillas corriendo y Alec las sube a la misma velocidad; me lanzo a sus brazos y le beso con toda mi alma; lo recuerdo, recuerdo cada vez que me lo decía y ahora sé todo lo que significa, todo lo que yo significo para él.

CAPÍTULO 4

Creo que he perdido la cuenta de la cantidad de veces que he llamado a Aby, tantas como mensajes le he enviado sin obtener respuesta. Por lo visto en casa de mi tía tampoco hay nadie, me estoy empezando a exasperar. ¡Dónde demonios estarán! Me duele la cabeza y no me extraña; lo que no sé es cómo no me ha estallado, no he parado de dar vueltas y más vueltas a todo durante casi toda la noche hasta que por fin el sueño me venció. No consigo apartar de mi mente la cruda revelación de Alec, aunque no debería pensar tanto en todo eso, ya pasó, se acabó; después está la estúpida conversación con Jesse, que tampoco consigo borrarla y, para completar mi inquietud, el embarazo de Aby. Son demasiadas cosas. Durante el vuelo hablé con mis padres y lamentaron no poder estar en casa para recibirme ya que tenían una reunión muy importante en el hospital, así que aún no los he visto.

Después de una gratificante ducha, que no ha aliviado mucho mi dolor de cabeza pero al menos me siento un poco mejor, rebusco en el armario qué ponerme; lo cierto es que no me apetece arreglarme mucho, me pondría bien a gusto unos vaqueros, pero sé que mi madre haría algún comentario al respecto, así que me decido por un vestidito en color malva, unas bailarinas en un tono más oscuro y me recojo el pelo en un moño alto, me lanzo una última mirada en el espejo, no tengo las habilidosas manos de Tawny pero no ha quedado tan mal.

Respiro hondo e intento sobrellevar este vacío que siento, solo han transcurrido horas que estoy alejada de Alec y lo echo muchísimo de menos. Salgo de la habitación y oigo las voces de mis padres y mis abuelos en la cocina; bajo y al primero que veo es a mi padre, está sentado en la mesa con su taza de café y ojeando el periódico. Me inclino por encima de su hombro y le doy un beso, me acerco a mi madre y a mi abuela que dejan por un instante su particular pelea con el pavo para darme un abrazo.

—Nuestra bella dormilona ya se ha levantado —anuncia mi abuelo rodeándome con sus brazos; me retira la silla que hay a su lado y me siento. Me sirvo un poco de café y doy un mordisco a la tostada que me ofrece. Bien, ya estamos todos menos él, me digo. Me imagino que no tardarán en preguntarme cuándo aparecerá mi novio y no me apetece en absoluto volver a recordar el motivo por el que Alec no quiere venir.

Mi madre se acerca y me pone un plato de tortitas recién hechas delante; de pronto se lleva las manos a la boca en un exagerado gesto de sorpresa: creo que acaba de ver lo que llevo en mi dedo.

—Cariño es... ¿esto es lo que creo que es? —coge mi mano entre las suyas.

—Alec me ha pedido que me case con él —respondo con mi mejor sonrisa.

Mis padres se miran entre sí al igual que mis abuelos y los cuatro se giran hacia mí sin decir nada, creo que van a necesitar unos minutos para reaccionar.

—Y ¿bien? —Pregunto— ¿No decís nada? —prosigo mirando a cada uno de ellos.

—Estamos muy sorprendidos —mi madre es la primera que sale de su mutismo— todo ha sido muy rápido. Lleváis muy poco tiempo, no sé —mueve la cabeza de un lado a otro— casi no os conocéis.

—Mamá, nos conocemos desde hace muchísimo tiempo y créeme, todo lo que tengo que conocer de él ya lo conozco; le quiero, le amo es el hombre de mi vida.

—Ya lo sé cielo, pero me refiero a que ahora sois dos adultos y...

Busco nerviosa la mirada de mi padre en una muda plegaria de ayuda.

—Dayane —la interrumpo mi padre y tira de mi mano para que me siente en su regazo—. Si es lo que has decidido y es tu felicidad, también es la nuestra. Al final ese chico acabará por gustarme.

Mi madre le da un manotazo para que se calle y me abraza, a lo que enseguida se unen mis abuelos felicitándome; sonrío aliviada.

—Queríamos preguntarte algo. Es sobre la noticia de Aby, aunque imagino que ya lo sabrás; y, verás, no sé muy bien...

¡Dios de mi vida! la loca esta ya se ha ido de la lengua. ¡Oh no! Con el anuncio de mi compromiso ¿Pensarán mis padres que yo también estoy embarazada?

—Yo no estoy embarazada —suelto enseguida interrumpiéndola.

—¡Chloe! —exclama mi madre disgustada.

—Es lo que me ibais a preguntar ¿no?

—No. Y si estuvieras embarazada no pasaría absolutamente nada. Pero espera un momento, señorita ¿qué ocurre con Aby? ¿Está embarazada?

En mi mente se disparan las alarmas ¡Ay Dios mío! La que acabo de liar.

—Yo no he dicho eso —me retracto enseguida.

—Chloe Eleanore Breyll ¿Tu prima está embarazada? sí o no.

—¡Joder, mamá! —Protesto

— Esos modales —me reprende.

—Lo siento, estoy nerviosa y tú me estas poniendo peor —me intento excusar.

—Por cierto ¿Dónde está Alec?

Él es quien yo quisiera que en este preciso instante estuviera aquí, seguro que él sabría salir de esta incómoda situación con bastante más éxito que yo.

Mi móvil comienza a sonar y lo agradezco a la divina providencia, esto me dará un respiro. Voy al salón y descuelgo enseguida, es Alec.

—¿Cómo está mi gatita?

—Fatal —confieso con un bufido.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué que me ocurre? —repito con una risita nerviosa; debería decirle que tengo la lengua más larga de todo el Estado de Massachusetts, pero prefiero omitirlo; ya me siento lo suficientemente mal y empezaría a preguntarme qué es lo que he largado—. Que te echo de menos, eso es lo que me ocurre —contesto, esto es la verdad pura y sincera.

Le oigo reírse pero maldita la gracia que me hace a mí.

—Yo también y no quiero que mi chica esté de mal humor.

—Pues quién lo diría ¿Cuándo se supone que vienes a recogerme?

—¿Cuándo quieres que lo haga?

—Yo quería que estuvieras aquí y ahora.

Llaman a la puerta y me dirijo a abrir. Suelto un grito al ver lo que tengo frente a mí.

—Deseo concedido —dice con su espectacular sonrisa acompañada de sus irresistibles hoyuelos.

Me tiro a sus brazos como una loca y beso toda su cara hasta; cuando llego a sus labios los aprieto contra los míos y noto cómo se curvan en una sonrisa.

—¡Has venido! —Me separo mientras le grito eufórica.

—¡Uau, nena, menudo recibimiento! volveré a irme para que me des otro igual.

—¡Idiota! —Agarro su mano— ven, pasa.

—Te he traído esto —coge una caja con un enorme lazo rojo que había dejado en el suelo y la deposita sobre la mesa del comedor delante de mí.

Mis padres se acercan al oír mi alboroto.

—Ya has llegado, estábamos preguntando por ti —le informa mi padre estrechando la mano que Alec le ofrece.

—No pude volver con ella pero ya estoy aquí —se explica Alec mirándome con sarcasmo; sabe lo que estoy pensando, la facilidad que tiene para decir mucho con tan poco.

Mis padres se quedan mirándome desenvolver la caja que Alec me ha traído y suelto un grito de alegría al ver su contenido.

—Es Oráculo, mi vino favorito —les muestro una de las botellas.

—Será un buen vino para brindar por vuestro compromiso —dice mi madre dándole un abrazo. Aplauzo mentalmente; le ha faltado tiempo para informarle de que ya saben la noticia.

—Quiero que sepáis que Chloe es lo único que me importa en este mundo, viviré por y para ella y lograré que cada día de su vida conmigo sea más feliz que el anterior.

Mi padre asiente con una enorme sonrisa dibujada en su cara y mi madre... bueno, mi madre está entre desmayarse o derretirse y extiende sus manos cogiendo las de Alec; su muda aprobación muestra que les ha impactado.

Mis abuelos, que se habían quedado un poco en segundo plano, se acercan a saludar a Alec.

—Tienes a mi madre rendida a tus pies —le susurro al oído.

—Es algo inevitable —me dice con su engreimiento habitual enarcando una ceja.

—Claro, tan inevitable como tu arrogancia —espeto.

—¿Solo a tu madre? —me susurra y señala a su lado a mi abuela que se ha colgado de su brazo. No puedo evitar echarme a reír.

Mi madre se coge del otro brazo de Alec y se lo llevan hacia la cocina.

—¿Crees que debo empezar a preocuparme? —suelta mi padre su típica bromita.

—La tiene enamorada; yo de ti, sí que me preocuparía. —Le digo al oído siguiéndole la broma.

—Creo que no, tiene una rival demasiado fuerte. —Asegura mi padre guiñándome un ojo.

Enseguida recibo otra llamada, espero que sea Aby; miro la pantalla pero no, no es ella, es Marydol; me retiro al salón y descuelgo.

—Hola.

—Chloe, soy Marydol.

—Dol —me echo a reír— conozco perfectamente tu voz.

—¿Te han llamado? —pregunta y la noto un poco nerviosa.

—¿Quién tiene que llamarme? —Pregunto a mi vez— no tengo que volver hasta la semana que viene, Arthur me dijo que la traducción que me pidió aún no la necesitaba.

—Veo que no te han dicho nada —responde con malhumor— te llamo porque yo no estaré mañana y quería avisarte; me duele en el corazón lo que voy a decirte.

Pues a mí se me está empezando a encoger el estómago, esto no tiene pinta de ser una llamada de cortesía.

—Dol ¿a qué te refieres? estás empezando a preocuparme.

—Pues no lo hagas —ataja en seco— conozco gente de otras agencias y estarán encantadísimos de tenerte.

Esto no me huele nada bien.

—No se dé que me estás hablando ¡Dime, por favor, lo que ocurre!

La oigo contener el aliento.

—Chloe, van a despedirte —suelta al fin.

—¿¡Que!?! —Exclamo horrorizada—. No, no lo entiendo, me habían ascendido ¡Dime que es un error, que lo has entendido mal!

—No, cariño, tengo el alma encogida, no te lo mereces. Hay otra persona ya en tu puesto.

—¿Sin ni comunicármelo siquiera ?

—Ya está integrada en el equipo de Farrow.

La cabeza comienza a darme vueltas y las piernas me tiemblan, esto no puede estar sucediendo.

—No pueden hacerme esto —O sí, pienso, por lo que veo lo acaban de hacer— ¿Pueden despedirme así como así?

—Sí que pueden, de hecho Gladys me ha contado lo que alegan en tu despido. ¿Te acuerdas de aquellos documentos importantes que acabaron en la trituradora y que nunca se supo quién lo había hecho? Pues bien, por lo visto fuiste tú.

—Eso no es cierto y todo el mundo lo sabe —me defiendo— yo no tenía acceso a esa documentación.

—Por supuesto que lo sé, igual que todo el mundo, pero la panda de cobardes piojosos que hay aquí no moverá un dedo en tu defensa.

—Entonces sabes lo que eso significa ¿no? Vendrá escrito en mi informe ¿Quién va a contratar a una inepta?

—¡Que se vayan a la mierda! se me revuelven las tripas; no puedo con las injusticias, pero ya te he dicho que no te preocupes, Arthur no consentirá que manchen tu nombre. Por lo visto también comentan tu relación con Farrow; saben que estuviste en una fiesta con él y que te acompañó a tu casa y más tarde tuvisteis una cita. Piensan que de ahí viene tu ascenso.

—¿Cita? —Repito a voz en grito— ¡Dios de mi vida! Yo no tengo nada que ver con él —empiezo a notar que el nudo que tengo en la garganta ahoga mis palabras; trago saliva y continuo — me lo encontré de casualidad en la galería de arte y la segunda vez que estuve con él se trataba de una comida de trabajo, no de una cita.

—Chloe, a mí no tienes que convencerme de nada, te conozco y sé perfectamente cómo eres. Querían verte lo antes posible pero Arthur se opuso de inmediato; dijo que no hacía falta hacerte venir con tanta urgencia y les recordó que estabas fuera de la ciudad, concretamente que te habías marchado a pasar este día con tu familia; ellos accedieron pero mañana tienes que estar aquí.

Marydol intenta tranquilizarme a la vez que vuelve a lamentarse por mi situación, sin embargo en lugar de animarme me está dejando peor, pero la pobre hace lo que puede; mis ojos se encharcan de lágrimas y las retiro de un manotazo; lo que tengo muy claro es que no van a ir inventando mentiras sobre mí. Me despido de ella agradeciéndole su llamada y cuelgo.

Dejo el teléfono sobre la mesa y me quedo de pie cruzada de brazos mirando absorta por la ventana como si a través de ella pudiese encontrar alguna lógica a todo esto, alguna respuesta. El timbre de la puerta me saca de mi derrumbe interno. Abro y me encuentro a la elegancia personificada con una cara muy sonriente.

—¡Bianca! —suelto sorprendida y la abrazo con fuerza, en realidad no sé si es porque me alegro de verla o porque necesito que alguien me reconforte.

—Hola, cariño —me separa para verme y vuelve a abrazarme, creo que no se esperaba mi caluroso recibimiento.

La dejo pasar aunque estoy un poco confundida con su presencia aquí. Enseguida llega mi

madre, la saluda con un beso en la mejilla y me miran las dos.

—Es un día muy especial y Bianca tenía que compartirlo con nosotros, ella es parte de la familia —aclara mi madre ante mi sorpresa—. Y este día se ha convertido en mucho más especial con la noticia que tiene que darte Chloe.

Ahora la sorprendida es Bianca que me mira expectante; no se me ocurre nada mejor que hacer que plantarle mi mano delante de su cara.

—¡Oh, cielo santo! Es maravilloso, vamos a tener otra boda. —Bianca levanta la voz exultante y me aprieta contra su pecho, pero yo me acabo de quedar estupefacta. ¿Ha dicho otra boda?

—¿Quién se casa?

—Dylan y Aby —contestan las dos al unísono.

Ahora entiendo a lo que se refería mi madre. Pensó que Aby me había dicho lo de su boda y, como he podido comprobar, no tiene ni idea de su embarazo ¿Sabrá algo Bianca? Tomo nota mentalmente de que en cuanto la vea se las va a tener que ver conmigo. En fin, lo único que me importa es que parece que todo va por buen camino, ya hablaré con esa loca más tarde si es que consigo dar con ella.

—Chloe, tengo que hablar contigo —me anuncia Bianca.

—Ven, vamos a mi habitación —la cojo de la mano y subimos.

Entramos y me siento encima de la cama; ella se pone a mi lado.

—Verás, lo he comentado con Dayane y está de acuerdo conmigo. Tu padre ya sabe todo lo que ha ocurrido contigo y tú debes saber quién es él —abro los ojos como platos mirando los suyos, tan idénticos a los míos.

—¿Por qué se lo has dicho? —pregunto un poco molesta.

Esto era lo que me faltaba; mentiría si dijera que no quiero saberlo, que no siento curiosidad, pero, sinceramente, en este momento tengo demasiadas cosas ya en mi cabeza y lo que menos necesito es añadir otra más.

—No, Chloe, yo no he dicho nada, lo ha averiguado él.

—Pues no lo entiendo; una persona pierde a su hija ¿Y ahora de repente pregunta o averigua si es cierto o no? —Me levanto y camino de un lado a otro de la habitación, me estoy empezando a poner nerviosa.

—Tú de algún modo se lo dijiste.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo visto él te lo preguntó y tú se lo confirmaste.

—Bianca ¿podrías explicarte mejor? Yo no he hablado con nadie de nada de esto —intento hacer memoria.

—Cuando estuviste comiendo con él y coincidiste conmigo —hago un repaso veloz en mi mente; se está refiriendo a cuando la vi en el restaurante. De pronto contengo el aliento, ya sé de quién me está hablando.

— ¡Dios de mi vida! mi padre es... ¿¡Derek Farrow!?

Las piernas me flaquean y vuelvo a sentarme; mi intuición no iba muy desencaminada, en lo único que me equivoqué fue en cuál de los dos hermanos.

—Sí, cariño, estaba muy seguro de que eras mi hija; es lo único que él sabía pero no que fueras nuestra niña. Ese mismo día que nos vimos en el restaurante, apareció por la tarde en mi casa, por lo visto había estado haciendo indagaciones sobre ti y lo descubrió. Entiéndeme, tenía que contártelo; trabajas para él, por eso te dejé la nota, necesitaba hablar contigo con urgencia, tenías

que saberlo, pero te marchaste y no me llamaste.

Vaya, es cierto con todo lo que ocurrió después de marcharme del restaurante me olvidé por completo de su nota.

— No, ya no.

—¿Cómo?

—Que no voy a trabajar para él, me han despedido.

De pronto mi cerebro comienza a procesar todo lo ocurrido, ahora lo recuerdo: yo entré a formar parte de su equipo después de aquel encuentro en la galería con Derek.

—¿Cómo que te han despedido? ¿Por qué? —su desconcierto la hace parpadear y yo me encojo de hombros.

—Eso es lo que quiero averiguar —no me creo en absoluto que piensen de mí lo que Marydol me ha contado, tiene que haber algún motivo que se me escapa—. Me dices que él sabía que yo era tu hija, pero ¿lo sabía antes de haberme visto contigo? ¡No?

Me temo que todo mi ascenso fue una autentica mierda, tengo que preguntarle a mi jefe si fue decisión de Farrow que yo formara parte del equipo ya que empiezo a sospechar que para nada tuvo que ver mi profesionalidad sino el vínculo que me une a Bianca.

—Sí. Y ahora soy yo la que no entiendo, o... sí.

—Un momento ¿piensas que lo quería utilizar en tu contra?

—No lo sé, todo esto me tiene muy confundida. ¿Te ha incomodado en algún momento? —Ahora es Bianca la que se pone en pie y se pasa la mano por el pelo nerviosa.

—¿A qué te refieres con incomodarme? —Tengo una leve sospecha de a dónde quiere llegar con su pregunta, sin embargo veo que le desagrada en exceso decirlo claramente.

—Bueno, esa no es la palabra correcta —me mira con expresión dubitativa— ese no es su estilo, al menos que haya cambiado mucho, quiero decir si intentó algún tipo de acercamiento contigo.

—¿Te refieres a si intentó ligar conmigo? —le suelto, ya que veo que ella no se atreve; si soy sincera, sí lo pensé en algún momento, pero prefiero omitirle mi pensamiento—. No, no; de hecho, desde que le conozco ha sido muy respetuoso y muy amable conmigo, me he sentido más cómoda con él que con Dante. —Esto sí es cierto— ¿Piensas que esa era su intención?

—No lo sé, llevamos odiándonos demasiado tiempo. Y si me quería hacer daño, con quién mejor que con mi propia hija.

¡Dios, eso hubiera sido muy rastrero por su parte!

—Tu relación con él acabo mal ¿no? —Bianca me mira y asiente; no hace falta que lo jure, ya detecté su expresión cuando lo vió.

—Bastante mal, aunque ya no sé qué pensar, esa maldita mujer lo manipulo todo. Y bien, por tu trabajo no te preocupes, conozco mucha gente...

—No, Bianca —la interrumpo— te lo agradezco pero no quiero que interfieras, conseguí ese trabajo por mí misma y es lo que voy a hacer de nuevo.

Mi madre nos avisa de que ya está todo listo. Pero esta conversación aún no ha acabado, quiero saber qué ocurrió entre ellos y por qué Derek me quería cerca de él y con qué intención. Al final he conseguido averiguar el paradero de mi querida prima, se encuentra en Chicago; han ido a visitar al padre de Dylan y mis tíos les han acompañado. La comida transcurre entre risas por las bromas de mi padre que nos ha deleitado con su fantástico sentido del humor; para mi sorpresa Alec le ha dado la réplica perfectamente. Mis padres una vez más despliegan todas sus atenciones hacia sus invitados, son dos magníficos anfitriones; están consiguiendo que Alec, al igual que

Bianca, se sienta en todo momento parte de la familia. Ellos fueron mi gran milagro, no hay un solo día que no agradezca todo lo que hicieron por mí. Me siento enormemente orgullosa de ser parte de esta familia; me quedo mirándolos, aún alucino con todo lo que me ha ocurrido en poquísimo tiempo. Ahora me encuentro con que tengo dos padres, dos madres, me he quedado sin empleo y voy a casarme, esto es lo que se dice un cambio de ciento ochenta grados en mi vida.

CAPÍTULO 5

Aquí estoy, sentada en un banco de Central Park en uno de esos días en los que Nueva York te azota con un frío que pela, recordándote la inminente llegada del invierno. Efectivamente, me han despedido, Chloe, admítelo —me digo a mi misma—, estás en la puta calle. Nada más llegar a la agencia me lo comunicaron; las explicaciones que han dado, por supuesto con falsas lamentaciones, se resumen en que se han visto obligados por reajuste de personal a rescindir mi contrato. Creo que mi jefe tuvo mucho que ver en impedir que me acusaran de algo que no había hecho, pero al fin y al cabo han hecho lo que querían, que no es otra cosa que deshacerse de mí.

Barajo dos posibilidades: una es irme a casa, coger todo el alcohol que tenga a mano y pillarme la borrachera del siglo, con lo cual acabaré malísima y estaré arrepintiéndome el resto de la semana; la otra opción es seguir compadeciéndome, pero tampoco es buena idea, es demasiado patética, está descartada; bueno, se me acaba de ocurrir otra que creo que es la más acertada: irme a buscar a mi espectacular prometido. Seguro que algo se le ocurrirá a Alec para quitarme este malestar de encima.

Me pongo en pie y me ajusto un poco más mi abrigo, tengo que tomar nota de que estar a la intemperie con el modelito que llevo es muy mala idea. Es un poco tragicómico, pero quería ir elegante a mi despido y escogí una falda lápiz en gris claro a juego con la chaqueta y combinada con una blusa de seda negra.

Emprendo mi camino hacia el Seytton Building arrastrándome como un alma en pena. Pero tengo que apretar el paso, acabo de notar alguna que otra gota en mi cabeza y veo que la gente comienza a abrir su paraguas, que yo, por supuesto, no llevo.

Entro en el inmenso vestíbulo, igual de imponente que el edificio y al no llevar tarjeta de acceso me detienen en el mostrador de seguridad. Mi sorpresa se acaba de ir al traste, les digo mi nombre y hacia dónde me dirijo. El guardia de seguridad comprueba en el ordenador y hace una llamada.

—Señorita, usted no tiene cita con él —confirma rotundo.

—Verá, solo quería...

—Si no tiene cita no podrá atenderla —me interrumpe con brusquedad sin mirarme a la cara.

—Si le da mi nombre, el señor Seytton me dará una cita —le digo en tono amable y con una sonrisa, en un intento de derretir un poco este bloque de hielo que tengo frente a mí.

Me lanza una mirada como si le hubiera ofendido y me borra la sonrisa en el acto.

—Eso es asunto suyo. Es usted quién debería haber llamado y concertar la cita —ahora su tono es un poco despectivo.

Alec no podrá quejarse de la seguridad de su empresa, es tan difícil llegar a él como al mismísimo presidente de la nación. Me ha quedado claro que tengo que concertar una cita para ver a mi novio. Con este pensamiento me aguanto la risa, solo faltaba que este guardia tan simpático pensara que me estoy burlando de él y acabe de patitas en la calle.

De pronto me viene a la cabeza la idea de llamar a Aby; con ella no tendría ningún problema para entrar y de paso la vería, pero enseguida me arrepiento; esta ingrata no se lo merece, no me ha devuelto ninguna llamada y le pienso soltar una buena en cuanto la vea, pero este no es el lugar.

Oigo la melodía de mi móvil y rebusco en el bolso para cogerlo, miro la pantalla y sonrío es Alec.

—¡Hola!

—Chloe, pasaré a recogerte a la hora del almuerzo, comemos con Warren.

Me encantan sus saludos y encima con esta noticia acaba de empeorarme el día.

—Verás, no estoy en la agencia —se me está ocurriendo ponerle alguna excusa y escabullirme de esa comida.

—¿Dónde estás? —pregunta con cierto interés.

Venga, Chloe, piensa algo rápido. Puedes pegar media vuelta y largarte, me digo para mis adentros.

—No te lo vas a creer; aquí —suelto en voz baja y me insulto mentalmente; desde luego mi mente es poco despierta a la hora de inventarme una mentira.

—Gatita, ¿aquí dónde es?

—En tu impresionante edificio, pero como no tengo cita contigo no me dejan pasar. Así que me voy, llamaré a tu secretaria la próxima vez —le digo entre risas; ahora mismo desearía que estuviera muy ocupado o a punto de entrar en alguna reunión importante.

—No te muevas.

¡Mierda! Ese tono no me gusta nada, parece enfadado. Le doy las gracias al guardia, cuya amabilidad y simpatía han brillado por su ausencia, y me retiro un poco del mostrador. Observo unos minutos la cantidad de gente que entra y sale del edificio. La decoración es ultra moderna, por lo que veo a mi loco enamorado le encanta la fusión del acero con la madera y el cristal lo que confiere un efecto lujoso pero sin llegar a ser ostentoso, un perfecto equilibrio. Del techo descenden unas lámparas de un suave tono metálico en forma de panales de abeja. A mi derecha se encuentran los torniquetes de seguridad y al fondo observo el sofisticado diseño del mostrador ovalado de recepción, tras el que hay tres chicas perfectamente arregladas y en el que se puede leer perfectamente las letras en relieve Seytton Entrerprises Corporation. Miro de vez en cuando por el rabillo del ojo al guardia, que no me quita la vista de encima.

Pego un respingo cuando noto una mano en la cintura que me gira y me planta un rápido beso en los labios.

—Ven conmigo —me coge de la mano y se dirige hacia el guardia. ¿Ves a esta señorita? —El guardia se encoge ante la presencia de Alec— te recomiendo que no la olvides ¿entendido?

—Sí, señor.

—Y tampoco olvides su nombre —añade lanzándole una de esas miradas que matan.

—Por supuesto, señor, yo solo...

Alec se da la vuelta dejándole con la palabra en la boca y me lleva hacia la zona de los ascensores, pero no tomamos ninguno de esos; gira hacia la izquierda y entramos en otro que hay allí. Mientras recorriamos el vestíbulo, he sentido todas las miradas sobre nosotros. Algunas personas le han saludado a nuestro paso y mi amado gruñón ni se ha molestado en devolver el saludo; desde luego, cuando quiere ser seco y antipático no hay quién le gane y ahora entiendo por qué Aby jamás se lo ha cruzado; tiene su propio ascensor privado, el poderoso Seytton no se mezcla con la gente normal, me digo.

—¿No crees que te has pasado un poco? Él solo hacia su trabajo —le recrimino mientras entro con él en la cabina; en el fondo me siento un poco culpable, si le hubiese llamado directamente, sin pensar en darle una sorpresa, esto no hubiera sucedido.

—Así la próxima vez que vengas sabrán quién eres. Tú no necesitas ningún tipo de tarjeta para entrar aquí —gruñe molesto.

Alec me contempla en silencio; de su cara ha desaparecido todo rastro de tensión para dar paso

a su preciosa y seductora sonrisa con sus irresistibles hoyuelos; esto me confirma que está encantado de que haya venido. Me quita el abrigo y la chaqueta y se lo cuelga del brazo, una sutil campanita nos anuncia que hemos llegado y salimos directos a su despacho. Entramos y parpadeo varias veces intentando salir de mi asombro o, mejor dicho, de mi fascinación. Si dijera que es grande me quedaría corta; nunca había visto un despacho de estas dimensiones. Justo detrás de su impresionante escritorio se encuentran unos enormes ventanales, desde el suelo hasta el techo, panorámicos. En el otro extremo hay una zona de estar presidida por un fantástico bar encastrado en la pared y unos suntuosos sofás de piel; el mobiliario está perfectamente combinado entre sí donde predominan el blanco y el negro junto con el color acero.

Alec me mira mientras se afloja la corbata y se la quita; acto seguido su americana corre la misma suerte. En ese instante todo lo que hay a mi alrededor pierde el interés ante lo que tengo delante de mí, provocador e insinuante como siempre.

Me aprisiona contra la pared con su cuerpo y sujeta mis muñecas por encima de mi cabeza. Noto todos sus músculos, incluido el que tiene entre las piernas.

—Eres la sorpresa más agradable de mi día —dice contra mi cuello rozando su erección contra mí.

—Ya noto que tu cosa se alegra de verme.

—¡Joder! ¿Cosa? ¿Le acabas de llamar cosa? —se separa un poco con un gesto indignado sin soltarme las manos— Chloe ¿Cómo se llama esto? —Vuelve a empujar contra mí y tengo que reprimir la risa— ¡su nombre, dilo!

—Pene —susurro.

Sé perfectamente a dónde quiere ir a parar y, dado que ya me he ganado el apelativo de cursilona, seguiré en mi línea. Estoy aguantando la risa todo lo que puedo; esto es lo que necesitaba, le necesito a él.

—No te he oído.

¡Será mentiroso...!

—Pene —repito y Alec ahoga su risa contra mi cuello.

—Cielo, esto es mi polla; no se te ocurra ofenderla llamándole ni cosa ni pene.

—Eres un ordinario y te guste o no ese es su nombre —ahora soy yo la que intento separarme fingiendo sentirme ofendida pero fracaso, no consigo moverlo ni un milímetro y la sonrisita socarrona que aparece en sus labios me dice que soy una pésima actriz.

—Quién inventó el nombrecito tenía que tenerla muy, pero que muy pequeña, no he oído nombre más ridículo. ¡Eh, cariño! Ven, que voy a meterte mi pene ¡Por favor! ¿Qué puedes esperarte de eso? En cambio ¡Eh, nena, voy a meterte mi polla! Eso sí que suena bien.

Ahora sí que ya no puedo seguir aguantando y estallo en carcajadas, es un sinvergüenza descarado. Como tampoco puedo resistirme a este embrujo que me provoca teniéndolo tan cerca de mí y notando su erección contra mi cuerpo, así que echo las caderas hacia delante y me aprieto más contra ella. Alec me coge del culo estrujándomelo y manoseándolo con sus dedos. La escena es de lo más cómica nos estamos desternillando de risa y la vez no podemos parar de restregarnos el uno contra el otro.

—Y bien, después de este pequeño inciso sobre el nombre de tu órgano reproductor ¿la vas a meter en algún sitio? —Le incito entre risas con todo el desparpajo.

—De eso que no te quede la menor duda y vas a gritar tanto que todo el mundo comenzará a aporrear esa puerta.

De pronto mi risa se ahoga al oír lo que me acaba de decir y le miro completamente atónita; lo

que veo en sus ojos me dice que habla completamente en serio. Creo que mi traviesa insinuación ha llegado demasiado lejos.

—¡Eh, estoy bromeando! ¡No pensarás... ¡Oh, no, no! —niego a la vez con la cabeza y aparece mi risita nerviosa— ¿Aquí? —Él asiente lentamente con la cabeza y sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa.

—Mi pequeña provocadora, no paras de tentar al mismísimo demonio; es lo que quieres y yo siempre voy a dártelo —afirma mientras comienza a lamer mi garganta.

Tiene toda la razón, es lo que quiero ahora mismo pero mi cabeza se obstina en decirme que esto no está bien.

—Escúchame, no creo que este sea el sitio más indicado —digo suavemente intentando controlar mi entrecortada respiración; con una mano me acaba de desabrochar la blusa con increíble rapidez y destreza y me empieza a manosear el pecho por encima del sujetador— ¡Por el amor de Dios, deja de hacer eso! —le pido en un susurro y mis palabras suenan tan débiles... tan débiles como mi intención de detenerlo.

—Este sitio es igual de bueno que cualquier otro —pronuncia con tal convicción que acaba de borrar de mi cabeza cualquier duda.

Mis ojos no pueden separarse de su atractivo y provocador rostro. Me lame el cuello y le da pequeños mordiscos sacándome un gemido. Mi respiración agitada y mis mejillas ardientes demuestran lo excitada que estoy, aparte del fuego que crece entre mis muslos. Sin apenas darme cuenta estoy desnuda de cintura para arriba y mi cuerpo se arquea de tal forma que mis pechos apuntan hacia su rostro. Alec sonrío al contemplarlos y me mira con lascivia.

—Tus tetas son perfectas —roza sutilmente mi clavícula con sus dedos y desciende lentamente hasta mi pecho atrapándolo con su mano y estrujándolo con delicadeza. Un gemido se me escapa cuando comienza a trazar círculos alrededor de mi areola. Se inclina hacia delante y lame con ternura mi pezón; poco a poco sus lametones se van haciendo más rápidos y enardecidos mientras con la otra mano juega con mi otro pezón, provocando que me arquee más hacia esa experta boca que me está volviendo loca. Abandona esta deliciosa tortura para seguir en mis labios que los saborea y los acaricia con su lengua hasta enredarla con la mía mientras noto el tenue roce de mi falda al deslizarse por mis piernas.

—Voy a morir si tardo más de un segundo en estar dentro de ti —me muerde el labio y lo arrastra entre sus dientes.

Si ya me tenía excitada y rendida de deseo, sus palabras acaban de dar el pistoletazo de salida. Mis manos se aferran a su cabello y ataco su boca con vehemencia; me levanta en el aire sin despegarse y automáticamente mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, me lleva hacia los enormes ventanales, me baja y pega mi espalda al cristal, volviendo a juntar mis muñecas por encima de mi cabeza. Esto lo hace con una mano mientras la otra asciende lentamente por el contorno de mi cuerpo hasta mi garganta rodeándola con sus dedos y rozando mi barbilla con su pulgar. Estoy completamente desnuda y a merced de él, miro esos zafiros deslumbrantes de ojos y veo la mirada de un depredador a punto de atacar a su presa y yo estoy enloqueciendo por que lo haga. La sensación punzante que siento entre las piernas se está convirtiendo en insoportable. Pero él se toma su tiempo, sé que le gusta tenerme expectante, impaciente y lo consigue de maravilla; tengo el pulso acelerado, el corazón se me va a salir del pecho.

—¡Eres hombre muerto Seytton, ya han pasado más de unos minutos! —Se tira en picado a mi boca ahogando su risa, le ha hecho bastante gracia pero maldita la que me hace a mí; soy yo la que está con el culo pegado al cristal y en pelotas, a excepción de mis medias de liga y los tacones,

que los ha dejado puestos.

De pronto me gira, me empotra contra el ventanal, me apoya las manos abiertas en el cristal y descanso mi frente sobre la superficie lisa y fría. Me abre las piernas con la rodilla y roza su erección por mi culo; noto la fina tela de su pantalón ¡Joder! ¿Aún sigue vestido? Me aparta el pelo hacia un lado y sus labios se pasean por mi cuello y mi nuca provocándome con su cálido aliento un delicioso cosquilleo y sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta posarlas sobre mi sexo, me separa aún más las piernas y gimo cuando comienza a acariciarme el clítoris con la presión y el ritmo perfecto; con la otra mano me agarra el pecho y desliza su pulgar adelante y atrás sobre mi pezón endurecido provocándome pequeñas descargas que van directas a mi sexo. Me arqueo y apoyo mi cabeza sobre su pecho cerrando los ojos inmersa en esta sobrecarga para mis sentidos.

—Abre los ojos, nena, estamos en la cima del mundo y ahí es donde siempre voy a tenerte —me dice al oído y los abro estremecida por la dulzura de sus palabras; efectivamente la imagen que tengo delante de mí es impresionante: las nubes se han disipado para dar paso a un cielo azul con un sol radiante y, al fondo, la inmensidad del océano; bajo la mirada y encuentro a mis pies la ciudad de Nueva York.

De repente sus manos me abandonan para coger las mías y volver a ponerlas sobre el cristal; tira de mis caderas hacia atrás y me embiste con fuerza. Sin poder evitarlo grito ante la súbita invasión y enseguida me muerdo el labio; no pienso hacerlo, por mucho que me cueste controlarme tengo que conseguirlo, no me pondré a chillar como una loca en su despacho. Se retira lentamente y vuelve a sumergirse dentro de mí enterrándose hasta el fondo, gime y yo ahogo un grito cuando me levanta las caderas en busca de una penetración más profunda. Un sonido gutural sale de su garganta cuando vuelve a entrar en mí y comienza un castigador bombeo, duro y salvaje. Mi orgasmo se va formando en mi interior al ritmo de sus estocadas y mi cuerpo va al encuentro del suyo en cada una de ellas, buscando la culminación que necesita. Me muerde el hombro y sus dedos cada vez se clavan más en mis caderas, sé que está siendo agresivo pero no me importa, me gusta este lado de él; gemimos y jadeamos poseídos de una lujuria salvaje y noto que estamos a punto de estallar. Sigue embistiendo y mi cuerpo comienza a temblar ante la eminencia de mi orgasmo; Alec me rodea la cintura con su brazo ya que mis piernas flaquean; casi ni siento mi labio de tanto morderlo. Aprieto aún más mis manos sobre el cristal y me rompo en mil pedazos: mi clímax se expande con fuerza por todo mi cuerpo. Siento como él se tensa y se estremece dejándose ir en ese exquisito abandono, a la vez que vuelve a morder mi hombro para ahogar su propio grito.

Sale de mí y yo aún estoy pegada al cristal intentando recuperar el aliento; me da la vuelta, sonrío y le ofrezco mis labios; me devuelve su preciosa sonrisa y desliza su lengua por mi boca muy despacio haciendo que todo mi cuerpo vuelva a estremecerse y me pega a su cuerpo. Interrumpe este delicioso beso, me coge en brazos llevándome hacia uno de los fastuosos sofás y me sienta sobre su regazo. Me aparta de las sienes algunos mechones húmedos de cabello y pasa sus dedos por mi cara con auténtica veneración; este gesto me provoca un nudo en el pecho y le sonrío aturdida y a la vez conmovida con su ternura; la respuesta la veo en sus ojos que me miran agradecidos. Suspiro satisfecha y apoyo mi mejilla en su pecho.

—¿Y esta sorpresa? ¿Te han dado el día libre? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Sí, permanentemente.

—¿Qué quieres decir?

Me incorporo y le cuento todo lo que ha sucedido. Le miro esperando algún tipo de reacción,

pero lo único que veo es una expresión que no revela nada; igual es que le importa bien poco todo esto, así que hago un intento por levantarme pero me lo impide sujetándome con fuerza.

—Tengo que irme.

No responde y me estoy empezando a poner nerviosa su expresión ha cambiado ahora es como si su cabeza estuviera procesando todo lo que le he contado, está serio y pensativo.

—Escúchame, no veo claro tu despido —dice al fin clavándome su mirada con el ceño fruncido; es como si acabara de salir de una especie de trance.

—Yo tampoco —admito con un suspiro de derrota— pero ya está hecho.

—Me ocuparé —dice tajante y yo me estremezco de pies a cabeza. El miedo me invade, algo me dice que habla totalmente en serio y sé que tiene el poder suficiente para hacer lo que quiera. Y si a eso unimos sus antecedentes de venganza, todo esto me asusta.

—Ni se te ocurra —replico alarmada y ahora sí que consigo levantarme— ¿Qué piensas hacer? ¡Oh no, Alec! no quiero que hagas nada, estoy completamente capacitada para arreglar mis propios asuntos. Y para tu información, ya estoy buscando un nuevo empleo —le aclaro con determinación; no pienso permitirle que tome parte en esto.

—Puedes trabajar aquí —me ofrece.

—No; y no voy a consentir que despidas a nadie para ponerme en su lugar.

Se agacha hasta estar a mi altura y me mira fijamente a los ojos.

—No tengo por qué despedir a nadie. Aunque pensándolo mejor, vas a estar muy ocupada preparando la boda, así que deja de buscar y céntrate en esto, que es lo más importante.

Me aparto de él para recoger mis braguitas del suelo y mi falda; sé que es importante, por supuesto que lo es y en el fondo me alegro de que para él también lo sea, pero lo que me molesta es su forma autoritaria de decírmelo.

—No hemos puesto fecha —comento mientras me subo la cremallera de mi falda intentando averiguar si al menos en esto cuenta con mi decisión, ya que algo me dice que no.

—Será dentro de tres semanas —confirma tranquilamente y yo casi me caigo al suelo de la impresión.

—¿Tres semanas? —Repito en un grito dándome la vuelta para mirarlo; tiene el gesto firme al igual que su mirada, lo que me advierte que su decisión es completamente irrevocable. ¡Esto ya es el colmo!

—Mucho tiempo ¿verdad? Está bien, lo dejaremos en una —pronuncia en tono burlón y lleva sus manos a mi blusa para ayudarme a abrocharla; las aparto de un manotazo y me retiro de él.

Me mira un poco desconcertado con mi reacción y enarca las cejas.

—Seyton, estás como una puñetera cabra, es muy poco tiempo. No se puede organizar una boda en tres semanas. Y... vuelves hacer lo mismo de siempre, que no es otra cosa que decidirlo tú solo; pues te diré algo, querido: por la parte que me toca, que es la otra mitad, si no quieres casarte tú solo, algo que resultaría imposible, vamos a decidirlo juntos.

—Cielo, tu ocúpate de invitar a las personas que quieres que vengan, el resto es cosa mía.

¡Será posible! Me acaba de decir dos minutos antes que me ocupara de preparar la boda y ahora tan solo me encomienda hacer la lista de invitados.

—¿Qué parte no has entendido de que también es mi boda? —Pregunto a voz en grito; es curioso, me he reprimido con todas mis fuerzas para no ponerme a chillar mientras me follaba de esa manera tan suya, pero ahora mi desesperación por hacerle entrar en razón hace que me olvide de dónde estoy.

Se acerca y tira de mi mano hasta que mi cuerpo se estrella contra el suyo y me levanta la barbilla con un dedo para que le mire.

—¿Que parte no has entendido tú de que no puedo vivir sin ti? —Pregunta en un tono dulce y apacible con lo que acaba de desarmarme este capullo mandón que todo lo hace a su manera —tendrás la boda de tus sueños, te lo prometo —me agarra la cara, se inclina y me besa tiernamente en los labios.

Lo reconozco, acaba de ganar y sinceramente no me importa; no tengo ni idea de cómo se prepara una boda y... pensándolo bien, va a ser muy divertido ver cómo se las arregla con el resto de las mujeres Breyll para impedirles que participen en ella.

—Perdona, sabelotodo; a menos que seas adivino ¿cómo sabes la que yo quiero? —Replico con los ojos entornados y la mirada resuelta, pienso batallar un poco más.

—Te conozco señorita y... ¿dejarás que te sorprenda? —Pregunta en ese tono que hace que me derrita.

Sí, por supuesto que voy a dejarle; desde que hemos vuelto a encontrarnos no ha dejado de hacerlo; lo admito, soy débil muy débil con él, sobre todo cuando me habla de esa forma, con ese gesto de no haber roto un plato en su vida ¡Qué cara más dura tiene! Pero siempre consigue sacarme una sonrisa. Para asegurar su triunfo y dar por concluido el tema, hace una de las cosas que mejor sabe hacer: pegar su boca a la mía y besarme hasta dejarme sin aliento. ¡Claro que me conoce! Yo para él soy como un libro abierto. En cambio yo no puedo decir lo mismo de él.

CAPÍTULO 6

Alec me ha tenido bastante entretenida hasta la hora de comer, ha anulado sus citas y se ha dedicado de lleno a mí.

Llegamos al restaurante y enseguida vemos a Warren en la zona del bar. Cuando nos estamos acercando dos hombres nos abordan y le piden unos minutos; Alec me hace un gesto para que me quede con Warren que al verme se pone en pie, me abraza efusivamente y me da un beso en la mejilla. Este afectuoso recibimiento me deja perpleja. Retira uno de los taburetes para que tome asiento a su lado y me ofrece una copa de vino, la acepto y creo que debería intentar entablar alguna conversación con él, pero no puedo evitarlo, sigue sin gustarme, así que me limito a sonreír y sigo bebiendo.

De pronto veo a alguien que no quisiera encontrarme y menos estando con Alec: es Jesse Nox y viene hacia mí; no, no lo hagas —me digo interiormente— pero de pronto veo cómo Warren se interpone entre él y yo, evitando así que se acerque y al mismo tiempo quitándolo del punto de mira de Alec ¿Me está ayudando? Desde luego que sí, acaba de libramme de pasar un mal trago y se lo agradezco en el alma. Jesse pasa de largo y observo la cara de Warren que se queda mirándolo con una expresión bastante rara; bueno, igual son imaginaciones mías.

—Todo bien ¿De acuerdo, preciosa? —Me tranquiliza cogiéndome la mano.

Ahora sí me queda claro que se ha dado cuenta de todo; mi nerviosismo aumenta al recordar que él sabe que conozco a Jesse y advirtió a Alec sobre ello.

Asiento con la cabeza y tomo un sorbo de vino, me tiembla todo el cuerpo. Me anoto mentalmente que debo hablar cuanto antes con Alec sobre Jesse, no estoy dispuesta a pasar por otra situación de este tipo y él va a tener que entenderlo. Miro por el rabillo del ojo y veo que sigue tranquilamente charlando con esas personas, ajeno por completo a todo; Warren vuelve a tomar asiento.

—Quiero decirte de corazón cuánto me alegro de vuestra boda, eres lo mejor que le ha podido pasar a mi muchacho —dice y su bronceado semblante se entenece.

No sé si verdaderamente está siendo sincero y suspiro aliviada al ver que no hace ningún tipo de comentario sobre lo que acaba de ocurrir.

—Eres una buena chica y sé que lo amas —añade con cariño— lo veo en tus ojos. Nunca le he visto tan feliz y su felicidad es la mía. Siempre me he sentido muy orgulloso de él, para mí es el hijo que nunca he tenido.

Su voz transmite tanto orgullo y satisfacción que ha conseguido que baje la guardia; además debo tener en cuenta lo que acaba de hacer por mí y lo que ha evitado con ello. No le conozco, sin embargo tengo que aceptar que para Alec es una persona muy importante. Uniendo todo esto, creo que debo darle un voto de confianza.

—Warren ¿Has estado casado? —Pregunto en un intento de entablar conversación, ahora sí me apetece y qué mejor que preguntarle todo cuanto pueda sobre él.

—No, por lo visto las mujeres no me soportan mucho tiempo —ríe arqueando las cejas con un gesto de asombro— pero te contaré un secreto —añade y de su rostro desaparece todo rastro de broma—. Sé lo que es el amor, lo descubrí junto a la persona que amaba —se detiene como si ese recuerdo le lastimara— pero no tuve la suerte que ha tenido mi muchacho. Yo la perdí y eso me

destruyó. Esa herida sigue abierta en mi viejo corazón.

Igual se refería a esto cuando dijo aquello de que el odio te engrandece y el amor te destruye, aunque sigo sin entender muy bien este pensamiento. Estoy empezando a sentirme un poco mal, he ido en contra de mis principios al juzgarlo sin conocerlo. Pero no pude evitarlo al oírle aquél día como le hablaba de mí y, sobre todo, que no me advirtiera sobre el cumpleaños de Alec.

—Lo siento, de verdad —aprieto su mano demostrándole mi empatía—. Creo que tanto tú como ahora yo, sabemos lo que ocurrió en el décimo cumpleaños de Alec ¿Por qué no me dijiste nada? —interrogo, necesito sacarme como sea esta duda.

—Querida, no me lo tomes a mal por favor; pensé que ese tema ya lo tenías hablado con él. Al igual que le aconsejé que te contara su pasado, tú has formado parte de su vida y seguirás en ella, siempre he creído que entre dos personas que se aman no debe haber secretos.

Esto me confirma que Alec debió contarle quién era yo y ahora mismo me riño mentalmente por haber sido tan desconfiada con él; le aconsejó que se abriera conmigo y me contara su pasado y efectivamente es lo que ha hecho. Tengo que olvidar todo esto, no soy una persona rencorosa y es hora de que todo cambie.

—Está bien, Warren; en respuesta te diré que contigo queda oficialmente inaugurada nuestra lista de invitados, así que anótalo en tu agenda, será dentro de tres semanas —le confirmo.

Su boca se ensancha en una enorme sonrisa y vuelve a coger mis manos entre las suyas.

—No sabes lo feliz que acabas de hacerme, aunque... siempre he pensado que se necesitaba más tiempo para los preparativos de una ceremonia como esta.

—Si te soy sincera, yo también; pero por lo visto Alec no lo cree así —le digo echándome a reír.

—Si él se lo ha propuesto, lo conseguirá —afirma categóricamente uniéndose a mi risa y choca su copa contra la mía.

Y a mí no me deja la menor duda.

—Quiero pedirte algo, Chloe; sé que no nos conocemos apenas pero quiero que confíes en mí —de nuevo coge mis manos con cariño— y mi primer consejo es que te alejes de Nox. No le permitas que se acerque a ti; por lo que he podido observar, Alec no sabe nada.

Su consejo me acaba de dejar pasmada. Y pensándolo bien, ya son dos los que me advierten sobre Jesse. Y en segundo lugar ¿Qué insinúa con lo de que Alec no sabe nada?

—Disculpa, Warren ¿A qué te refieres?

—Querida, soy muy observador y la expresión de tu cara me dice que no has hecho caso a lo que Alec te pidió; te has puesto muy nerviosa con la presencia de Nox y, en cuanto a él, se le veía muy interesado en acercarse a saludarte.

Trago saliva ¡Joder, con Warren! No se le escapa nada y esto me indica que está al corriente de lo que Alec habló conmigo.

—Jesse no se ha portado mal conmigo en ningún momento y no entiendo por qué debo alejarme; si te refieres a algo sobre su vida privada te diré que no es asunto mío.

—No, no —niega con la cabeza al mismo tiempo—. Ya veo que tu novio, bueno, ahora ya tu futuro marido, no te lo ha contado y me parece muy mal, te lo tendría que haber dicho.

—¿De qué se trata, Warren? —Mis sentidos se han puesto en alerta.

—Bien ¿Comemos? Estoy muerto de hambre —nos interrumpe Alec.

¡Dios! le adoro pero en este momento es de lo más inoportuno; quiero saber lo que Warren iba a contarme. No pienso olvidarme del tema, a la mínima oportunidad pienso decirle a Alec que me lo cuente, al igual que va a tener que explicarme porque Warren tiene que estar al tanto de este

asunto.

—Por supuesto; y vamos a brindar por vuestra eterna felicidad.

—Así es, viejo amigo, mi único propósito va a ser hacer feliz a mi esposa cada segundo de mi vida.

Nos dirigimos a nuestra mesa y me disculpo un momento para ir al baño; echo un vistazo a mi alrededor pero no veo ni rastro de Jesse ¿Se habrá marchado? Dentro de mí desearía que así fuera.

Mientras recorro el pasillo un camarero reclama mi atención.

—Disculpe, señorita, el señor Nox me ha pedido que se lo diera —me entrega una nota y se marcha; la abro y leo:

Tenemos que vernos cuanto antes, nada es lo que parece; y no olvides lo que te dije, no te alejes de Seytton.

¡Dios mío! ¿Esto qué significa ahora? Me advierten de que no deje que se acerque a mí y él en cambio me pide que no me aleje de Alec, no entiendo nada. Arrugo la nota y la tiro a la papelera; si algo tengo claro es que seguiré el consejo de Warren.

Lo cierto es que me he divertido mucho en la comida; Warren ha sido un perfecto aliado, sobre todo cuando he sacado a relucir temas como la enorme afición de Alec a dar órdenes. Me riño mentalmente por haber tenido tan mala impresión de él; es otra persona sola en el mundo y por lo visto la vida no le ha tratado muy bien.

Alec tenía una reunión, así que me marché a casa; quiero ver a Tawny y contarle lo de mi reciente compromiso y, con un poco de suerte, mi prima también estará allí.

Abro la puerta y las oigo, están charlando en la cocina.

—Te libras de que no me guste matar a una mujer embarazada —le suelto a Aby al entrar.

—¡Joder, a esto le llamo una entrada triunfal! Quiero palomitas, esto tiene pinta de ponerse interesante —replica Tawny.

—Menudos humos traes, chica ¿De qué me hablas?

Su actitud es tan intolerable y descarada que me hace rechinar los dientes.

—¿Cómo puedes tener la cara tan dura, Abygail? —Exclamo con rabia— me llamas hecha un mar de lágrimas, te llamo ochocientas veces y no te molestas en responder a ninguna; pero, claro, la señora está tan ricamente en Chicago ¿Haciendo qué? Te lo diré: celebrando su compromiso, algo que por supuesto ni se ha molestado en decirme, me he tenido que enterar por mi madre.

—¿Y qué me dices de ti, eh? tú tampoco has soltado prenda, cuando se supone que nos lo ibas a decir. Y yo también me he enterado por la tuya —responde alzándose la voz.

—Para tu información, a eso he venido, no he podido hacerlo antes.

—¿De qué coño habla esta? ¿Qué me estoy perdiendo? —pregunta Tawny mirando a una y después a la otra— Trae aquí —me coge la mano y pega un grito— ¡Joder, Aby, este pedrusco es más grande que el tuyo!

Automáticamente las dos me empujan hacia el sofá y se sientan cada una a un lado; no hay que decir que casi me arrancan el dedo.

—¡Dios, Chloe! es precioso ¿Cuándo te lo pidió? ¿Tenéis fecha? —Dispara Aby sin coger aire.

—Ella no tiene tanta prisa como otra, que si no se apura, el niño se le perderá entre los invitados —bromea Tawny con su habitual ironía.

—Ya salto la simpática con lengua de víbora —se revuelve Aby.

—Por lo que veo, ya te ha soltado la bomba ¿No? ¿Cuánto tardó en llamarte? —pregunto a Tawny aguantando la risa al ver el gesto obscuro que le hace a mi prima.

—Nada más colgar contigo —me confirma lo que yo imaginaba.

—Lo mismo de siempre. Ella tiene que ser la protagonista en todo —soltamos a coro.

Aby pone cara de inocente y se encoge de hombros, sabemos que para ella es algo inevitable.

—Y bien ¿Qué fecha habéis decidido? —vuelve a insistir mi Aby.

—Según el loco este, será dentro de tres semanas.

Las dos abren los ojos como platos.

—Este tío puede organizar una boda en un día si le viene en gana. ¡Dios, Chloe, vas a convertirte en la señora Seytton! Y eso me convierte a mí en...

—En el último mono de Seytton —termina Tawny.

—Cualquier día acabaré arrancándote esos pelos que tienes. —La amenaza Aby lanzándole un cojín.

Ahora sí que ya no puedo seguir reprimiendo por más tiempo las ganas de reírme con la discusión de estas dos y estallo en carcajadas.

—¿Y qué me dices de ti, Aby? —irrumpo reclamando su atención, tengo que detener esto, si no quiero que en breve comiencen a lanzarse lo primero que pillen a su alcance— ¡Me alegro tanto! Boda y bebé, es maravilloso.

Por supuesto evito a toda costa recordarle sus dudas respecto a su embarazo, creo que todo eso ya quedó en el olvido.

—¡Joder, qué asco dais! Menos mal que yo sigo con mi cabeza en su sitio. —Tawny hace un gesto de repugnancia—. Una cosa os advierto a las dos: olvidaros que sea vuestra dama de honor, esas chorradas no van conmigo.

La miramos y nos echamos a reír, lo sabemos perfectamente.

—Tranquila, Tawny, no te haremos pasar por ese mal trago —intento sosegarla.

—Pues no sé cómo estará su cabeza, pero hay cierto príncipe de las tinieblas que ha conseguido alterar el corazoncito de ese bombón amargo. Esta mañana se iba muy contento y ni te imaginas la cara de idiota que tenía ella —me cuenta Aby con sarcasmo, como si Tawny no estuviera presente.

—Tu embarazo te está volviendo muy graciosa ¿no? —escupe Tawny con los ojos encendidos, esto tiene pinta de terminar en guerra.

—¿Has conocido a Lebrón? —Quiero saber qué opina mi prima.

—Sí, pero no gracias a esta antipática; me tuve que presentar yo sola. Y ¡Humm! ¡Qué diablo! Yo diría que es todo un dios de ébano —esto último lo dice con voz melosa buscando la provocación de Tawny.

—No me diste opción, te fuiste disparada hacia él. Lo que yo digo: a las preñadas se les sube la temperatura y se os revolucionan las hormonas.

Como era de esperar la otra responde de inmediato. He echado de menos las discusiones de estas dos, siempre me hacen reír y esta vez también se cumple la norma. Pero necesito hablarles de los últimos acontecimientos y cambio de tema:

—Me han ocurrido más cosas y os las tengo que contar.

Automáticamente obtengo su máxima atención, que es lo que me proponía.

—Sabes que me muero porque me cuentes cómo se lo monta Seytton.

—Eres una salida, una pervertida y, bueno, muchas cosas más, Tawny; pero en esto estoy contigo, ¡Venga, desembucha!

Sacudo la cabeza riéndome.

—No pienso contaros nada sobre mi vida sexual... en este momento, lo dejaremos para otro día. —Les aseguro para que dejen el tema, sé lo pesadas que pueden llegar a ponerse; dejo de reír, creo que lo que les voy a decir se merece más seriedad—. En primer lugar, ya no trabajo para Larson & Miller, me han despedido.

—¿¡Qué!? —exclaman las dos al unísono.

—¡No lo entiendo, te habían ascendido! —Aby no sale de su asombro.

—Sí, claro; primero te dan el caramelo para más tarde quitártelo y desearte que ojala te hubieras atragantado con él.

—Tawny, desde luego que a bruta no te gana nadie —le reprendo.

Les digo el motivo de mi despido y también les cuento la reacción de Alec.

—¿Por qué no quieres que él se ocupe? —interviene Tawny.

—Porque sé perfectamente que irá a por ellos y no quiero —suelto sin pensar y ruego para mis adentros que no me pregunten el motivo de mi certeza— y se trata de mi trabajo, no del suyo.

—No seas tonta, que los joda bien jodidos. ¿No es lo que te han hecho a ti? Pues no se merecen otra cosa.

Le lanzo una mirada reprobatoria y admito que Tawny tiene la misma naturaleza vengativa que Alec.

—No, Tawny; allí hay gente que no tiene culpa de nada. Por ejemplo mi jefe.

—Eres demasiado confiada ¿Cómo lo sabes? Se supone que él te había incluido en un equipo y ¿ahora qué? Tu despido no está nada claro, Chloe, y tú eres consciente de ello.

—Si, por supuesto. La otra noticia que tengo que daros, creo que puede tener mucho que ver en mi despido —prosigo.

—¿Por qué? —Aby me gira hacia ella reclamando mi atención.

—Porque Derek Farrow es mi padre biológico —les suelto a bocajarro.

Ahora sí que las he dejado mudas por completo. Tienen el estupor dibujado en sus rostros; sin darles tiempo a recuperarse, el timbre de la puerta nos sorprende. Como veo que ninguna de las dos hace el más mínimo intento de ir a abrir, voy yo.

Aby se marcha a abrir.

—¡Chloe! —Charlotte entra, muy alterada, y se tira a mis brazos. Tras ella aparece Bianca— Mamá me lo acaba de decir, es maravilloso; estoy muy feliz por ti.

¡Joder, las noticias vuelan! Ya estoy comprobando que no me dejan la más mínima oportunidad de darla yo.

—Lo siento, no he podido evitarlo; no sabes lo insistente y pesada que puede llegar a ser tu hermana cuando quiere obtener información —se disculpa Bianca.

—¡Tenemos dos bodas a la vista! —anuncia Charlotte pegando saltitos de alegría.

En ese momento suena mi teléfono y lo busco en mi bolso. No conozco el número que aparece en la pantalla.

—¿Diga?

—Chloe, soy Derek Farrow.

El estomago se me encoge de golpe.

—Hola, ¿Qué tal estas?

—Fastidiado; acabo de enterarme que ya no estás en mi equipo. Quiero hablar contigo, pero no por teléfono; dime dónde quieres que nos veamos.

—Está bien. Hay una cafetería cerca de mi casa, nos vemos ahí en media hora.

—De acuerdo, ahí estaré.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Bianca acercándose a mí.

—Era Derek, quiere verme.

El rostro de Bianca palidece y tanto Aby como Tawny tienen la típica mirada de... no me gustaría estar en tu lugar.

—¿Tú quieres verlo?

—¡Oh, sí! Veamos qué quiere decirme el señor Farrow, al que adivino muy indignado — bromeo intentando disimular mi propio nerviosismo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Charlotte un poco perdida, ella aún no sabe nada.

—Pienso que él ha querido que me despidieran al enterarse de quién soy realmente.

—¿Por qué iba hacer una cosa así? Eres su hija —interviene Aby.

—Precisamente por eso —responde Bianca. Y siento una repentina y aplastante presión en mi pecho.

Cuando llego a la cafetería ya está Derek sentado en una mesa, mirando por la ventana. Como si hubiese intuido mi presencia gira la cabeza hacia mí, me hace un gesto con la mano y se pone en pie. Hoy va vestido mucho más formal que cuando le conocí, lleva un impecable traje de chaqueta en azul marino, tiene un porte elegante y al mismo tiempo intimidante; le veo un poco nervioso, se pasa la mano en un intento por controlar algunos mechones rebeldes que le caen sobre la frente; sigo sin poder adivinar su edad, pero, sabiendo ya quién es, tiene más de cuarenta aunque no los aparenta en absoluto.

Trago saliva y respiro hondo; mi corazón palpita como un caballo desbocado, estoy muy nerviosa; me acerco despacio, intentando disimular mi estado de inquietud.

—¿Qué diablos ha ocurrido, Chloe? —Pregunta en cuanto me tiene frente a él. Su tono de voz no es muy amigable y yo me achico de inmediato, este no es el recibimiento que esperaba. Sé perfectamente a lo que se refiere; por lo que veo le importa más que no vaya a trabajar para él que el hecho de que sea quién soy, pienso interiormente. ¿Qué esperaba? Pues sinceramente, alguna muestra de entusiasmo, de alegría por haber encontrado a su hija y no este frío recibimiento.

—No sé por qué pregunta si ya lo sabe. Me han despedido —le aclaro secamente; siento la necesidad de aumentar las distancias con él.

—He hablado con tu jefe.

—Entonces ya sabe el motivo —aseguro convencida.

Estoy empezando a arrepentirme de haber venido y como si hubiera intuido mi vacilación, retira enseguida la silla que hay frente a él para que me siente.

—He cancelado el contrato con ellos —declara rotundo.

—¿Por qué lo ha hecho? —Replico al instante; con esto me acaba de quedar claro que su único interés era tenerme cerca, pero admito que me interesa mucho saberlo, así que tomo asiento— espero que lo que ha ocurrido conmigo no tenga nada que ver con su decisión.

—No me gustan los cambios repentinos y sigo sin entender tu despido; no es habitual y así se lo he hecho saber a tu jefe. Estabas dentro de un equipo para el que se te había elegido.

Esto sí que no me lo esperaba, él está igual de confundido que yo, su aclaración me lo confirma; por lo tanto descarto de inmediato que haya tenido algo que ver.

—En el que me habían elegido por ser la hija de Bianca ¿No? —espeto irritada, el tema de mi despido me está empezando a oler mal.

—Y mía —recalca con contundencia levantando la voz.

—Pero aún no lo sabía —confirmo con los dientes apretados—. Así que ¿Por qué tenía ese

interés en tenerme cerca? —disparo la pregunta que me tiene en vilo.

Derek se queda en silencio al ver a mi lado al camarero, que me pregunta amablemente si quiero tomar algo; le devuelvo una sonrisa forzada negando con la cabeza y el hombre se retira.

Nos miramos fijamente y lo que veo me deja alucinada ¡Dios de mi vida! Es como si me viera a mí misma en un espejo; tiene el mismo gesto que hago yo cuando estoy muy enfadada, arrugando los labios y mordiéndolos por dentro.

—¿Quieres saber la verdad? —Continua. Sus penetrantes ojos oscuros se clavan en los míos y sus facciones se endurecen—. Por venganza, Chloe. Tener de mi lado a la hija de la persona que más odio, significaba un triunfo para mí, sé que eso la carcomería por dentro.

Su confesión me impacta de lleno. Bianca ya lo advirtió qué su propósito era hacerle daño. Entre ellos tuvo que ocurrir algo muy gordo.

—Me parece muy rastrero por su parte —le acuso indignada—; no sé por qué la odia tanto...

—¿Por qué la odio? —Me interrumpe— me destrozó la vida; y, no contenta con la mía, arrastró también a la de mi familia. Créeme, tengo motivos para odiarla hasta el día que me muera.

Me quedo helada ante la acusación tan grave que está lanzando sobre Bianca.

—Y no puedes imaginarte lo que he sentido cuando lo he descubierto —prosigue con rabia y tiene razón para estar enfadado, pero no pienso dársela ya que fue mi decisión—. Aunque, viniendo de Bianca, era de esperar, es otro de sus juegos sucios; sigue manipulando a su antojo como ha hecho siempre —arremete contra ella en un tono helado.

No puedo dejar de pensar qué demonios ocurrió entre ellos, porque algo me dice que no se debe solo a lo que pasó conmigo. No me gusta nada el modo en el que habla de Bianca, al fin y al cabo es mi madre y, desde luego, no se ha comportado como lo está haciendo él; ella en ningún momento ha arremetido contra su persona.

—Le prohíbo que hable así de ella —exijo con dureza— fui yo quien le pidió que no dijera nada. Para mí ya fue un shock bastante importante enterarme de quién era mi madre biológica y le dije que no quería saber quién era mi padre; sinceramente no estaba preparada para conocer su identidad.

—¿Cómo puedes defenderla? —Me recrimina volviendo a levantarme la voz— ¡Te dio en adopción! ¡Te echó de su lado!

Sus palabras se clavan en mi corazón como una daga, cierro un instante los ojos y respiro hondo; es lo que siempre he creído, pero con todo esto compruebo que Derek no sabe nada de lo que pasó.

—Ella no hizo tal cosa, no tiene ni idea —le grito con rabia; de pronto soy consciente de dónde me encuentro, pero respiro aliviada al ver que tan solo hay una mesa ocupada al fondo.

Se queda en silencio sin apartar su mirada de la mía y observo cómo de pronto su semblante se suaviza; creo que en este instante es realmente consciente de quién soy en realidad, como si la venda de resentimiento y rabia que lo cegaba se hubiera desprendido de sus ojos dando paso a ese mismo brillo magnánimo que vi el día que le conocí.

Extiende sus manos en una muda petición e instintivamente poso las mías sobre ellas; me sonrío agradecido y las besa. Esta demostración de ternura me desarma por completo.

—Lo siento mucho, Chloe, de verdad. Hay veces que me cuesta controlar mi temperamento y tú eres la última persona del mundo con la que yo quiero descargar mi ira —se disculpa y veo como su semblante transmite su arrepentimiento.

Por supuesto no hace falta que lo jure, es todo un carácter.

—No se preocupe. —Contesto restándole importancia.

Yo también debería disculparme, mi comportamiento tampoco ha sido el más adecuado, pero mis disculpas se quedan atrapadas en mi garganta al recordar que yo no he comenzado todo esto.

—Chloe, por favor deja de utilizar tanto formalismo conmigo —me pide y percibo un atisbo de dolor en su voz; asiento con la cabeza—. Cuando Bianca me dijo que estaba embarazada no te imaginas lo feliz que eso me hizo; en ese instante empecé a quererte y la primera vez que noté una de tus pataditas en el vientre de tu madre, supe que viviría para ti, que trabajaría lo que hiciera falta para que nunca os faltara de nada a ninguna de las dos. No tengo palabras suficientes para expresarte lo que sentí cuando naciste. Sin embargo, esa felicidad duró solo un instante, me volví loco cuando me dijeron lo que te había ocurrido.

Sus palabras ahondan en mi alma. Bianca no me engañó cuando me dijo que fui fruto de un gran amor y muy deseada. Pero, por otro lado, veo que ese amor se transformó en puro odio del uno hacia el otro y no puedo evitar que me afecte y sienta una gran tristeza por ellos.

—Diriges todo tu odio hacia la persona equivocada —le expongo su error hablándole con dulzura, él es otra parte de mi vida que fue atrapado en la maldad de esa mujer.

—No sé de qué me hablas.

Apoya los codos sobre la mesa y hunde la cabeza entre sus manos; no sé si es un gesto de impotencia o de abatimiento.

—No has hablado con Bianca ¿verdad?

—Me fui a buscarla y, bueno, tampoco le di opción a nada —declara con un ligero encogimiento de hombros—. Le solté todo lo que me vino a la cabeza, estaba fuera de sí y mi único interés era que me confirmara lo tuyo.

—Está bien. Yo te lo contaré.

CAPÍTULO 7

Derek me presta toda su atención y la expresión de su rostro va cambiando a medida que avanzo con la historia. Por cómo aprieta su mandíbula deduzco que ahora mismo es un volcán a punto de entrar en erupción. Se pasa las manos varias veces por su pelo rebelde en un gesto de desesperación y oigo que maldice en voz baja mientras yo prosigo con mi relato.

—Esto es lo que ocurrió conmigo —concluyo exhalando un enorme suspiro, recordar todo de nuevo no es nada agradable.

Me mira con la expresión afligida. De pronto se pone en pie, tira de mi mano y me abraza como si quisiera protegerme entre sus brazos; está impactado con todo lo que acaba de oír de mis propios labios. Su inesperada reacción me ha pillado por sorpresa y me aferro a él agradecida; su demostración de cariño me conmueve tanto que tengo que hacer un enorme esfuerzo por no romper a llorar, mi pasado es muy doloroso y más aún saber el destino que tenían para mí. Mi mayor satisfacción ha sido poder dejarle claro que Bianca no tuvo nada que ver, que sus acusaciones eran infundadas, basadas solo en el odio y el rencor.

—Me ocuparé de esa maldita hija de puta —sentencia con rabia.

Levanto la cara para mirarlo y me preocupa lo que veo; no quiero que esto se convierta en una guerra de despecho y odio. Así que intento desviar su atención sobre la causante de todo.

—Quiero saber que ocurrió entre vosotros —le pido con firmeza; lo único que quiero es saber toda la verdad sobre mis padres.

En ese instante comienza a sonar el teléfono de Derek, pero hace caso omiso y sigue abrazado a mí; me remuevo un poco y señalo con la mirada su móvil para que lo atienda; me dedica una encantadora sonrisa, me besa en la frente y descuelga. Me retiro unos pasos para darle un poco de privacidad aunque observo por su ceño fruncido que no le ha gustado mucho que le interrumpieran y finaliza la llamada con un tono bastante seco y escueto.

—Chloe, lo siento mucho pero tengo que marcharme —se disculpa molesto— me esperan en una reunión que había olvidado por completo. Pero tenemos que seguir hablando, debes saber todo sobre mí y yo todo sobre ti. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

—Me parece perfecto —acepto con una sonrisa, aunque una sensación amarga me recorre al pensar en sus palabras; es mi padre y somos dos completos desconocidos.

Derek hace una señal al camarero para pagar y nos disponemos a salir de la cafetería; justo cuando estamos en la puerta a punto de marcharnos la voz de una mujer nos detiene.

—¿Derek? ¿Derek Farrow? —Repite muy nerviosa, acercándose hacia nosotros— sabía que eras tú, no has cambiado nada en todo este tiempo.

Por la cara de Derek, ella sí que debe haber cambiado. Es pelirroja con unos bonitos rizos que le caen por encima de los hombros y unos expresivos ojos azules. No es muy alta pese a llevar unos buenos tacones que no le han impedido acercarse a nosotros con una elegante celeridad.

—Perdón ¿nos conocemos?

La mujer lo mira con auténtica veneración ¿será alguna antigua amante? —me pregunto a mi misma— porque de ser así, sería un poco desconsiderado por parte de Derek no acordarse ella.

—Soy Susan... Susan Benet. Vivíamos en el mismo barrio. Éramos amigos.

—¡Sí! —Exclama Derek y extiende su mano para saludarla— Disculpa, Susan, no te había

reconocido.

¿Amigos? Sin embargo sigo pensando que esta mujer está coladita por él, no hay que ser muy lista para darse cuenta.

—Necesito hablar contigo.

—Verás, Susan, tengo prisa. —Justifica Derek.

—Es muy importante —insiste— y ya no lo soporto más, es un milagro haberme encontrado contigo y debes escuchar lo que tengo que decirte.

—¿Decirme sobre qué? —Contesta Derek mirándola con recelo.

—Todo lo que ocurrió contigo y con tu familia. ¿Podemos hablar en privado? —le pide posando su mirada en mí mientras la mía se dirige hacia Derek que se ha quedado de piedra.

Un embarazoso silencio nos rodea.

—Es mi hija, así que lo que tengas que decirme lo puedes hacer en su presencia —dice al fin, pasando su brazo alrededor de mis hombros en un gesto protector; yo le agradezco con una sonrisa la confianza que acaba de demostrar hacia mí.

Sin embargo mi corazón golpea estrepitosamente contra mi pecho con lo que acabo de oír, presiento que lo que esta mujer va a decir no me va a gustar nada. Pero ha despertado todo nuestro interés. Nos encaminamos hacia una de las mesas y Derek se retira unos pasos para hacer una llamada de teléfono, imagino que estará atrasando o anulando su reunión.

Me mira de arriba abajo deteniéndose en mi cara, creo que la revelación de Derek ha despertado su curiosidad. Tomamos asiento y el camarero, sorprendido, vuelve de nuevo: ahora sí que necesito tomar algo, le pido una cerveza; Derek me sonríe y me acompaña con lo mismo, Susan en cambio solo pide agua.

—Eres igual que tu madre —me mira con una temblorosa sonrisa en sus labios ¿Tan rápido ha deducido quién es mi madre? Esto me pone en guardia.

—Susan, adelante ¿qué es lo que tienes que decir? —Interviene Derek en un tono apremiante.

—En primer lugar, que me perdones. Lo siento mucho, yo... yo era muy joven y esa mujer... esa mujer me ofreció mucho dinero —comienza a decir entrecortadamente.

—No sé qué debo perdonarte y no sé de qué mujer me hablas —Derek la mira un poco desconcertado al igual que yo.

—De Miranda Wellintong.

El semblante de Derek se tensa y mi corazón casi se detiene al oír ese nombre. El nombre de la madrastra de mi madre.

—Continúa —le exige Derek en tono adusto.

—Me dijo todo lo que tenía que hacer para que Bianca te dejara y no quisiera saber nada de ti; y eso fue lo que hice. Le dije que yo era tu novia, que todo lo teníamos planeado para sacar dinero y que estaba embarazada de ti. Que ella tan solo fue un negocio para nosotros.

Cada palabra que sale de la boca de esta mujer me va formando un nudo en la garganta cada vez más grande.

—¡Joder! ¿Qué estás diciendo? —Levanta la voz Derek sobresaltándose— ¿Tú y yo? —Prosigue agarrando el borde de la mesa con fuerza— ¡Nunca hemos estado juntos!

Yo no sé qué hacer, así que doy un largo trago a mi cerveza y le acerco la suya; debimos pedirnos algo más fuerte, pienso para mis adentros.

—Es cierto, nunca hemos estado juntos pero yo estaba enamorada de ti; sin embargo, tú solo tenías ojos para ella. La envidiaba, ella lo tenía todo. Un día me acerqué hasta la casa, quería verla; os vi juntos y enloquecí de celos. Esa mujer me pilló y, como es de suponer, me echó de

allí, pero más tarde fue a buscarme. Yo... —se detiene y su semblante es pura amargura, cierra los ojos un instante como si le costara continuar— fui el testigo que declaró a la policía que tú robaste el colgante de Bianca para mí, al igual que todo ese dinero del que hablaban y las joyas —añade cubriéndose la cara con desesperación.

Derek se reclina en la silla como si le hubiesen golpeado, mirándola atónito y enfurecido.

—¡Joder! ¿Cómo pudiste hacerle eso? —irrumpe de pronto colérica al no poder soportar más todo lo que estoy oyendo.

Derek me rodea los hombros con su brazo en un intento por tranquilizarme.

—Ella me dio mucho dinero y los celos me cegaron —continúa y su voz suena avergonzada— me dijo que tú estabas con Bianca por su fortuna y que si yo tuviera vendrías conmigo. Derek, yo era muy joven y...

—¡Cállate! —le exige—. Ahora me doy cuenta de que no sabías nada de mí; a poco que me conocieras sabrías que todo eso era una enorme mentira. Susan, solo éramos vecinos y nunca te di pie para que creyeras que tú significabas algo más para mí —le espeta Derek con dureza.

—Sí, lo sé; perdóname, Derek, llevo demasiado tiempo con esta carga en mi conciencia —implora e irrumpe en un llanto desconsolado.

—¿Cómo puedes pedirme eso? Destruiste mi vida al aceptar lo que esa maldita hija de puta te ofreció —masculla con los dientes apretados.

—Estaba muy asustada y cuando se llevaron a toda tu familia fui consciente de todo, pero esa mujer me amenazó diciéndome que si hablaba, yo correría tu misma suerte —atisbo claramente la expresión torturada en sus ojos—. Yo estaba enamorada de ti y te juro que no sabía que todo esto iría tan lejos. Sé que lo que hice fue abominable y no hay un solo día que no me arrepienta de ello. Derek, te ruego que valores que te lo haya contado.

—¿¡Veinticuatro años más tarde!? No puedes hacerte una idea por lo que pasamos todos ¿entiendes? Y todo por el puto dinero y... ¡Ah sí! Por un arrebató de celos, eso no es amor Susan. Tan solo quieres justificarte escudándote en eso.

—Por favor —le suplica Susan entre hipidos.

—Por lo que a mí respecta nunca lo haré. Así que tendrás que seguir viviendo con ello. ¿Hay alguna cosa más que deba saber?

—No, eso es todo —niega con la cabeza, entre un mar de lágrimas.

—Solo te diré que espero que disfrutaras ese dinero con el que me destrozaste a mí y a cada miembro de mi familia.

Derek se pone en pie arrastrándome con él hacia la salida y dejamos atrás a una desconsolada mujer llorando su culpa.

—Creo que deberías hablar con Bianca, ella debe saberlo —le digo tirando de su mano para que se detenga; se vuelve y me mira.

—Chloe, ya hablaré con ella, ahora como comprenderás no estoy de humor para hacerlo —responde intentando reanudar el paso, pero yo no muevo ni un pie.

—Tenéis que arreglarlo, imagina la cantidad de mentiras que esa mujer pudo decirle de ti.

—Necesito tiempo para asimilar todo esto.

—Yo solo quiero que ella sepa la verdad —confieso.

—Y así será —me asegura acariciándome con ternura la mejilla con el dorso de la mano.

Lo escruto con la mirada y lo que veo me sacude el corazón; es la viva imagen de un hombre destrozado. Sin la más mínima duda me tiro a sus brazos y Derek me estrecha emocionado. Yo también sé lo que es sufrir y es horrible lo que han hecho con nosotros, ahora sé por todo lo que ha

pasado y me desgarran por dentro. Estamos en medio de la calle y soy plenamente consciente de que todo el mundo que pasa a nuestro lado nos dirige alguna que otra mirada acompañada de una maliciosa sonrisa, pero me da igual; ellos no lo saben, yo sí y a quién abrazo con todas mis fuerzas es a mi padre. Una víctima de la maldad y la crueldad de esa despiadada mujer, que no es otra que Miranda Wellintong.

Derek me ha acompañado a casa a pesar de mi insistencia en que no lo hiciera ya que mi interés es ir a ver a Bianca, pero no quiero que él lo sepa y he esperado en el vestíbulo de la entrada a que se marchara. La suerte ha estado de mi lado y he encontrado un taxi rápidamente.

Llego y me abre la puerta Helen, la señora que trabaja para Bianca; creo que algo le ocurre, la veo un poco pálida y nada más verme me mete dentro de casa de un empujón.

—Ella está aquí —me dice muy nerviosa llevándome hacia la cocina.

—Helen ¿quién es ella?

—El diablo en persona —dice escupiendo las palabras.

No tiene que decirme más, sé perfectamente de quién se trata. Me detengo al oír las voces que provienen del salón y me aproximo deteniéndome delante de la puerta. Helen me mira pero no insiste en que la acompañe, se aleja resoplando y maldiciendo por lo bajo.

Veo a Bianca como está en pie frente a esa odiosa mujer que permanece sentada.

—¡Tú y yo no tenemos nada de qué hablar! —dice Bianca con la voz elevada.

—Me muero, Bianca. He venido hasta aquí en contra de los médicos.

—¿De verdad pensabas que iba a ir a tu casa con mi hija?

¿A qué hija se refiere? Imagino que hablará de Charlotte.

—No, por eso vengo yo, arrastrándome como he podido. Sé el daño que te he hecho.

—No, no lo sabes, porque tú nunca has querido a nadie, Miranda, nunca en tu vida; lo único que has querido ha sido dinero y posición, por eso te casaste con mi padre.

—Yo quería lo mejor para ti, proyectos para tu futuro.

—¡Cállate y vete de mi casa! —le grita Bianca— ya te dije que tú habías muerto para mí. Eran tus proyectos, no los míos; desde que entraste en la vida de mi padre y la mía no has dejado de manipularnos.

—Por favor, quiero pedirle perdón, déjame hacerlo antes de morir —le ruega Miranda y su voz suena compungida.

—¿Me estás diciendo que tienes conciencia? No permitiré que te acerques a ella y la envenenes

—Bianca prosigue y el tono de desprecio que desprende su voz me dice que no siente la más mínima compasión hacia ella.

—Él no era bueno para ti, te engañaba, tú lo viste. De lo único que me arrepiento es de la niña, me puse muy nerviosa...

Estupefacta abro la boca y me quedo helada, es a mí a quién quiere ver.

—¿Nerviosa? Sufrí con lo de Derek pero me quitaste lo que más amaba en la vida que era mi niña. Y no te creo; ese médico lo dejo muy claro.

—¡Ya basta, por favor! —irrumpo en el salón y Bianca se gira hacia mí con el rostro desencajado; creo que soy la última persona a la que quisiera ver ahora mismo, en este lugar.

—Acércate —me pide Miranda —¿cómo te llamas?

—Chloe. —contesto; la inexpresividad junto con la apatía que veo en sus ojos me producen escalofríos. No hago lo que me pide aunque advierto una leve sonrisa de triunfo en sus labios al haberse salido con la suya y tenerme delante.

Me quedo junto a Bianca y miro fijamente a la mujer que hay sentada frente a mí, la misma que

me sentenció a muerte. Tiene el cabello completamente blanco en una cuidada melena corta, su porte es elegante, la típica dama de alta sociedad y, desde luego, no tiene el aspecto de una dulce ancianita a las puertas de la muerte.

—Oh, eres preciosa, es igual que tú, Bianca; tu mismo reflejo, posee esa distinción de los Wellintong, nada que ver con la otra que tienes —se refiere a Charlotte y me molesta mucho que hable de ella en ese tono tan peyorativo—. Lo siento, perdóname, nunca he tenido que arrepentirme de nada, solo me arrepiento de lo que sucedió contigo —dice con la voz llorosa, pero me suena todo tan vacío que ni siquiera me conmueve—. No supe cómo reaccionar, fue un acto inconsciente. —Saca un pañuelo de su bolso y da pequeños toquitos debajo de sus ojos, creo que intenta limpiar unas lágrimas inexistentes—. Ese sinvergüenza no la quería y yo lo averigüé. Siempre quise lo mejor para tu madre, aunque ella no me crea. Y tú —me señala con su dedo— debes alejarte de él, no debes caer en su trampa; a ti tampoco te quería ni te querrá. Era un embaucador.

Cierro unos instantes los ojos al mismo tiempo que mis puños; una sensación de indignación arde en mis entrañas y una descarga de adrenalina comienza a fluir por mi cuerpo. Su arrepentimiento es tan falso como ella y, sinceramente, no quiero saber los detalles de por qué lo hizo, lo único que quiero es esclarecer el tema de mis padres.

—Para empezar no voy a permitirle que hable así de él, como tampoco que se refiera a mi hermana de esa forma. Y ahora ha llegado el momento de que le cuente toda la verdad a mi madre —le exijo con dureza.

Bianca se gira hacia mí y me abraza emocionada estrechándome con fuerza contra su pecho, es su respuesta al haber oído cómo la he llamado.

—Lo que digo es la pura verdad —se defiende con inesperada entereza.

Me separo de Bianca y me planto delante de ella.

—¡Miente! —La acuso exasperada— diga la verdad de una vez.

—No voy a permitir que se me siga insultando; he venido en mi lamentable estado de salud, a pedir vuestro perdón, pero ya veo que no tenéis corazón —nos dice ofendida poniéndose en pie.

Aprieto los dientes y la fulmino con la mirada, su cinismo es inaguantable.

—¿Cómo te atreves? Eres tú la que no tienes corazón, nunca lo has tenido y nunca vamos a perdonarte. Morirás con ello Miranda —sentencia Bianca con frialdad.

—Cuéntele como utilizó a aquella chica para que le hiciese creer a mi madre que mi padre no la quería —le exijo alzando la voz.

—Él estaba con ella y engañaba a tu madre —alega con una parsimonia espeluznante mientras enfunda sus manos en unos guantes de piel.

Siento cómo la bilis me sube hasta la garganta.

—¡Dios! —Aparto la vista de esa mujer y me llevo las manos a la cabeza con impotencia. Su actitud es detestable, prosigue con su engaño— ¡Mamá, es mentira! —Grito girándome hacia Bianca— yo la he conocido, nos lo ha contado todo. Él te amaba a ti, solo a ti. No hubo otra.

Me acerco a ella al ver que se ha quedado paralizada y su rostro está lívido; cojo sus manos en un intento de que reaccione, es como si hubiera visto un fantasma.

—Déjalo, Chloe —la voz de Derek retumba en mi espalda; sin poder contener un suspiro de alivio me giro triunfante, ha venido, ha hecho lo que le pedí y ahora entiendo la reacción de Bianca— esta mujer no merece que malgastes ni un minuto más de tu tiempo. Señora Wellintong, le han pedido que se marchara, hágalo o me verá obligado a echarla yo mismo como se merece —su voz es firme y amenazante.

Miranda le escruta en silencio y por el gélido brillo que desprenden sus ojos lo acaba de reconocer.

—Tú no la querías, eras un muerto de hambre ¿qué futuro le hubieras dado? ¿Pensabas que iba a permitir que un apellido tan noble se uniera con el tuyo, el de un vulgar jardinero? —arremete Miranda con desprecio.

Su comentario me hiere, sin embargo Derek sigue impasible, como si sus palabras no le afectaran lo más mínimo.

—Voy a ocuparme personalmente de que todo el mundo sepa lo que hizo; la cárcel no es su sitio, su castigo será morir sola, despojada de todo aquello que ama, que no es otra cosa que su dinero, y esperará a la muerte en la más absoluta miseria. Acabo de predecirle su futuro, señora Wellintong —Derek le sonríe despectivamente— y otra cosa más: no vuelva a acercarse a ninguna de ellas porque entonces le juro que ese futuro cambiará radicalmente —le asegura tajante.

—¿Me estás amenazando? —Da un paso hacia él y se enfrenta con soberbia— creo que has olvidado con quién hablas y a quién te enfrentas.

—Lo que no debe olvidar es a quién tiene usted ahora delante —la desafía Derek— y créame, me dará una enorme satisfacción ese enfrentamiento; así que le advierto: la quiero lo más lejos posible de mi hija.

—Esto no quedará así —masculla con arrogancia— nadie tiene pruebas de lo que ocurrió con la niña, aquí la tenéis, viva y bien viva —suelta una especie de risa extraña que me pone los pelos de punta— la única persona que podía atestiguar era ese médico y ya está muerto. Nadie creará vuestra versión —escupe sus palabras con desprecio.

—Señora, cuando acabe con usted desearé que sea cierto que se está muriendo, de hecho lo pedirá a gritos —añade Derek con el rostro inexpresivo; su voz no ha perdido en ningún momento ese tono frío y amenazador.

—No alardees de tu victoria —replica con maldad dirigiendo su mirada hacia nosotras—. Y tú no seas estúpida, siempre fue un embaucador y lo está haciendo contigo y con tu hija.

—¡Deje de tirar veneno sobre mis padres y márchese de una maldita vez! —Le grito con rabia, ya no soporto más tener a esta mujer delante de mí.

—¡Dios de mi vida, tu maldad no tiene límites! —Irrumpe furiosa Helen en el salón— yo testificaré y mentiré si hace falta, igual que hiciste con todos y créeme que si yo hubiera sabido tus planes jamás los hubieras llevado a cabo —prosigue situándose frente a Miranda— ahora sé porque me mandaste lejos; ese día no querías que yo estuviera presente, eres la reencarnación del mal y te deseo la peor muerte que pueda tener un ser humano y que Dios me perdone por ello.

La incursión de Helen nos enmudece a todos. Miranda no le replica, tan solo le da la espalda y se marcha altiva. Me dejo caer en uno de los sofás, las piernas no me sostienen, es la impotencia, la rabia y la furia que bulle dentro de mí. Ahora mismo no sé de qué tengo más ganas o que es lo que más necesito, si llorar, gritar o ponerme a golpear algo.

Bianca se sienta a mi lado; sigue pálida y temblorosa, pero la ternura inunda su semblante cuando me mira; me da un beso en la mejilla y me estrecha contra su pecho en un mutuo consuelo.

—Ha venido —susurro con dulzura y levanto la vista hacia Derek.

Se acerca a nosotras y se agacha para estar a nuestra altura. Le extiendo mi mano, la coge y la besa con ternura; con la otra cojo la de Bianca y entrelazo mis dedos con los suyos. Nos quedamos así, mirándonos en silencio, envueltos en todo lo que aún está por decir, sin embargo ninguno nos atrevemos.

—Chloe —la voz cálida de Derek interrumpe nuestro mutismo—quiero que me prometas algo,

que recuerdes lo que voy a decirte; soy tu padre y siempre voy a estar para ti, no lo olvides nunca. Por culpa de la perversidad de esa persona te perdí, pero siempre has formado parte de mi vida y te ruego que me dejes formar parte de la tuya. Te quiero, Chloe, más de lo que te puedas imaginar.

Las palabras de mi padre, como bien ha dicho él, inundan mi corazón de tanta alegría y tanto orgullo que no sabría explicar.

—Te lo prometo —le aseguro intentando controlar las lágrimas que se van agolpando en mis ojos— Y yo quiero decirles algo, siempre he deseado lo que no me dieron y era ese amor que tanto necesitaba; pensaba en por qué mis padres no me habían querido y tenía ese rencor y ese dolor dentro de mí; y aunque para mí era algo inexplicable, al igual que vosotros yo os quería, aunque no os conociera. Por fin sé toda la verdad y te pido perdón, mamá, por lo dura que fui contigo — aprieto la mano de Bianca que me mira con lágrimas en sus ojos— y a ti, papá, —cojo la de Derek y la uno a las nuestras— por haberte gritado; mi comportamiento no ha sido el que mis padres, bueno... ahora tengo cuatro —me miran conmovidos y sonríen, con esto quiero dejarles claro que ellos forman parte de mi vida— me han enseñado; ha llegado el momento de olvidar el pasado, que desaparezca todo ese odio y rencor, este es nuestro comienzo. Os... quiero —les digo mientras mis lágrimas corren libremente por mis mejillas y ya no son lágrimas de dolor sino todo lo contrario, son de una inmensa felicidad, la misma que veo en sus rostros.

CAPÍTULO 8

Derek se ha marchado y Bianca y yo seguimos sentadas en el sofá en un cómodo silencio, cada una inmersa en sus propios pensamientos. Me llevo las manos a las sienes, unas repentinas punzadas comienzan a acribillar mi cabeza; de pronto recuerdo que he dejado el tratamiento pero no creo que ese sea el motivo, simplemente he recibido demasiada información de golpe, seguro que es algo pasajero, me digo a mí misma quitándole importancia.

—Chloe ¿estás bien? —Bianca se incorpora para mirarme y veo la preocupación en sus ojos.

—Estoy perfectamente —miento; lo que menos necesito es otra madre preocupándose constantemente de mí, aunque no sé si conseguiré evitarlo ya que Bianca está al corriente de mi enfermedad—. Tenemos que hablar —añado con tranquilidad para disipar su preocupación.

—Cariño, no sabes cuánto siento que hayas tenido que presenciar todo esto —se disculpa pesarosa— y desde luego lo que menos me esperaba era la inesperada visita de... él.

Queda claro lo que cada una tenía en su cabeza. Yo, aparte de mi dolor, sigo dando vueltas a todo lo que Susan Benet ha contado y Bianca aún no se ha quitado de la suya la repentina aparición de Derek y la desagradable conversación con Miranda.

—Ella no me importa lo más mínimo, no es ni ha sido parte de nosotros, así que olvidemos el tema, por favor; lo que tengo que decirte es mucho más importante.

Bianca se yergue mirándome atentamente.

—Tienes toda la razón y como bien has dicho este es nuestro comienzo. No gastaremos un minuto más hablando de esa mujer.

No demoro más todo lo que bulle en mi cabeza y comienzo a contarle hasta el más mínimo detalle. Hago un esfuerzo para proseguir, me está partiendo el alma el dolor que refleja su bonito rostro y cómo las lágrimas inundan sus mejillas. Acabo y la abrazo con todas mis fuerzas; he intentado ser fuerte pero no puedo evitar unirme a su llanto.

—Jamás olvidaré ese día. Esa chica llevaba mi colgante en su cuello, yo jamás me lo quitaba, era de mi madre; ella me lo puso antes de morir y significaba mucho para mí —Bianca me lo relata con la voz rota y yo la acuno entre mis brazos intentando consolarla.

—Y esa fue una de las pruebas para que creyeras todo lo que te dijo sobre Derek ¿no?

—Exacto. Una mañana me levanté y ya no lo tenía; pensé que lo había perdido, me resultaba extraño creerlo, pero nunca hubiera imaginado que fue Derek quien me lo quitó mientras dormía para dárselo a ella.

—¡Pero eso no fue así, él no te quitó nada!

—Ahora lo sé, Chloe, pero cuando esa chica apareció ante mí con él puesto y contando todo lo que me dijo ¿qué querías que creyera?

—¿Recuperaste tu colgante? —pregunto con interés, un recuerdo con tanto valor sentimental para ella me daría mucha pena que ya no estuviera en su poder.

—Ese mismo día se lo arranqué del cuello a esa chica y nunca más he vuelto a ponérmelo.

Aplaudo la forma de como lo recuperó.

—Mamá ¿Por qué no le preguntaste? ¿Por qué no dejaste que él se explicara? —Le repruebo.

—No quería verlo, no podía, enténdelo. Acababa de perderte, él había desaparecido y cuando vino esa chica casi me muero. —Me explica alterada.

—Está bien, lo entiendo. —Admito dándole la razón, cualquier persona que hubiera pasado por lo mismo y en las que yo me incluyo, habría actuado de la misma forma que lo hizo ella.

—Miranda me dijo que hacía bastante tiempo que estaba faltando dinero, objetos valiosos y joyas y que no tenía la más mínima duda de que era él y yo me lo creí; igual que me creí lo de tu muerte. Mi dolor se convirtió en cólera, en rabia, le despreciaba. Quería destruirle como él había hecho conmigo. Que se pudriera en la cárcel. No sé, Chloe, le deseé lo peor.

—Nunca mejor dicho, querías descargar toda tu furia sobre él.

—Así es. Vino hasta aquí y fui yo la que le denuncié a la policía para que se lo llevaran, incluso llegué a culparle de tu muerte. Le dije un montón de barbaridades y no le di opción a que se defendiera; lo único que quería era no volver a verlo nunca más. El odio me cegaba.

—Lo que no entiendo es lo de su familia.

—Yo acusé a su padre, trabajaba para nosotros. Los detuvieron y Derek fue a la cárcel. Lo único que supe después es que había salido y se habían marchado todos a Rusia. Eso no me extrañó; Miranda me dijo que se encargaría de que nadie les diera trabajo a ninguno de ellos. Aún tengo clavadas sus palabras cuando la policía se lo llevaba a rastras ante su resistencia: me gritaba que me quería.

¡Dios de mi vida! Ahora entiendo por qué Derek la odia tanto.

—Creo que tenéis una conversación pendiente sobre todo esto.

—Tienes razón, pero llevamos...

—Demasiado tiempo odiándoos —la interrumpo terminando por ella la frase— lo sé, mamá, pero se terminó; ese odio tiene que desaparecer, ni tú ni él tenéis motivos para seguir así ahora que ya sabéis la verdad.

—¡Chloe, destruí a esas personas! ¡Fue a la cárcel por mi culpa siendo inocente! Él nunca va a perdonarme.

—¡Por supuesto que lo hará! Fuiste otra víctima de Miranda, ella fue la que urdió todo para separaros; ella es la única culpable de todo, mamá, no tú.

—Chloe, olvidemos el pasado; ahora soy la persona más feliz del mundo, he recuperado a mi hija y para mí es lo único que importa —pone un dedo sobre mis labios al advertir que iba a replicar—. Y, por supuesto, me disculparé con Derek —sonríe satisfecha y la beso en la mejilla— ahora, señorita, quiero que me cuentes cómo te pidió ese maravilloso y guapo novio que tienes, que te casaras con él.

Me queda claro que Bianca no desea seguir con mi persistente empeño en arreglar las cosas con Derek, pero al menos he conseguido que esa charla de reconciliación se lleve a cabo.

—Te lo contaré pero antes tengo que decirte que mi boda será dentro de tres semanas.

—¿Cómo? —Parpadea sorprendida pegando un bote del sofá.

—Es el hombre al que amo hasta la locura, nos queremos y tenemos muy claro que deseamos compartir nuestras vidas —le aclaro.

—Me parece perfecto —dice y aparece su preciosa sonrisa— aunque es muy poco tiempo para prepararlo todo —se da unos toquitos con el dedo en la barbilla como si estuviera ya planificando todo lo que tiene que hacer.

—Eso mismo respondí yo cuando me lo dijo —me echo a reír, al reaparecer en mi mente que mi único cometido en la organización de mi propia boda es solo la lista de invitados. En el fondo creo que no ha sido tan mala idea, eso me va a evitar quebraderos de cabeza con mis madres.

—Pero si es lo que queréis, conseguiremos preparar una preciosa boda en tiempo record. Aunque... —se detiene en el acto mirándome fijamente— no creo que se os haya ocurrido casaros

en Las Vegas ¿no? —añade haciendo una mueca de horror— porque te informo, señorita, que os la tendríais que ver conmigo y con tu madre —me advierte mientras frunce ligeramente el ceño.

Me hace mucha gracia lo que se le acaba de pasar por la cabeza, no tengo ni idea de si es eso lo que se le haya podido ocurrir a Alec. Me rio interiormente y enseguida desecho esa idea; no lo creo, sin embargo me quedo con la duda ya que Warren es el propietario de un casino y, tratándose de la boda de, como él dice, “su muchacho”, lo tendría todo listo en tres semanas. La veo tan ilusionada que no sé cómo voy a decirle que Alec es el que se va a encargar de todo, pero antes tengo que arreglar y aclarar todo este asunto de mi madre.

—Hay algo que quiero que hablemos sobre el tema de mi madre —Bianca me presta toda su atención— lo tenemos que solucionar, ella dejó bien claro que todos formamos parte de la familia, así que ya no es necesario que lo recalques tanto; de verdad, puedes referirte a ella por su nombre cuando estés conmigo ¿de acuerdo?

—Mi vida, no sabes lo feliz que me haces —contesta Bianca exultante.

—Para ser sincera, no sé cómo me las voy a arreglar cuando estéis las dos juntas, va a ser un tremendo lio.

Bianca se echa a reír y me contagio de su risa.

—Bueno, bueno —aparece de nuevo Helen— ¿A qué viene tanto alboroto?

Qué puedo decir de esta encantadora mujer de sonrisa traviesa que ilumina una cara redondita y bonachona y con un carácter tan espontáneo como divertido que desde el momento en que Bianca me la presentó me cayó bien. Me contó que lleva veintiséis años a su lado, tenía treinta y tres cuando entró a trabajar para los Wellintong y tan solo se separaron cuando Bianca se casó con el padre de Charlotte; por lo visto ella también contrajo matrimonio, aunque por desgracia su felicidad duró poco, a los cuatro años su marido falleció en un accidente de automóvil; después de eso volvió al lado de Bianca.

—Helen, ven aquí —le pide Bianca— sabes qué te adoro ¿verdad? —le coloca detrás de la oreja un mechón de pelo que se ha soltado de su perfecto moño—. Y que te quiero mucho.

—Bianca, no pienso hacerte otra tarta de chocolate —lleva las manos a su cintura en un gesto de protesta— te la comes entera y después te sientes tan culpable que te tiras una semana a dieta, no pienso consentírtelo.

—Has estado fantástica y, por supuesto, Dios a ti te lo perdona todo.

Helen abraza a Bianca con los ojos empañados. Están demostrando que su vínculo afectivo sobrepasa los límites de una relación normal entre señora y empleada; lo vi claro desde el primer momento que la conocí por la forma en que la trata Bianca, como si fuera parte de su familia; son dos mujeres unidas por el cariño y el amor mutuo. Me enternece esta escena; como bien dijo Aby, mi madre en la intimidad es completamente diferente a cómo se muestra en público. Aprovecho este momento para coger mi bolso y tomarme disimuladamente una pastilla, mi dolor de cabeza persiste.

—Helen, ve consiguiéndote un bonito vestido para mi boda —le propongo; tengo muy claro que quiero que ella sea una de mis invitadas.

—¿Otra boda? ¡Oh, mi pequeño pétalo de rosa! Esto hay que celebrarlo —se acerca rápidamente a mí y me estrecha entre sus brazos.

Miro a Bianca por encima del hombro y veo que se está riendo por lo que Helen me ha llamado.

—Buena idea, Helen; trae ese champagne que tanto nos gusta y vamos a brindar por nuestro pétalo —le pide Bianca con una sonrisa juguetona y nos echamos las tres reír.

—Ahora mismo y... ¡Qué demonios! ¡Pienso emborracharme! —nos guiña el ojo y se marcha a

toda prisa.

—Por cierto, ¿qué ha dicho Dayane sobre la fecha?

—Aún no lo sabe —le digo encogiéndome de hombros—, sinceramente, no he tenido tiempo de comunicárselo.

—¿A qué esperas? Llámala enseguida, tenemos mucho que preparar en muy poco tiempo —se apresura a coger su teléfono pero la detengo, esto es mejor hablarlo con cada una por separado.

—Antes de que se me olvide, respecto a los preparativos de la boda, Alec me ha dicho que él se va a encargar de todo.

Helen regresa al instante con el champagne y tres copas y se dispone a servirnos.

—¡Hombres! —dice Bianca poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—¡Hombres! —repite Helen como un loro al mismo tiempo que descorcha la botella; no puedo evitar volver a reír, esta mujer es fabulosa

—Este chico no me conoce, no se lo pienso permitir —sentencia tajante dando por concluida la disparatada idea de Alec— en primer lugar hay que hacer una gran fiesta para anunciar vuestro compromiso ¡Cariño, vas a tener la mejor!

Mi risa va en aumento, me muero de ganas de ver la cara de Alec cuando se tenga que enfrentar no a una sino a dos suegras.

—Brindo por ello —levanto mi copa y chocamos las tres.

Apenas doy un pequeño sorbo, mis pastillas no se llevan bien con el alcohol.

—¿Tienes alguna idea de cómo te gustaría tu vestido? —Comenta mientras toma asiento en un exclusivo butacón de piel.

Me quedo unos instantes observándola, es la elegancia personificada, su forma de coger la copa, su postura erguida; todo lo contrario de mí, que estoy repantingada en el sofá.

—La verdad es que no.

—Te enseñaré el que siempre me ha gustado, ven conmigo —me dice con el mismo entusiasmo que una niña pequeña el día de Navidad.

Subimos a su dormitorio y entramos en su enorme vestidor; abro la boca de puro asombro, es como tener una boutique en tu propia casa, el sueño de cualquier mujer adicta a la moda. Mientras ojeo sus preciosos y exclusivos modelos, Bianca me llama para que me acerque y pone delante de mí el vestido de novia más bonito que he visto en mi vida.

—Era el de tu abuela, siempre he adorado este vestido. Como comprobarás era una adelantada a la moda de su tiempo.

—Mamá, no tengo palabras es... ¡Es increíble!

Lo acaricio sutilmente y me quedo embobada admirándolo. El fabuloso corpiño, acabado en un sugerente escote en forma de corazón, envuelve el cuerpo del más fino y delicado encaje; la falda, que se ciñe a la cintura sin quitar protagonismo al resto, es voluminosa, formada por capas y capas de tul de seda que caen hasta reposar en el suelo, añadiéndole ese toque romántico.

—¿Por qué no te lo pruebas? —Propone

—¿Puedo? —Pregunto emocionada sin dejar de mirarlo.

—Mi amor, por supuesto. Algún día te contaré la maravillosa historia de amor de tus abuelos —comenta con nostalgia—. Y lo que nunca llegué a entender es cómo mi padre se casó con esa bruja, a ella jamás la miró como a mi madre.

Bianca me ayuda a ponérmelo delante del inmenso espejo de tres cuerpos que preside el vestidor. Estoy emocionada al verme envuelta en esta caricia de seda aunque mi emoción se apaga al ver que el corpiño me queda demasiado ajustado, casi me impide respirar.

—Creo que mi pecho no cabe —digo con pesar.

—Es cierto, tienes más que tu abuela; pero mírate, estás preciosa, espectacular, si te gusta ya tienes tu vestido.

—¿Hablas en serio mamá? —Grito eufórica.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de que su nieta lo llevara y yo también —nuestros ojos se encuentran en el espejo y puedo ver la felicidad que irradia su rostro.

—¿Crees que se podría arreglar? —señalo con las manos mis tetas que parecen que van a salir despedidas del vestido.

—Claro que sí —se ríe Bianca de mi gesto— me encargaré de encontrar quién se ocupe de ello.

—¿Es el que llevabas cuando te casaste? —pregunto con curiosidad.

—No —responde dejando ver un deje de tristeza. Me gustaría saber por qué ella no se lo puso.

Me giro para preguntarle, pero el grito de Helen me interrumpe a la vez que me sobresalta; entra a toda prisa con mi bolso en la mano

—¡Oh, Chloe! —Me coge de la mano haciéndome girar sobre mí misma— Es... estás divina —dice con la voz enternecida sin dejar de mirarme; es extraño pero advierto la misma tristeza que en Bianca— por cierto este bolso no ha parado de cantar —me informa entregándomelo y me echo a reír.

Lo abro y saco mi móvil, tengo cinco llamadas de Alec; le llamo enseguida.

—¿Dónde diablos estas? —ladra y me separo el auricular del oído; ya empezamos con su particular saludo, así que tomo aire para no soltarle cualquier impropiedad de los que en este momento se me están pasando por la cabeza.

—Estoy en casa de mi madre —le informo, sin añadir detalles; sé perfectamente que se va a liar.

—¿Qué coño haces en Boston? —pregunta en un grito parece muy cabreado.

¡Perfecto! Sonrío satisfecha, que se fastidie.

—Estoy en Nueva York, te recuerdo que ahora tengo dos madres —le explico con sorna.

—No te muevas de ahí, paso a recogerte —responde; por la sequedad de su voz al contestar creo que le ha hecho poca gracia.

—¿Es una orden? —sigo con mi tono irónico.

—Efectivamente, es una orden.

Cuelga sin despedirse como es habitual cuando está enfadado. Suspiro resignada, sus cambios de humor me desquician. Y lo que no entiendo es que le tenga que mantener informado de cada paso que doy.

Me quito el vestido y me pongo mi ropa. Será mejor que evite que Bianca le comente algo sobre la boda, con el humor que tiene Alec en estos momentos no es buena idea.

Mi teléfono comienza a sonar de nuevo y miro sonriente la pantalla; no pienso descolgar, esta es mi pequeña revancha por su desagradable comportamiento, sé que le fastidia mucho; pero mi sonrisa se desvanece al ver de quién se trata: no es otro que Jesse Nox. El estómago se me encoge, no entiendo su insistencia ni sus mensajes en clave y sus advertencias me producen escalofríos. Una parte de mí dice que me olvide de este tipo, en el fondo no le conozco de nada y su obstinación en hablar conmigo me empieza a cansar; sin embargo por otra parte quiero saber de una vez por todas qué es eso tan importante que quiere decirme. No lo pienso más y descuelgo.

—Hola, Jesse —le saludo sin demasiado entusiasmo.

—Chloe ¿Leíste mi nota? Por favor, tenemos que vernos lo antes posible, es importante —me pide y le noto bastante nervioso con lo que me contagia su mismo estado.

—Estoy muy ocupada y, si es tan urgente, creo que no tendrás inconveniente en decírmelo por teléfono —se hace el silencio al otro lado de la línea y contengo el aliento aguardando una respuesta.

Pego aún más el auricular a mi oído; comienzo a impacientarme ante su silencio; oigo de fondo el repetitivo sonido de un timbre y el murmullo de una voz de hombre; acto seguido escucho cómo Jesse le dice a alguien que llame a su abogado.

—Jesse, sigues ahí —sigue sin hablar— ¡Jesse! —levanto la voz.

—Chloe, aléjate de Warren; estás en peligro —dice en apenas un susurro, pero lo he entendido; la comunicación se corta.

No puedo evitar el miedo que acaba de transmitirme con su advertencia; un escalofrío me recorre todo el cuerpo, me quedo completamente paralizada. Todo esto me está empezando a dar muy mala espina. Y... ¿para qué necesita Jesse un abogado?

CAPÍTULO 9

Alec me acaba de recoger, hemos ido todo el trayecto hasta casa en silencio, por lo visto el señor no está muy hablador; ha llegado, ha saludado brevemente a Bianca y me ha metido en el coche, todo ello en un tiempo record. Mi miedo de hace apenas unos minutos se ha transformado en cabreo. Creo que Jesse ya no sabe de qué forma llamar mi atención; por otro lado, miro por el rabillo del ojo a mi apuesto prometido y mi cabreo aumenta, estas tonterías no las entiendo y menos aún el motivo de su enfado. Entramos en el ático y Alec se va despojando de su chaqueta y la tira de mala manera sobre uno de los sillones del salón, a continuación su corbata corre la misma suerte; se va directo hacia la cocina y voy tras él como un perrito, pero esto ya está empezando a cansarme. Ni siquiera me mira.

—¿Puedes decirme qué demonios te ocurre? —Me interpongo en su camino cruzándome de brazos.

—Nada —contesta apartándome hacia un lado.

—Nada —repito escéptica—, pues nadie lo diría.

—Nox estaba en el restaurante —comenta con los dientes apretados; abre la nevera, coge una cerveza y le da un largo trago.

Me estremezco de pies a cabeza. Ahí tenemos su nada; esto era lo que me faltaba, al final resulta que lo había visto. Pero es extraño que me lo diga en este momento y no en el restaurante o en el camino hacia mi antigua casa.

—Creo que puede ir a comer a dónde se le antoje —comento con cautela, no sé a dónde va a llegar esta conversación.

—No te quiero cerca de él ¿entendido? —me ordena casi en un grito.

Por su forma de actuar me queda claro que no sabe nada y, si estuvo pendiente de Nox, sabe perfectamente que no hablé con él; por lo tanto no pienso contarle nada sobre sus estúpidas advertencias, él le va a dar la importancia que yo le quito. Sigo pensando que todo es una maniobra para llamar la atención. Ya me estoy hartando del tema Jesse Nox. Estoy decidida a solucionar esto de una maldita vez.

—Ahora mismo vamos a dar por concluido todo lo referente a esta persona y no volveremos a hablar sobre ello. Jesse Nox nunca pertenecerá a mi círculo de amistades, ni tan siquiera a conocidos ¿queda claro? —le hablo en el mismo tono elevado que él está empleando conmigo.

—Alto y claro, señorita —por la forma en que lo dice me está recriminando mi tono de voz ¿será posible?—. Pero hay algo más. ¿Cuántas veces tendré que repetirte que me jode que no me cojas el teléfono? —prosigue con el gesto desencajado. Su enfado sigue aumentando.

Esto último lo sé perfectamente.

—No lo cogí porque no lo oí.

Su semblante cambia al instante.

—Nena ¿Otra vez? —La preocupación se manifiesta tanto en su rostro como en su voz.

—Alec, no me ocurre nada, estoy perfectamente; me dejé el bolso en el salón y estaba en el dormitorio con Bianca —le aclaro.

—Pues te lo llevas, no pesa tanto ¿no?—vuelve a la carga y yo suspiro—. Quiero que lo tengas siempre a mano —me exige, pero su voz ya ha bajado unos cuantos decibelios.

¡Pero qué manía con el dichoso teléfono!

—La próxima vez me lo colgaré del cuello —suelto con sorna.

—Me parece perfecto; además tiene un diseño bastante bonito, no te quedaría mal —añade tan campante intentando disimular una sonrisa; creo que su enfado se esfuma por momentos.

Le miro acusadora y me doy la vuelta para salir de la cocina, pero enseguida me agarra las caderas estrellando mi espalda contra su cuerpo y rodea con sus brazos mi cintura.

—Alec, estás como una puñetera cabra y si piensas que voy hacerlo, vas listo —me intento zafar y me gano un pellizco en el culo.

—Entonces te lo pegaré a esta orejita tan mona —lo dice mientras me mordisquea el lóbulo de la oreja provocando que todo mi cuerpo se sacuda. Parece que esta tonta y absurda discusión ha llegado a su fin.

Necesitamos un cambio de conversación y en el fondo me muero por contarle todo lo que ha ocurrido esta tarde.

—Tengo que contarte todo lo que ha sucedido después de marcharte —le informo; y echo la cabeza hacia atrás sobre su hombro.

—¿Por qué no me lo cuentas mientras me preparas uno de tus sándwiches bomba? —me pide agachando la cabeza para poder besarme en los labios y acepto encantada, por fin esta dichosa disputa se ha terminado.

Corina siempre nos deja todo preparado pero esta mañana le dije que yo me ocuparía.

—Pensaba prepararte un plato más succulento —le digo sin romper el contacto de mis labios sobre los suyos.

—Creo que tengo más ganas de otra cosa —aprieta sus caderas contra mi trasero dejando claras sus intenciones.

Me remuevo para colocarme frente a él, a lo que cede de inmediato pero sin soltarme. La comisura de sus labios se curva despacio saboreando su victoria de antemano y se extiende por su perfecto rostro; pero se equivoca, por su absurda discusión hoy pienso hacerle esperar.

—Eso lo dejaremos para más tarde —le digo mientras mis manos ascienden por su cuello jugueteando hasta hundirse en su mata de pelo.

—¿Estás segura de lo que dices? —pregunta con un brillo malicioso en los ojos; me acerca la cara y lame y mordisquea mi labio inferior.

—Completamente —respondo con toda la firmeza que consigo reunir, estoy a un paso de caer en su red— y ahora, si eres tan amable... —le pido llevando mis manos a las suyas que siguen enlazando mi cintura para que me suelte; pero es en vano, él me aprieta aún más.

—¿Ese succulento plato? —hace una pausa—. Déjame adivinar, va con patatas —añade irónico dejando escapar un largo suspiro.

Contengo la risa, admito que es una de mis debilidades y desde que vivo con él es un plato que nunca falta; por su forma de decirlo creo que Alec está empezando a aborrecerlas.

—Por supuesto, las patatas no pueden faltar —respondo hundiéndome mis labios en su cuello y comienzo a besarlo, ya que no piensa soltarme aprovecharé la situación.

Sin embargo ahora Alec se despega de mí, se está tomando su revancha; sé que le ha fastidiado que le diga que no ¿o quizás es porque le he dicho que otra vez va a comer patatas? Sigo aguantando para no echarme a reír, su actitud tan infantil me hace mucha gracia y, como él lo advierte, se va al traste todo mi plan de mantenerlo a raya. Me he salido con la mía... por ahora, no hay que decir que me cuesta un grandísimo esfuerzo no caer rendida ante él.

—Me lo temía —protesta en tono burlón— acabaré con cara de patata —cierra la boca e hincha

los carrillos, está tan gracioso que ya no consigo contenerme y río a carcajadas— de ahora en adelante te llamaré la reina de la patata frita.

—¿Te quejas de mi forma de cocinar? —pregunto apretándole la barbilla con dos dedos.

—¡Dios me libre! —Prosigue con su ironía— solo digo que existe más variedad para acompañar, las amas tanto que acabaré poniéndome celoso —se ríe de su propio comentario— nena ¿nunca has oído hablar de la cocina creativa?

—Seytton, pienso atiborrarte a patatas —le amenazo muerta de risa— y si lo que quieres es creatividad, te las puedo cocinar hervidas, fritas, flameadas, en puré, al horno... tengo un largo repertorio.

Cuando por fin conseguimos parar de reír, le mando a pelar patatas y no puedo evitar seguir sonriendo al ver cómo mi guapísimo mandón se pone a ello sin rechistar; pero la suerte está de su lado, de repente aparece Sachs como un fantasma —es increíble, con lo grande que es y camina con el mismo sigilo que un gato— para comunicarle que tiene una llamada urgente. Me pone carita de niño bueno aunque por dentro estará dando gracias por librarse; me da un azote en el culo y se marcha. Aprovecho el momento para darme una ducha rápida y cambiarme antes de ponerme a mis quehaceres culinarios.

Tras veinte minutos regreso a la cocina envuelta en un cómodo pantalón negro de yoga y una de mis queridas y viejas camisetas y saco de la nevera el pescado que me había dejado preparado Corina; por supuesto le añado las patatas y lo meto en el horno. Mientras que se cocina aprovecharé y llamaré a mi madre, no me fio que Bianca, en su entusiasmo, no lo haya hecho ya. Rebusco en mi bolso y no encuentro el móvil, creo que me lo dejé en casa de Bianca con las prisas de vestirme y estar lista para cuando Alec llegara. Veo el suyo sobre la isla de la cocina y lo cojo, la llamaré preguntándole si lo ha visto. Este es parecido al mío pero aún más sofisticado. De pronto veo el aviso de una entrada de mensaje, al intentar pasar a modo de llamada sin querer lo abro, me quedo petrificada cuando leo lo que aparece en la pantalla.

Soy Nox, cuida de Chloe.

Me siento en una de las sillas altas de la cocina, envuelta en una horrible inquietud. Esto roza ya la demencia. Sin dudarlo lo borro de inmediato, pero enseguida pienso si he hecho lo correcto ¿Debería decírselo? No, niego convencida. Mi cabeza me aconseja que me olvide de todo, que lo único que conseguiría con ello es que se fuera a buscar a Jesse como la otra vez. Inspiro a fondo y soplo el aire lentamente varias veces, necesito tranquilizarme; sigo pensando que todo es una estúpida maniobra de este tío y cada vez estoy más convencida de hacer caso a Alec y a Warren. Dejo el teléfono donde estaba y continúo preparando la cena, lo mejor que puedo hacer en estos momentos es distraerme.

Oigo la voz de Alec que despide a Sachs; ya lo tengo todo preparado y cuando regresa me lanza una miradita de aprobación; lo cierto es que el pescado tiene muy buena pinta, pero él sigue burlándose por las patatas; nos sentamos uno al lado del otro en la cocina y mientras cenamos le voy contando todo lo que ha ocurrido, desde mi encuentro con Derek hasta la espeluznante escena en casa de Bianca. Observo que en esta última parte frunce el ceño y su mandíbula se tensa, tengo que agradecer que él no supiera dónde me encontraba, no sé qué hubiera ocurrido si Alec hubiese aparecido y hubiera tenido frente a él a Miranda. Por supuesto me reservo que ya tengo vestido para la boda.

—Bueno, nena, ahora tienes una enorme familia, lo que siempre has querido.

—Tenemos, cariño —puntualizo.

—¿Qué piensan hacer con esa hija de puta? —Se refiere a Miranda y no me gusta su tono, por

nada del mundo quiero que él tome cartas en el asunto.

—Ellos ya se están ocupando —le quito importancia sin poner mucho interés, para que vea que todo está controlado— por cierto, me acabo de acordar de que no invité a Derek a nuestra boda, mañana le llamaré; como tú dices, solo tengo que ocuparme de mis invitados y hasta de eso me olvido.

Ambos nos reímos y me aplaudo mentalmente por mi habilidad para cambiar de conversación.

—Chloe, creo que no te haces una idea de lo importante que eres para mí —me asegura cogiendo mi mano y llevándosela a sus labios; encuentro en su semblante los sentimientos que intenta transmitirme, no hace falta decir más, sé lo mucho que me ama.

—Lo sé, tanto como tú para mí. Te quiero, te amo, eres toda mi vida —llevo mis manos a su cuello arrastrándolo hacia mi boca y le beso de forma posesiva, embelesándome en ella.

Despega sus labios de los míos y se pone en pie, tira de mí y en un instante me deja completamente desnuda. Sin darle tiempo a nada comienzo a hacer lo mismo con él. Me deja hacer a mi capricho hasta que le despojo de todo, dejándole en toda su gloriosa desnudez. Una vez más el corazón casi se me para al admirar su cuerpo, creo que jamás dejaré de experimentar esta sensación cuando lo veo.

Para mi sorpresa no me lleva al dormitorio sino que me sienta sobre el otro extremo de la isla de la cocina; doy un respingo cuando mi trasero entra en contacto con la frialdad del mármol ¿Qué está planeando?

Anhelante por lo que está por venir me humedezco los labios y su ardiente mirada se clava en mi boca, este simple gesto hace que me estremezca de la cabeza a los pies. Solo él es capaz de lograr este efecto sobre mí.

—Quiero saborear cada instante contigo —susurra con la voz cargada de deseo colocándose entre mis piernas y paseando sus manos por mi cuerpo desnudo; el ardor que me transmite con sus caricias se convierte en un fuego abrasador que comienza a incendiarme— aunque me has hecho esperar y no me gusta —añade.

¡Oh, no! Su tono de voz ha cambiado, intuyo problemas.

—Te necesito, ya. ¡Ahora! —le pido melosa y enrosco mis piernas en su cintura demostrándole lo que acabo de decirle y deseando que mi intuición se equivoque.

—¿Qué debería hacer contigo? —Pregunta mordiéndose el labio inferior y cesando de inmediato sus caricias.

¿Quizá follarme? pienso para mis adentros ¡Oh, no, odio que me haga esto! Mi jodida intuición no se ha equivocado ¿Por qué es tan poco razonable? Ya sabía yo que mi juegucito me traería consecuencias.

—Eres un rencoroso —le acuso recreándome en la espectacular visión que tengo delante de mí, sé que él lo advierte así que me niego a seguir hinchando su ego y obligo a mis ojos a dirigirse a su cara.

—Me has privado de tu cuerpo —se justifica encogiéndose de hombros

—¿Por dos horas? —Levanto la voz y también mi culo de la isla y me pongo en pie. Estoy convencida de que no ha transcurrido más tiempo.

Sacudo la cabeza mostrando mi desacuerdo. Esto me parece tan surrealista, que no se si ponerme a reír o echarme a llorar; aquí estamos, comenzando otra discusión y en pelotas.

—Una eternidad —se cruza de brazos.

—Alec, dime que esta es una de tus estúpidas bromas, porque me estoy empezando a cabrear.

—¿Crees que soy idiota? Te conozco muy bien, muñeca —odio que me hable en ese tono— y

conozco cada milímetro de tu cuerpo, sé lo que despierto en él cuando te toco y has querido ¿qué...? ¿Castigarme?

Ahora sí que me deja atónita, tiene toda la razón; lo he hecho para joderlo y ahora me siento ridícula y fastidiada a la vez; lo primero porque me ha pillado y... ¡Menuda tontería! Su castigo también es el mío; y lo segundo por lo transparente que soy para él.

—Está bien, lo he hecho —confieso— pero te recuerdo que tu también me lo has hecho a mí —contraataco; bravo, Chloe, lo estas arreglando, aparte de estúpida eres igual de vengativa que él.

—Dios sabe lo que me cuesta y te he explicado el motivo de por qué lo he hecho.

Tiene toda la razón, siempre ha sido porque me tenía preparada una sorpresa. Me doy una bofetada mental.

—¿Crees que a mí no? Habíamos discutido; bueno, tú comenzaste una estúpida discusión porque viste a Nox y por el maldito teléfono y creo que por una vez que te haga esperar no vas a morirte —le recrimino.

—Cuando te llamo y no contestas no puedo evitar preocuparme, no pienso que estés ocupada o que no lo has oído, solo pienso que no lo coges porque te ha ocurrido algo —sacude la cabeza como si quisiera borrar imágenes desagradables de su mente— Y... sí, Chloe, sin ti me muero —pega sus labios a los míos sellando así su declaración.

No sabía qué esperaba oír pero desde luego no imaginé esto. Le estrecho contra mi cuerpo con fuerza y me envuelve entre sus brazos, su confesión me anuda la garganta, me ahoga; no quiero ser el motivo de su desasosiego pero sé que para él es imposible, que no puede evitarlo, ya lo demostraba su actitud protectora hacia mí cuando tan solo éramos unos niños.

Se separa un poco, apoya sus manos en mi cintura y vuelve a subirme a la isla de la cocina.

—Los dos sabemos que no vas a volver a hacerlo, así que ahora voy a follarte —dice con esa voz grave, tan sumamente sexy; antes de que mi boca pueda pronunciar alguna palabra ante su típica actitud ególatra, la tapa con la suya. Desliza su mano entre mis piernas y comienza a rozarme el clítoris con su pulgar humedeciéndome al instante y provocándome todas esas sensaciones indescriptibles. Imito su movimiento y se estremece cuando siente mi mano en su sólida erección arrancándole un gemido cuando mis dedos acarician la punta hinchada y húmeda. Su boca se vuelve más exigente y agresiva, al igual que la mía. Sus manos me abandonan por un instante y aparta la mía de su palpitante miembro para volver a mi trasero que lo levanta y, con un perfecto movimiento, me penetra. Se queda quieto un instante y nuestros ojos se encuentran, la mirada que me dedica es pura lujuria mezclada de una silenciosa promesa de infinito placer. Sale y entra en mí con fuerza y me agarro a sus hombros mientras aumentan sus embestidas; cada vez que se mueve enloquezco con el ritmo de nuestros cuerpos que encajan a la perfección, con el bombeo de su sexo y con su manera tan erótica de poseerme.

—¿Tienes pasaporte? —Masculla en mi cuello— vaya pregunta más ridícula, por supuesto que sí —se contesta a sí mismo; yo estoy empezando a alucinar ¿a qué viene esto ahora? ¿piensa llevarme fuera del país?

Quiero preguntarle, pero de mi garganta lo único que sale es un profundo gemido al sentir su boca en mi pezón y los perversos lametazos de su lengua. Arqueo la espalda y lo succiona entre sus labios chupándolo con avidez.

Muevo las caderas al compás de sus arremetidas entregada en cuerpo y alma a este frenesí de pasión. Sube su boca por mi garganta hasta llegar a mis labios entreabiertos y me hunde la lengua buscando la mía. Sus implacables embestidas me acercan cada vez más a esa fascinante culminación.

—¡Alec! —Grito su nombre al notar que mi cuerpo comienza a vibrar ante la inminencia de mi orgasmo.

—Sí, cariño, ahora —brama con un sonido ronco; mi cuerpo se tensa y mi orgasmo explota en mi sexo propagando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

Le miro con auténtica adoración al oír cómo me ha llamado, es la segunda vez que lo hace; mientras sigue atacando en mí con una energía salvaje, siento su miembro expandirse preparado para su clímax, gime con fuerza junto a mi boca cuando llega su culminación y percibo cómo sus contracciones repercuten contra mi cuerpo y cómo mi sexo se llena de ráfagas de su semen.

Dejo caer mi cabeza exhausta sobre su hombro pegando mi boca a su cuello mientras todo mi ser tiembla contra el suyo. Estamos agotados y sudorosos. Me acaricia suavemente la espalda mientras nuestras respiraciones se apaciguan.

Sale despacio de mí y me coge en brazos, algo que agradezco enormemente, no puedo con mi alma.

Me lleva hacia las escaleras y sube los escalones de dos en dos, con una agilidad extraordinaria y sin el más mínimo gesto de fatiga; siempre me quedo maravillada de su fuerza, sostiene mi cuerpo con la misma facilidad que si fuese una pluma. Entramos en el dormitorio y se dirige directo al cuarto de baño, admito que al principio tuve algún que otro contratiempo aquí dentro pero ahora adoro toda esta sofisticación. En el momento que entramos en la ducha, sin necesidad de molestarse en abrir ningún grifo, una cálida lluvia cae sobre nosotros y gradualmente va adquiriendo la temperatura que nos gusta a los dos. Nos lavamos el uno al otro como solemos hacer, aunque hoy Alec no se entretiene tanto, ha advertido mi agotamiento. Termina de aclararme bien el pelo y me saca de la ducha para envolverme en una mullida toalla, adoro sus mimos. Me voy a buscar el secador de pelo, otro de los regalos de Alec que más que un secador es un huracán; jamás he visto nada igual, me seca el pelo a la velocidad del rayo.

Cuando estamos a punto de meternos en la cama, Alec me avisa de que ha oído su móvil; bendigo para mis adentro su perfecta audición, yo no he oído nada. Se marcha a cogerlo y de repente abro la boca alarmada al darme cuenta de que he olvidado llamar a Bianca. Cuando vuelve me lanza una miradita reprobatoria ¿ahora qué demonios pasa? Como se le ocurra ponerse a discutir juro que cojo la puerta y me largo a dormir a mi casa.

—Era tu... bueno, tu otra madre, nena ¿cómo piensas aclararte con esto?

—Bianca —respondo entre risas ya que tiene toda la razón, tendré que buscar el modo de hacerlo.

—Sí, por lo visto te has dejado olvidado tu teléfono.

Deja escapar un largo suspiro, cansado, pero al menos no se ha puesto a discutir, algo que agradezco en el alma. Se tumba en la cama y me arrastra hasta su cuerpo. Lleva sus manos por encima de su cabeza y me maravillo de sus perfectos bíceps; me acurruco feliz contra él y paso mis dedos por su pecho, duro y ligeramente bronceado, recorriéndolo con suaves caricias; adoro estos momentos previos, antes de abandonarnos en un reparador sueño.

Ignoro el motivo por el que no consigo conciliar el sueño, pese a lo cansada que estoy ¿Por qué intento engañarme a mí misma? me digo para mis adentros; el motivo es muy claro, aún sigo un poco intranquila con la llamada de Jesse y su mensaje a Alec. ¿Por qué no le dijo lo mismo que a mí? Tan solo cuidala; esto me indica que es totalmente incierto que yo corra peligro, solo es un pretexto para provocar a Alec, igual es su forma de vengarse por la paliza que le dió.

—¿Qué piensa esa cabecita? —pregunta sacándome de mis cavilaciones.

—En ti, en lo mucho que te quiero —prefiero decirle lo que siento por él antes que el motivo de

mi desvelo.

Sus labios esbozan su cautivadora sonrisa y una mirada de satisfacción ilumina su bello rostro.

CAPÍTULO 10

Abro los ojos de golpe y me aparto el pelo de la cara. ¿Qué hora será? Miro a mi lado y Alec no está, veo su reloj sobre la mesilla de noche y miro la hora ¡Mierda, es tardísimo! Llegaré tarde a trabajar. ¿Por qué no me habrá despertado? Salto de la cama y corro al cuarto de baño, me meto debajo de la ducha.

Salgo, me seco en medio minuto, me enrollo una toalla al cuerpo y otra en la cabeza y me doy la vuelta y me doy de bruces contra un pecho desnudo y duro con una fragancia tan exquisita como familiar.

— ¡Eh! ¿A dónde vas con tanta prisa?

— ¿Qué hora es? ¿Por qué no me has despertado?

Alec me mira confundido y enseguida me doy cuenta de todo. Por su aspecto debía estar dentro del vestidor cuando yo he salido como un rayo al cuarto de baño ya que solo lleva puestos los pantalones.

—Ven aquí —me pide con dulzura estrechándome contra él— ¿estás bien? —me levanta la barbilla para que le mire y esbozo una sonrisa nada convincente.

—¡Seré idiota! olvidé que ya no tengo trabajo —suelto quejumbrosa, creo que me estoy empezando a deprimir.

Me coge por la cintura levantándome en el aire y me besa en los labios; al hacerlo la toalla se desliza y acaba en el suelo, le rodeo el cuello con mis brazos y enrollo las piernas a su cuerpo, camina hasta el borde de la cama y se sienta conmigo encima.

—Los idiotas son ellos por haberte despedido, han perdido a una de las mejores —dice mientras comienza a quitarme la humedad del pelo con la toalla que llevo enrollada en él.

—No debo serlo tanto cuando han prescindido de mí con esa facilidad —sigo quejándome y apoyo mi frente en su hombro.

—No hables así, debes tener más confianza en ti misma —prosigue tirando suavemente de mi pelo hacia atrás para que levante la cara; acerca su boca a un milímetro de la mía y su cálido aliento me acaricia los labios.

—Es difícil confiar en uno mismo si los otros no lo hacen; trabajé muy duro para demostrarles que lo merecía. ¿Y al final para qué? Era para conseguir algo y resultó que solo servía para joder a otra persona —confirmo lo evidente.

—Olvida todo eso. Además sabes que si quisieras podrías trabajar para mí.

—Tú me das trabajo porque soy yo —le reprocho, no hay que ser adivina para saber que ese es el motivo.

—Estás muy equivocada, sé que eres buena, muy profesional y te esfuerzas mucho en lo que haces; pero te advierto que me dará igual quién eres; si metes la pata te largo de la empresa, no vas a gozar de ningún privilegio.

—Lo pensaré —respondo, aunque, sinceramente, no hay nada que pensar; tengo muy claro que no quiero trabajar para él, pero como no se me ocurre ninguna excusa convincente, creo que es lo mejor que puedo decirle en este momento.

—Así me gusta —dice masajeando mis hombros desnudos.

—¿Tienes que irte a trabajar? —le pregunto mientras recorro con la boca su cuello, le acaricio

la oreja con la nariz y jugueteo con ella.

—¿Me estás proponiendo algo? —sus manos bajan por mi espalda, se detienen en mi trasero y una ola de calor se extiende por mi vientre

—¿Tú qué crees? —me muevo insinuante sobre su evidente erección. Por supuesto, no me extraña; siempre está a punto y yo estoy completamente desnuda sentada a horcajadas encima de él.

—Eres una provocadora —me acusa y de repente estoy con la espalda pegada a la cama, debajo de él y atrapada por su cuerpo.

La voz de Corina acompañada de unos golpecitos en la puerta nos interrumpe. Alec maldice por lo bajo, me besa y se levanta.

—Nena, ha llegado Warren; tengo que firmarle unos documentos, se marcha dentro de unas horas a las Vegas —me explica mientras se encamina hacia el vestidor; me incorporo apoyándome en los codos y a través del espejo que hay al fondo le veo ponerse la primera camisa que encuentra— me desharé de él enseguida y seguiremos donde lo hemos dejado. Pienso estar follándote todo el día, no quiero que te muevas de aquí ¿entendido? —ordena; trago saliva excitada ante su lasciva promesa.

—No tardes —le pido, yendo a gatas hasta el borde de la cama.

Se acerca a mí con una sonrisa morbosa dibujada en su cara, se perfectamente el motivo, verme en esta postura le encanta.

—Por cierto, gatita —aguanto la risa, ahora sí que ha acertado al llamarme de ese modo, mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca algo— no vuelvas a olvidarlo —me advierte entregándome mi móvil.

Me apoyo en mis talones y lo cojo.

—¿Ha venido Bianca? —Pregunto sorprendida, sé que ella no es muy madrugadora.

—Mandé a Carter a recogerlo.

—Aprovecharé para llamar a mi madre —Alec me mira burlón levantando las cejas; se que le divierte todo esta confusión— a Boston —le aclaro echándome a reír.

—Salúdala de mi parte —me coge la cara entre sus manos y me planta un beso que me deja sin aliento.

Se marcha con su sonrisa de triunfo al dejarme jadeante. Vuelvo a ascender por la cama, ahueco los almohadones para recostarme y me pongo a ello; al primer tono descuelga.

—Chloe, cariño, me has leído el pensamiento, ahora mismo pensaba llamarte —dice muy contenta— quiero que sepas que estoy muy, muy feliz.

Me agrada enormemente oírle decir eso, creo que ya se ha enterado, de la fecha de mi boda.

—Mamá, quería llamarte, pero he estado muy liada —me disculpo; tenía que haberla llamado para comunicárselo yo, como también tenía que haber advertido a Bianca que no lo hiciera ella

—Lo entiendo, no pasa nada —me tranquiliza— tan solo es que, al ser tan precipitado, nos tendremos que dar prisa.

Efectivamente se lo ha dicho.

—Te lo ha contado Bianca —adivino rotunda.

—No, cariño, fue Aby.

¡Cómo! ¿Será posible!?. Aunque de ella no me extraña con la lengua tan larga que tiene, no se puede callar nada.

—Mamá, iba a decírtelo pero ocurrieron cosas que ahora te contaré.

—Mi vida, no te preocupes; lo entiendo perfectamente y no quiero que te sientas culpable —

dice quitando importancia a mi olvido.

¿Por qué debería sentirme así? Bueno... un poco sí; lo sabe todo el mundo menos ella.

—Mamá, lo siento. Y para ser sincera me...

—¡Oh, Chloe! Toda la familia está encantada —me interrumpes; me siento aliviada de que no se haya molestado.

—Mami, me alegro y...

—La llegada de un bebé es motivo de alegría —vuelve a interrumpirme y creo que se me acaba de caer la mandíbula al suelo.

Se trataba del embarazo de Aby; ahora entiendo por qué me ha dicho que no me sintiera culpable, yo la puse en antecedentes antes de que nadie lo dijera. ¡Joder! Todo lo que he montado en mi cabeza en un momento; ahora me arrepiento y me riño mentalmente por haber desconfiado de Aby. Comienzo a contarle todo lo referente a mi boda; acto seguido continuo con mi despido, otra de las cosas que aún no le había comentado, y acabo con todo lo que ocurrió con Derek, Bianca y Miranda. Creo que la he dejado en estado de shock, sobre todo con esto último; en ningún momento me ha interrumpido o quizás es que no la he dado opción a que lo haga, he ido narrándole todo casi sin coger aire. Terminó y espero alguna contestación por su parte; oigo su respiración al otro lado pero sigue en silencio.

—¿Mamá?

—Cielo, estoy asimilando todo; no sé qué decir, Chloe, es todo tan... —se detiene, creo que no encuentra las palabras y no me extraña— ¡Pobre Bianca! Lo que si voy a decirte es lo orgullosa que estoy de ti, de que por fin la llames mamá, así es como corresponde que lo hagas. Y, cielo, me sabe muy mal lo de tu trabajo, estabas tan contenta y ellos contigo...

—Mamá, no quiero que te preocupes, son cosas que suceden y ya tengo varias propuestas —miento como una bellaca; la conozco, sé que empezaría a preocuparse y a darle vueltas al asunto y no me apetece seguir hablando de ello, necesito cambiar de tema— Y bien ¿Cuándo pensáis venir? ¿Qué piensas de que Alec se ocupe de todos los preparativos?

—Hablaré con papá, arreglaremos algunas cosas que tenemos pendientes y en unos días estaremos ahí. Tengo una charla pendiente con tu novio sobre los preparativos de la boda, eso ya lo veremos.

Mi madre se echa a reír.

—Ya se lo advertí. —le informo

—Créeme, no sabe lo que le espera.

Me río con ella. Si Alec pensaba que le iba a resultar fácil mantenerlas al margen, estaba muy equivocado. Nos despedimos, y cuelgo. Alec aún no ha regresado, así que decido ponerme algo y bajar a despedirme de Warren si es que aún sigue aquí. Me pongo un minivestido de punto con unos calcetines largos hasta el muslo, me miro en el espejo y el efecto de que se vea solo un trozo de piel de mis piernas me gusta, le da un toque sexy. Casi se me ha secado el pelo pero opto por hacerme una coleta alta. Me echo un último vistazo con una enorme sonrisa plantada en mi cara por saber que dentro de poco tendré a mis padres aquí.

Bajo y me encuentro con Warren en la cocina charlando animadamente con Corina mientras toma una taza de café.

Me acerco y enseguida se levanta a saludarme con un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa ¿A dónde vas tan temprano? ¿Ya has encontrado trabajo? —Me interroga bastante sorprendido.

Su pregunta me sienta como si acabaran de tirarme un jarro de agua fría, y luego enseguida a la

conclusión de que Alec se lo ha contado. No me parece nada bien, no creo que mis problemas profesionales tengan que estar en boca de todo el mundo.

—Me he despertado, debe ser la costumbre —contesto de mala gana— y la respuesta es no, aún no estoy trabajando.

El silencio y la mirada de Warren por encima de mi hombro me indican que Alec vuelve.

Y efectivamente noto su mano posesiva en mi cintura.

—He bajado a despedirme de Warren— le informo cuando observo la reprobación en sus ojos al verme; sé que el motivo de tal miradita no es otro que haberme pasado por alto lo que me pidió.

Me acaricia la sien con sus labios y me da un tierno beso en la boca, finjo una sonrisa y reprimo las ganas que tengo de morderle esa lengua tan larga que ha tenido. Le entrega los documentos a Warren que nos mira muy sonriente ante este despliegue de mimos; sin embargo advierto algo curioso y es que es una sonrisa muy forzada, la misma que tenía el día que me conoció. No dilata más su visita y se despide de nosotros.

Sin mediar palabra y ante la atenta mirada de Corina me carga sobre sus hombros y sale disparado escaleras arriba, puedo oír la carcajada de ella al presenciar la escenita de hombre cavernícola. Vuelo por los aires hasta la cama y no puedo evitar echarme a reír ante su desespero, pero de pronto la melodía de mi móvil nos interrumpe. Me dice con su mirada que no se me ocurra atenderlo. Levanto el dedo pidiéndole un minuto, tan solo quiero ver de quién se trata; Alec me lo acerca refunfuñando y miro el identificador de llamadas; creo que es algo a lo que debo ir acostumbrándome, no quiero más sorpresas. Me quedo un poco perpleja, es de la agencia. Descuelgo y mi interlocutor no me deja tiempo a contestar.

—¿Chloe Breyll? —Es una voz de mujer que no reconozco.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Carlyne, le llamo de la agencia Larson&Miller, para comunicarle que puede pasar a lo largo del día a recoger sus cosas. Si está ocupada nosotros nos encargaremos y lo dejaremos preparado en recepción —su voz suena tan áspera como supongo debe ser ella, todo lo contrario de Marydol que es todo un derroche de encanto y simpatía. ¿Por cierto, donde diablos estará?

—No será necesario, pasaré personalmente a recogerlo todo —le informo y oigo cómo se corta la comunicación ¡Será posible! ¡Ni se ha molestado en despedirse! Mis sospechas estaban fundadas, aparte de áspera es bastante mal educada.

Cuelgo y me encuentro con los ojos de Alec que me miran muy atentos.

—¿Ocurre algo? —pregunta y me acaricia el brazo arriba y abajo como si hubiese intuido que algo no va bien.

En este instante me viene a la cabeza que no sé por qué le ha tenido que contar a Warren nada sobre mi trabajo.

—Era de la agencia, me piden que vaya a recoger mis cosas —le explico— Por cierto ¿Por qué le has tenido que decir a Warren que me habían despedido?

—¿De qué me hablas? Yo no le he dicho nada —me mira sorprendido.

—Pues ya me dirás cómo lo sabe —replico molesta.

—No tengo ni idea, pero vuelvo a repetírtelo, yo no le he dicho nada —se defiende y le creo.

—Entonces me resulta muy extraño.

—Hablaré con él.

—Tampoco es que me importe mucho, déjalo —le quito importancia. No quiero dar más vueltas al asunto.

—Cariño, será casualidad; Warren conoce a mucha gente.

—Me encanta que me llames así —le digo entrelazando mis dedos alrededor de su cuello. Esto va por buen camino, anoche me dijo "te quiero" y ya emplea palabras cariñosas, no puedo sentirme más feliz.

—Lo sé, tengo que amansar a la fiera.

—¡Capullo!

—Bien, este capullo ahora va a follarte y después te llevaré a que recojas tus cosas. Una vez que hayas salido ya me encargaré de todos ellos.

—¿Estás loco o qué?

Se tira hacia atrás en la cama muerto de risa arrastrándome con él, yo no le veo la gracia. El estómago se me encoge con solo pensarlo.

—Es broma, tonta.

—Alec, te hablo muy en serio; no se te ocurra hacer nada, allí hay personas que me importan — intento que entienda lo que le quiero decir. Sé que es un hombre que lo manipula todo a su antojo, un estratega extremadamente agudo, y he comprobado que le da igual a quién se enfrente, como también sé que con una sola mirada acobarda a cualquiera. Admito que esa seguridad en sí mismo me atrae y excita a partes iguales, pero odio que la emplee con quién no debe.

—Lo sé —dice acariciando sus labios con los míos, deslizándolos por mi mejilla hasta llegar a mi cuello. Se me eriza la piel y mis pezones se tensan.

Me desviste a tal velocidad que silencia de inmediato cualquier pensamiento de mi cabeza, nuestras respiraciones se agitan y desesperan. La tensión sexual que existe entre nosotros es tan implacable que nos domina por completo.

Sus manos se desplazan a mis pechos, roza con sus pulgares mis pezones y bajan por la cintura. Me toca y me besa por doquier, acompañándose de mordiscos y lametones que viajan cada vez más abajo. Noto su aliento entre mis muslos y gimo cuando su fascinante lengua invade mi sexo.

—El sabor más exquisito y alucinante. No sabes cómo me pone tenerte tan mojada —asciende sobre mi cuerpo y sujeta mis muñecas por encima de mi cabeza, inmovilizándome.

Claro que lo sé, al igual que el orgullo que muestra cada vez que lo comprueba. Mi cuerpo hierve de deseo; también sé que otra cosa que le pone es tenerme ansiosa y descaradamente se lo insinúa abriendo más mis piernas en una clara y desesperada invitación. Gimo extasiada cuando me penetra hasta el fondo, sin embargo dura un instante, enseguida la saca por completo; abro los ojos como platos al ver que se queda frente a mí sentado sobre sus talones y con su mirada clavada en mi sexo.

—Ven conmigo —me dice con una sonrisa traviesa en sus labios y me ofrece su mano; hago lo que me pide y me levanta de la cama. Me conduce hacia el diván que hay al otro extremo de la habitación junto a los enormes ventanales.

Se sienta y me pone sobre él. Gimo excitada cuanto noto la cabeza húmeda de su miembro en mi entrada y comienzo a hundirla lentamente dentro de mí. Voy cogiendo aire, la penetración en esta postura es muy profunda; por más veces que lo hagamos mi cuerpo necesita ir adaptándose a su grosor, sus ojos no abandonan los míos y aún me enardezco más con los suaves gemidos de placer que emite su boca. Con la ayuda de mis rodillas me levanto un poco y vuelvo a descender quedándome completamente empalada en él.

—¡Joder, gatita, encajamos a la perfección! —Gruñe con la mandíbula apretada.

La sensación es sumamente intensa. Nos quedamos unos instantes inmóviles mientras nuestras manos vuelan cada una hacia el cuerpo del otro, las suyas acariciando mis senos y pellizcando mis

pezones y las mías recorriendo sus fuertes y duros pectorales. Comienzo un vaivén lento dibujando círculos con las caderas, deleitándome en esta plenitud.

—Me quedaría así todo el día —ronroneo y le muerdo el labio.

—Eso está hecho, sabes que siempre te daré lo que quieras —le miro con una sonrisa, no hay que decir que esto es lo que más le gusta darme al igual que a mí corresponderle.

—Seytton ¿Estás preparado para que te cabalgue duro?

—Siempre, nena —acerca su boca a la mía y su lengua entra con fuerza lamiendo con devastadora pasión.

Me encanta sentir sus labios suaves y carnosos sobre los míos, el ansia con que me besa y oír sus gruñidos de placer cada vez que lo hace.

Apoyo mis manos en sus hombros y me impulso con ayuda de las rodillas; sus manos manosean sin contemplaciones mi trasero y a mi descenso gemimos al unísono y comenzamos un bombeo salvaje y perverso con nuestros cuerpos que se convierte en una danza frenética. Su cuerpo arde y yo me abraso con él. Su lengua lame mi endurecido pezón y veo cómo sus mejillas se hundan cuando empieza a chuparlo; echo la cabeza hacia atrás arqueando mi espalda para ofrecérselos y su boca viaja de uno a otro frenética; jadeo desesperada cuando aumenta el movimiento incansable de sus caderas. Intento controlar todo lo que puedo el orgasmo que se está formando en mi interior pero creo que no lo voy a conseguir.

—¡Dios, Alec! —Bramo enloquecida.

Una fina capa de sudor brilla sobre las duras prominencias de sus perfectos abdominales y su pecaminosa boca esta entreabierta.

Mete su mano entre los dos y con gran destreza empieza a rozar mi clítoris. No puedo parar de gemir, es demasiado bueno, es increíble. El placer me hace perder la cabeza, poseída por este hombre sublime y al que amo con todo mí ser. Mi cuerpo se sacude convulso ante el delicioso tormento de sus hábiles dedos y grito su nombre cuando me transporta directa al clímax.

Alec sigue embistiendo hasta que siento cómo su cuerpo se estremece y con un salvaje alarido se corre dentro de mí. Caigo desplomada en su pecho y entierro la cara en el hueco de su cuello. Me envuelve entre sus brazos acariciando suavemente mi espalda. No hace el más mínimo intento de salir de mí, pero la razón ha vuelto de pronto a mi cabeza, así que soy yo la que me remuevo para levantar.

—¿A dónde crees que vas? —Pregunta con esa voz grave, gutural.

—Tengo que ir a la agencia, ¿recuerdas?

—Perfectamente, como también recuerdo que me has dicho que querías quedarte así todo el día —me balancea y siento un cosquilleo, aún sigue duro dentro de mí.

—Y lo quiero, pero no me gusta que nadie tenga que recoger mis cosas, prefiero hacerlo yo misma —le sonrío e intento sonar despreocupada para que no note lo que realmente me afecta todo esto; me gustaría poder decirle que preferiría no pasar por este momento, pero sé que no puedo, si lo hiciera solo conseguiría avivar aún más sus ganas de vengarse de ellos—. No tardaré, solo haremos un pequeño paréntesis —le prometo.

Me pone mala cara pero accede y suspiro aliviada. Se ayuda de sus brazos y me levanta con él llevándome hacia la ducha.

Treinta minutos más tarde, estamos perfectamente arreglados. Alec se ha puesto un traje color ceniza con una camisa en azul claro que le queda de miedo, nunca me canso de mirar su impresionante físico, yo me he puesto un vestido de tubo con cuello asimétrico y manga larga en color canela.

—Estás demasiado guapa —dice rodeando mi cintura con su brazo y pegándose a su costado — siempre estás demasiado —repite como si hablara consigo mismo; me rio y le doy un beso en la mejilla.

Nos despedimos de Corina al marcharnos. Sachs ya nos está esperando en el garaje, delante del coche. Al vernos nos abre la puerta con su peculiar saludo de cabeza.

Alec va todo el trayecto con el teléfono pegado a la oreja —su móvil no ha cesado de recibir llamadas— y su mano metida entre mis muslos, esta es otra de sus peculiaridades. El coche se detiene delante de la agencia y Alec me abre la puerta y me ayuda a bajar. Me besa de esa forma tan suya en medio de la calle, algo a lo que ya estoy acostumbrada y encantada porque sé que nunca se ha comportado así con nadie, recuerdo cuando me acuso de que yo le hacía perder el control.

Se marcha y respiro hondo mientras me encamino hacia la entrada, me resulta un poco incómodo volver a venir. Trago saliva; tengo un nudo en la garganta porque sé lo mal que lo voy a pasar al despedirme, el día que me comunicaron mi despido no lo hice. Sobre todo cuando tenga que encontrarme con Marydol y mi jefe, son las dos personas a las que más cariño tengo de todos.

Llego a mi planta y me dirijo hacia recepción. Me encuentro con la tal Carolyne, una pelirroja con el pelo rizado y alguna que otra peca salpicada por la cara. Sigue resultándome todo muy extraño. Esta chica es nueva; de pronto me inquieto ¿estará enferma Marydol?

—Hola, soy Chloe Breyll, vengo a recoger mis cosas.

Me dirijo hacia mi mesa, al pasar por delante del despacho de mi antiguo jefe, no puedo evitar echar un vistazo ya que la puerta está entreabierta. Me quedo petrificada cuando veo lo que está haciendo; está recogiendo sus objetos personales.

—Hola, Arthur, ¿Te mudas de despacho? —Pregunto tímidamente.

Deseo con toda mi alma que responda que sí, pero por su atuendo bastante informal deduzco que estoy equivocada. De pronto recuerdo que Derek me dijo que rescindió el contrato con la agencia, algo me dice que por ese motivo han despedido a Arthur.

—Hola, Chloe, te estaba esperando. Carolyne me dijo que ya te había llamado y que vendrías. Tenemos que hablar.

De repente un escalofrío me recorre de pies a cabeza al recordarme a la recepcionista.

—¿Marydol? No la he visto.

—Ya no trabaja aquí —responde con calma.

—¿La han despedido? —pregunto en un grito.

Esto es una pesadilla y desde luego pienso hablar con Derek.

—Chloe, siéntate —me pide, y cierra la puerta—. ¿Quieres tomar algo?

Niego con la cabeza. Todo esto me sobrepasa, ellos no tienen culpa de nada. Le impedí a Alec que se entrometiera y ha sido Derek el que ha provocado todo esto; me siento muy culpable, yo era el motivo por el que se llevo a cabo ese contrato; al ser parte del resentimiento que él sentía hacia Bianca, todo lo que me ha ocurrido les ha salpicado a ellos.

—Nos vamos con Farrow y tú sigues formando parte de mi equipo —me explica mientras se apoya en el borde de la mesa.

Mi respiración se detiene al oír esto.

—Espera, Arthur, no entiendo nada.

—El señor Farrow quiere seguir contando conmigo, me ha propuesto que trabaje para él y, por supuesto, te quiero en mi equipo; al igual que a mi irremplazable Marydol.

Lo de ella no me extraña en absoluto llevan muchos años trabajando juntos.

—Te lo ha pedido él ¿no? —le miro con cautela; más que una pregunta es una afirmación.

—No, fui yo quien le dije que si quería que trabajara para su empresa tendría libertad para contratar a mi equipo y estuvo totalmente de acuerdo. No pude hablar en su momento contigo, yo estoy igual de sorprendido que tú con tu despido, para nada lo vi justo y menos aún cuando habíamos conseguido el contrato con Farrow; y si a ello unimos la rapidez con que me pusieron a otra persona en tu lugar después de decirme que tu cese en la agencia era por exceso de personal, la verdad, no lo entiendo.

—¿Le has dicho a Farrow que quieres contratarme? —pregunto sin poder evitar que mi voz suene a la defensiva.

Arthur niega con la cabeza.

—Primero quería hablar contigo.

—¿Te ha dicho por qué ha rescindido el contrato con la agencia? —prosigo con mi interrogatorio.

—Chloe, eso no es asunto nuestro. Tengo mucha confianza en todas las personas que he elegido y tú eres una de ellas.

Intenta desviar el tema pero sé perfectamente que sabe el motivo; es un hombre muy inteligente y es una curiosa casualidad que en el momento que Derek se entera de que no pertenezco al equipo ya no está interesado pero en cambio sí lo está en contratarlo a él.

Me quedo en silencio intentando procesar todo lo que me acaba de decir; por un lado siento un enorme alivio saber que tanto mi jefe como Marydol tienen trabajo, sin embargo yo no tengo claro si quiero trabajar para mi padre, algo que aún desconoce Arthur, y no puedo evitar pensar que Derek de algún modo ha planeado todo esto.

Arthur me mira muy atento pero no puedo darle una respuesta en este momento; no puedo decidir nada ahora sin antes hablar con Derek. Me despido volviendo a agradecerle que haya pensado en mí y le prometo que en un par de días le daré una respuesta. Sé que se ha quedado muy asombrado con lo que acabo de decirle, pero sin darle tiempo a replicar salgo de su despacho.

Cierro la puerta despacio y me apoyo un instante en ella exhalando profundamente; mi cabeza es un torbellino de dudas, de sospechas y todo se va acumulando sin llegar a resolver nada. En estos momentos lo único que quiero es salir cuanto antes de aquí.

Llego a mi mesa y me encuentro una caja vacía sobre ella, una insinuación bastante explícita de que me largue de una vez.

—No te dejes nada olvidado —dicen a mi espalda y me giro con una enorme sonrisa.

—¡Dol! —exclamo abrazándome a ella, me alegro mucho de habérmela encontrado.

—¿Ya te lo ha dicho? —susurra a mí oído.

Me aparto un poco y la miro; tiene una sonrisa de oreja a oreja, por lo que veo está encantada de dejar este lugar.

—Sí, y estoy muy contenta por ti.

—Por nosotras —me corrige y mi sonrisa desaparece— ¡Eh! ¿Por qué veo esa cara? ¿Qué ocurre cariño?

Creo que le extraña que no esté dando saltos de alegría como ella.

—Nada, es que aún estoy muy sorprendida... con todo.

—Bueno, es normal, yo estoy aún flotando. Voy a dejar de ser recepcionista para formar parte de un equipo; he llorado, me he reído, hasta he insultado a la lagarta de mi vecina; ya no sé qué más puedo hacer.

Le cojo las manos muerta de la risa, siempre consigue hacerme reír con sus comentarios.

—Voy a recoger mis cosas —le anuncia.

—Te ayudo, yo ya tengo todo lo mío preparado —se ofrece y acepto encantada.

Volvemos a recepción a recoger la caja de Marydol y tengo que aguantar la risa cuando veo el cuadro que se lleva aunque es normal porque es suyo, sin embargo pensé que lo dejaría.

—Dol ¿Y eso? —señala con la barbilla el cuadro.

Pone un gesto travieso y se encoge de hombros.

—Y no me llevo el clavo —añade en voz baja— porque me partiría una uña, que si no se viene a casa también —se burla y estallamos en una sonora carcajada que hace que enseguida varios de nuestros antiguos compañeros levanten la cabeza sorprendidos; hacemos malabarismos con la caja para que al despedirnos con la mano no acabe estrellada contra el suelo; he visto alguna que otra miradita de extrañeza entre ellos, parece que no entienden nuestro comportamiento, es decir, que nos marchemos tan campantes sin parar de reírnos.

Hoy como algo excepcional, dado que no iba a ir cargada caminando hasta su casa, ha traído su coche y se ofrece a llevarme. Se lo agradezco pero rehúso al ver a Carter que se aproxima a toda velocidad hacia mí para ayudarme; no puedo por menos que sentirme halagada de que Alec siempre esté en todo. Le doy las gracias a Carter y le digo que no hace falta que me espere, que puede marcharse, sin embargo sé que por mucho que le diga no lo va hacer. Por lo tanto dejo de insistirle. Acompaño a Marydol hasta su coche y le propongo que nos tomemos algo en una de las cafeterías que solíamos ir.

Entramos y hay bastante gente, todas las mesas están ocupadas así que nos quedamos en la barra.

—¿Sabes? Me muero por conocer al señor Farrow, dicen que es impresionante, guapo a rabiar ¿tendrá pareja? —Dispara sin coger aire— seguro, estos tíos buenos nunca están solos —se contesta a sí misma con un suspiro.

Creo que debo ir acostumbrándome a ver cómo mis amigas quedan prendadas de los encantos de mi padre, recuerdo que Tawny fue la primera.

—Me siento muy halagado —oímos a nuestra espalda y me quedo petrificada al reconocer la voz; Dol se ha girado en el acto, yo he necesitado un momento.

—¡Hola! —saluda risueña.

Admiro su aplomo la acaban de pillar y se comporta como si nada.

—Ho... hola —tartamudeo y noto el codo de Marydol empujándome las costillas— De... —me detengo, no voy a presentarle por su nombre de pila, carraspeo intentando disimular—. Señor Farrow, le presento a Marydol Sorian.

—Es un placer conocerle —responde Dol ofreciéndole su mano.

—El placer es mío señorita Sorian —Derek se la estrecha con una arrebatadora sonrisa; con esto compruebo que está encantado y muy acostumbrado a causar ese efecto en las mujeres.

—No, por favor, Marydol —contesta endulzando la voz.

Está de más decir que la ha dejado impresionada y no me extraña, acaba de conocer a su ansiado y guapísimo nuevo jefe.

—¡Qué bien que te he encontrado! Iba a llamarte para que cenáramos juntos esta noche — exclama cogiéndome la mano.

Marydol me mira atónita y yo quiero que me trague la tierra, esto parece lo que no es y tendré que darle una explicación. La conozco muy bien y sé que no se marchará sin saber lo que ocurre entre él y yo.

—¿Derek? —La voz de una mujer nos interrumpe y doy gracias al cielo, no sé qué decir en este

momento.

Es una mujer rubia muy guapa; sus rasgos, junto con su marcado acento cuando ha pronunciado su nombre, apuntan a que es rusa y la forma en que se coge de su brazo me dice que existe demasiada confianza entre ellos.

—Natascha, te presento a Chloe, mi hija —pronuncia con orgullo.

En este instante no sé cuál de las dos se ha quedado más pálida.

CAPÍTULO 11

Han pasado tres días y mi cabeza sigue dando vueltas y vueltas respecto a lo que voy hacer con mi trabajo. Aún sigo riéndome de las caras que iba poniendo Marydol cuando le aclaré todo el asunto sobre Derek. Esa misma noche acepté su invitación para cenar y Alec me acompañó, agradecí enormemente que Derek no sacara a relucir el tema de mi empleo delante de él.

Necesito desconectar, así que he quedado en verme con Hermes, echo de menos a mi encantador y querido amigo. No nos hemos vuelto a ver desde que vivo con Alec, y restando alguna que otra breve llamada de teléfono, es el único contacto que hemos mantenido.

Llego a la cafetería donde nos hemos citado y sonrío al verlo, está perfectamente acompañado de una chica rubia con una estilosa melena larga y lisa con flequillo; sacudo la cabeza, este seductor no cambiará nunca. Me voy acercando y no sé qué le estará contando pero por las risas deduzco que ella debe de estar oyendo alguna de sus inventadas aventuras porque otra de las características de Hermes es su imaginación para idear cualquier situación insólita.

—¡Hola! —saludo y la chica gira la cabeza hacia mí; su aspecto risueño desaparece al verme.

Hermes se levanta para estrecharme entre sus brazos ante la atenta mirada de su acompañante que me mira recelosa. Debe pensar que acabo de chafarle el plan.

—Olga, ella es mi queridísima amiga Chloe —me presenta Hermes mientras retira la silla que hay a su lado para que tome asiento. La miro y me dedica una sonrisa amistosa que le devuelvo enseguida.

Me fijo mejor en su cara, lo más seguro es que sea modelo, una de las debilidades de mi amigo. Sus facciones son grandes y marcadas sin embargo su constitución es pequeña por lo que descarto que sea de pasarela; en cambio su perfecta postura, como si estuviera posando, me dice que podría dedicarse a la fotografía y tengo la certeza de que ese rostro ya lo he visto antes.

—Bueno, encantada de conocerte, tengo que marcharme —dice poniéndose en pie— Hermes, ya nos llamamos ¿de acuerdo? —Le da un beso en la mejilla y se marcha.

—¿Modelo? —Hermes asiente con una sonrisa— lo sabía, su cara me resultaba conocida.

—En efecto, se trata de Olga Power, trabaja para el mejor fotógrafo del país, Henry Lorman. Una de las mejores modelos de fotografía, la cámara y ella forman una perfecta simbiosis.

—¿Estás liado con ella? —mi típica pregunta tratándose de Hermes.

—No —niega con la cabeza arrugando los labios de manera irónica— tiene novio y por lo visto está muy enamorada de él. Pero ahora dejemos mi vida sentimental para centrarnos en la tuya ¿estoy invitado a tu boda?

Se reclina en la silla y se cruza de brazos.

—¿Cómo eres tan gilipollas, Hermes? Por supuesto que sí —respondo molesta.

—Permíteme que lo dude, te casas en tres semanas ¿cuándo pensabas decírmelo? ¿Un día antes? ¡Joder! ¿Habrá algún bicho viviente en el planeta que no se haya enterado de cuándo me caso?

—Aby —confirmo directamente por que estoy totalmente segura.

—Exacto.

—¿No puedes pensar que prefería decírtelo en persona y vernos las caras? He estado bastante liada y... ¿qué me dices de ti? Tampoco es que te hayas matado por venir a verme.

—¿Cómo puedes reprocharme eso? ¿Piensas que es tan fácil verte? Te recuerdo que vives con

el tío más posesivo y celoso del planeta.

Ahora sí que me deja pasmada, no entiendo a qué viene todo esto.

—Te estás pasando —le amonesto— Alec no es así —defiendo lo indefendible ya que tiene toda la razón.

—¿Ah no? ¡Qué casualidad! las veces que he ido siempre me han dado la misma excusa, que nadie se encontraba en casa.

Esto ya no me gusta, nadie me ha informado en ningún momento de su visita y es algo muy raro, el portero siempre lo hace, a no ser que Alec le haya dado instrucciones para que no me lo dijera; no quiero pensar que sea capaz de hacer algo así, pero tampoco lo descarto.

—Hermes, no seas tan desconfiado, igual habíamos salido —intento lidiar con su respuesta por justificar algo que ya me está quedando bastante claro.

—Chloe, vi cómo entrabais en ese magnífico edificio donde vivís y aproveché para felicitaros por vuestro compromiso; y ¿qué pasó? Por lo visto os tuvisteis que desintegrar en el ascensor, porque seguía sin haber nadie en casa —lo dice en tono burlón pero sé cómo debió sentirse.

¡Se acabó! He intentado defender al liante de mi novio pero me va a oír en cuanto me lo eche a la cara.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque te quiero, porque sé que estás muy enamorada de él y no quiero que por mi causa tengas problemas. Tan solo admítelo: es muy celoso, Chloe.

Me acerco más a él y tiro de su mano para poder abrazarlo. Quiero a Hermes, es una de las personas importantes de mi vida, siempre ha estado a mi lado en los buenos y malos momentos y, por supuesto, no voy a permitir a Alec que lo aparte de mí.

—Tienes toda la razón, lo admito; y te he echado mucho de menos.

—Y yo, pero ahora prométeme algo —levanto la cara y asiento— no le digas nada; en parte lo entiendo, si tú fueras mía tampoco querría a ningún gilipollas revoloteando a tu alrededor.

Esto es increíble, ahora lo está defendiendo. Aunque no me extraña, Hermes es una de las personas más nobles que conozco, con un corazón enorme. Por ese mismo motivo aún me duele más que el estúpido de Alec le haya hecho daño.

—¿Cómo puedes decir eso? Para empezar tú no eres un gilipollas —arquea las cejas recordándome que hace menos de un minuto que le he llamado así— eres mi mejor amigo y él lo va a tener que entender y aceptar, le guste o no.

El móvil de Hermes comienza a sonar.

—Es del bufete —me informa.

Me encanta que haya retomado su carrera, es lo que siempre ha querido y sé que llegará a ser un gran abogado. Le observo en silencio, por lo visto lo que está oyendo tiene perplejo a mi amigo.

Cuelga y su cara no me gusta.

—¿Qué ocurre? —le miro inquieta.

—No te lo vas a creer, hasta a mí me cuesta creerlo —responde al mismo tiempo que niega con la cabeza y se frota la barbilla pensativo.

—¡Por el amor de Dios, Hermes, suéltalo ya! —le pido nerviosa.

Creo que me va a dar algo con tanta intriga.

—Jesse Nox —pronuncia; y ese nombre estalla en mi cabeza como la dinamita.

—¿Qué pasa con él? —interrogo y por la expresión de Hermes creo que no es nada bueno.

—Está detenido como presunto autor del asesinato de una chica, una cantante de Las Vegas.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamo tapándome la boca con las manos— ¿Está muerta? ¿La ha

matado él? —disparo acelerada y mis propias palabras me ahogan la garganta.

—Es el principal sospechoso, por lo visto estaba liado con ella.

De pronto me viene a la cabeza la conversación que tuve con él en la cafetería, cuando me dijo que estaba enamorado de una chica. Al igual que acabo de entender por qué necesitaba un abogado, tuvo que ser la policía quién irrumpió de esa forma en su casa.

—Él me contó que estaba con una chica y muy enamorado de ella.

—Cariño, hay amores que matan —se echa a reír y frunzo el ceño— ¡Eh! lo siento —se disculpa— es una pequeña broma.

—¿Crees que se puede bromear con una cosa como esta? —Le increpo— Hermes, acaba de morir una persona.

—Tienes razón, ha estado totalmente fuera de lugar, pero ya me conoces, mi humor a veces es bastante tétrico.

—Lo sé y te agradecería que hicieras algo al respecto —sonríe para que deje de sentirse mal, sabe que no ha estado muy acertado con su comentario.

—Mi bufete se encargará de su defensa, va a ser un caso muy complicado y si tenemos en cuenta de quién se trata, aparte de todo el trabajo que un caso de esta magnitud conlleva, también habrá que lidiar con la prensa.

Vuelven a llamar a Hermes por teléfono. Momento que aprovecho para reflexionar; por un lado me siento aliviada, tomé la decisión acertada de seguir el consejo de Warren, y por otro me siento culpable de haber dudado en la insistencia de Alec que me mantuviera alejada de él.

—Chloe, lo siento, tengo que marcharme —se disculpa acompañándolo de un mohín de disgusto.

—Lo entiendo, no te preocupes, ya quedaremos en otro momento.

—Eso está hecho, tienes que ponerme al día de todo.

—Hermes ¿crees que es culpable? —Mi pregunta es el deseo de asegurar todo lo que me han hablado de él.

—Hasta que no se demuestre lo contrario, para mí y para el resto del mundo es inocente —pronuncia muy solemne.

—Respuesta de abogado —replico con un suspiro, aunque no sé qué esperaba que me dijera.

—Chloe, en primer lugar tendremos que oír su declaración, ver todas las pruebas que lo inculpan y lo único que sé es que por ahora es el único sospechoso —explica al advertir mi frustración.

Necesito contarle a Hermes mi desasosiego, después de todo, sigo sin entender como una persona que es capaz de matar a la chica con la que está, se preocupa en advertirme de un peligro.

—Yo le vi hace unos días. Coincidimos en el mismo restaurante.

—¿Habló contigo? —Pregunta, y voy apreciando cómo se tensa.

—No —contesto rotunda.

—No creo que él dé tu nombre para nada, pero quiero avisarte de que el fiscal mandará interrogar a todas las personas de su entorno y a cualquiera que pueda aportar algún dato sobre él.

El corazón me da un vuelvo al oír su advertencia. Su intención no es otra que ponerme en alerta, lo que me acaba de decir es lo que va a suceder puesto que conozco a Jesse.

—Él tiene mi número de teléfono —suelto de pronto casi en un grito.

—Si la policía se pone en contacto contigo no quiero que digas nada sin la presencia de un abogado ¿de acuerdo? Y lo primero que tienes que hacer es hablar con Seytton —me pide muy serio.

Admito que no había pensado en él, como también admito que me aterra contárselo.

—Me estás asustando —le anuncio sincera— y a cada minuto que pasa aún más.

—Chloe, no tienes por qué asustarte —enmarca mi cara entre sus manos y me sonrío— además eres la prometida de uno de los tíos más ricos de medio mundo y, créeme, conozco a los abogados de Seytton, son los mejores. Él no va a permitir que te veas involucrada en nada.

Habla con una parsimonia poco habitual en él, con lo que me pone aún más nerviosa; en este momento, mi mayor preocupación es la nota, si interrogan al camarero dirá que me la entregó y en su teléfono verán que habló conmigo.

—Hermes, verás, es sobre Jesse ... —me detengo y cojo aire, las palabras pugnan por salir de mi boca pero mis nervios me están impidiendo que consiga articularlas.

—¿Sí? —me coge las manos y entrelaza sus dedos con los míos animándome a que prosiga.

—Me dio una nota y habló conmigo por teléfono —respondo y no sé cómo he conseguido que mi voz suene mínimamente, estoy aterrada con todo esto.

—Dime qué ponía esa nota y lo que hablaste con él.

—Que no me aleje de Seytton; y cuando habló conmigo me dijo que estaba en peligro. Espera... también le mandó un mensaje a Alec diciendo lo mismo.

—¿Tienes esa nota? —Pregunta y noto cómo sus dedos se tensan entre los míos.

—La tiré en la papelera del restaurante. ¡Dios, Hermes! ¿Y si la encuentran? —le digo alarmada.

—Amore, deja de preocuparte, esto no tiene nada que ver contigo. De todos modos esa nota no revela nada —la comprensión y la ternura inundan su semblante.

Sé que intenta restarle importancia, pero vuelve a pedirme que se lo cuente a Alec y también sé que él hará lo imposible para mantenerme al margen de todo esto.

—Entonces ¿estoy en esa lista de invitados? —pregunta poniéndose en pie y cogiéndome de la mano para que me levante; su drástico cambio de conversación es obvio, quiere que deje de preocuparme.

—¡Por supuesto! eres uno de los más importantes, sin ti no me caso —le aseguro de inmediato y atrapo sus mejillas entre mis dedos pellizcándolo.

—¡Así me gusta! —Retira la cara echándose a reír, sé que odia que se lo haga— era lo que necesitaba oír —declara y me estrecha entre sus brazos.

Me lleva hasta casa y se despide, no sin antes volver a tranquilizarme insistiendo en que no debo preocuparme por nada. Como si eso fuera tan fácil, me digo para mis adentros.

Entro en el vestíbulo y, al ver al portero tras el mostrador de recepción, enseguida decido lo que voy hacer; respiro hondo en un intento por deshacerme de mi pésimo estado de ánimo y me encamino decidida a hablar con él.

—Señorita Breyll, ¿puedo ayudarla en algo?

—Sí, quiero que anote el nombre de una persona que voy a decirle para que la incluya en la lista de personas autorizadas —le pido con amabilidad, adornándolo con una sonrisa.

—Tendrá que perdonarme, pero necesito la aprobación del señor Seytton para hacerlo —me comunica.

Abro la boca y la cierro de inmediato; me queda claro que soy el último mono que vive aquí, él siempre va a decidir quién sube a su casa y quién no. La rabia comienza a arremolinarse en mi estómago solo de pensar que ha sido el único al que se lo ha impedido, puesto que tanto Tawny como Aby tienen libre acceso; pero claro, ellas son chicas —me digo mentalmente—. He decidido que voy a conseguir esa aprobación, tanto si le gusta como si no.

—De acuerdo, pero lo que sí puede hacer es comunicarme quién viene preguntando por mí —le exijo con suavidad, entiendo que se limita a hacer su trabajo, que no es otro que obedecer al gilipollas de Alec, y no es cuestión de pagar mi mal humor con él.

—Siempre lo hacemos, señorita Breyll —confirma con un tono un poco adusto, le ha debido molestar que dude de su profesionalidad.

Dejo en paz al portero al ver que no voy a conseguir nada mientras en mi cabeza se agolpa toda la variedad de insultos que conozco, dirigidos, por supuesto, a mi querido novio.

Entro en casa y me cruzo con Corina que ya se marcha; me informa que Alec se encuentra en el dormitorio y me encamino hacia allí. La puerta está entreabierta, entro y me detengo; está de espaldas frente al ventanal hablando por teléfono y no quiero interrumpirle, por lo tanto me quedo tras él disfrutando de la vista de su espectacular cuerpo; lleva unos vaqueros que le marcan su estupendo culo y una camiseta azul marino que se ajusta como un guante a su ancha espalda; el pelo aún lo tiene mojado lo que indica que no hace mucho que ha llegado.

—Consíguelo —le oigo decir con voz queda y cuelga; me recorre todo el cuerpo un extraño escalofrío que se lleva al instante de mi cabeza los pensamientos lascivos que la estaban ocupando.

No sé si me estoy obsesionando con todo esto, pero tengo el horrible presentimiento de que sabe lo que ha ocurrido con Jesse. Sigue ahí, en silencio, y yo estoy completamente paralizada.

—Alec, ¿Qué ocurre? —consigo preguntar haciendo acopio de valor.

Se da la vuelta y la energía oscura que detecto en su rostro me hiela la sangre.

—Nox ha matado a Rachel. Ese hijo de puta es hombre muerto —sentencia y sale de la habitación sin mirarme.

Mi horrible presentimiento no se había equivocado. Y... ¿Rachel? ¡Oh, Dios mío! Alec la conocía. Sus palabras me golpean de lleno, sobre todo lo que piensa hacer con Jesse. Trago saliva, intentando recuperar la voz mientras el pánico se adueña de mi cuerpo. Me siento en el borde de la cama e inspiro hondo. El corazón me late con tal intensidad que me duele el pecho. Tengo que hacer algo, debo impedir que cometa esta locura.

Me levanto y salgo corriendo a buscarlo, está en el salón recorriéndolo de un lado a otro como un animal salvaje enjaulado, la rabia y la furia que desprende me ponen los pelos de punta.

—Alec, no hablarás en serio ¿verdad? —Mi voz suena nerviosa temiéndome lo peor— ¿De qué la conocías?

Se detiene delante de mí, en sus ojos veo tal desesperación que parece que estuviera descendiendo al mismísimo infierno.

—Ella era... mi amiga ¿sabes? Era una buena chica. Y ese maldito cabrón se la ha cargado y va a pagar por ello.

Echa la cabeza hacia atrás levantando la vista al techo; su gesto de dolor por la pérdida de esa chica me destroza por dentro, otra muerte de alguien que significaba algo para él. Rodeo su cintura con mis brazos y aprieto mi mejilla contra su corazón, que late desbocado; necesito consolarlo y él necesita este consuelo.

—Alec, lo siento mucho de verdad —me abraza y entierra su cara en mi pelo— pero deja que la Justicia se haga cargo —le pido con voz suplicante y noto que levanta la cabeza al oírme.

—¡A la mierda la Justicia! —impreca levantando la voz y apartándose de mí.

—¡Basta, por favor! Aún no se sabe si es culpable o no y tú ya lo has condenado —le digo desesperada intentando hacerle razonar; sin embargo creo que estoy fracasando.

Me mira en silencio durante unos segundos y su rostro es una fría máscara sin emoción alguna.

—Chloe, dime que ahora eres tú la que no habla en serio y que no le estás defendiendo —me dice con un tono grave, brusco y cortante que me detiene en seco.

Aparto la vista de esos fascinantes ojos que me están escrutando; me siento pequeña teniéndolo delante, cerniéndose sobre mí de esta forma tan intimidante.

—No estoy defendiendo a nadie y si es culpable lo pagaré y se pudrirá en la cárcel —añado tragándome el nudo que se me ha formado en la garganta e intentando que mi voz suene tranquila y firme para procurar apaciguarlo, si es que eso es posible.

—Lo pagaré —repito con rabia y tiemblo de pies a cabeza; sé muy bien a lo que se refiere, él se va a encargar de que lo pague—. No es la primera vez que lo hace ¡Maldita sea! —dice con la mandíbula apretada—. Años atrás mató a otra chica en la misma ciudad, en Las Vegas.

Su declaración me acaba de dejar clavada en el suelo. Pero... ¿quién demonios es Jesse? Respiro profundamente varias veces intentando tranquilizarme. Todo esto me parece una pesadilla.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Consigo preguntar a media voz.

—Ocurrió en el casino de Warren, habían cámaras y vi las imágenes de aquella chica muerta.

Al final me dará un ataque al corazón; Jesse pretendía que yo me alejara de Warren asustándome en que estoy en peligro, pero... ¿Con qué fin? ¿Evitar que yo supiera lo que hizo? Lo que sí entiendo ahora, es el motivo por el que Warren me advirtió sobre Jesse, e impidió que hiciera el más mínimo acercamiento hacia mí en el restaurante. Warren no es el peligro, tan solo me está protegiendo. Acabará volviéndome loca.

—¿Y no lo detuvieron? —Pregunto extrañada pensando en las palabras de Hermes al referirse a la prensa en torno a Jesse; una noticia de este calibre hubiera estallado en todo el país.

—Desaparecieron las pruebas, salió limpio de cualquier sospecha. Alguien tuvo que ayudarlo, por lo visto tiene amiguitos influyentes —aclara y veo cómo su pecho se hincha y se deshinchita agitado, es como si estuviera a punto de explotar.

—Cuando te pregunté ¿por qué no me lo dijiste? Solo me advertiste de sus inclinaciones sexuales —le recrimino.

Parece que no me equivoqué cuando pensé que debía de haber algún otro motivo para que Alec le tuviera esa inquina. Ahora lo sé.

—¿Me hubieras creído? —Espeta furioso y me mira con ojos amenazantes—. Tú me dejaste claro que querías comprobar por ti misma cómo era —ahí le doy la razón, fue lo que le dije—. Y yo tenía claro que no lo iba a permitir, no iba a correr ningún riesgo contigo, por lo tanto tomé medidas; antes de que pudiera tocar un solo pelo de tu cabeza ya sería hombre muerto. Me ocupé personalmente de que se enterara ¿Recuerdas? Así que si él aprecia su vida no se atreverá a ponerte una mano encima. Él me conoce y sabe muy bien que jamás amenazo en vano; cumplo lo que digo y me importa una mierda quién sea —declara tan seguro de sí mismo como siempre; lo peor de todo es que ahora yo también sé que lo cumpliría.

Enseguida un repentino escalofrío pone mis sentidos en estado de alerta ¿Se ocupará él personalmente de llevar a cabo lo que pretende?

—Alec, te lo suplico; deja que ellos se encarguen por favor —le ruego llena de impotencia y me pongo frente a él.

—No —niega categórico apartándose a un lado— se libró una vez pero ahora no se librará —sentencia. Coge su teléfono y las llaves y echa a andar decidido.

Me cuesta respirar y mi corazón bombea a gran velocidad en mi pecho. El miedo al ver que no entra en razón me paraliza.

—Si te marchas por esa puerta, no estaré aquí cuando vuelvas ¿Me oyes? Decide qué es más importante para ti, si tu venganza o yo —le grito fuera de mí al ver que se va. Me está destrozando comprobar que mis palabras no han obtenido ningún resultado; acto seguido se oye el estruendo de la puerta al cerrarse. Me dejo caer en el sofá completamente abatida, destrozada y con los nervios oprimiendo mi estómago. Acabo de decirle que me irá y no ha hecho el más mínimo intento por evitarlo. Lo que más me duele es ver que su deseo de venganza es mucho más importante que yo. Le amo demasiado, más que a mi propia vida, pero no puedo sobrellevar estos demonios que le persiguen, no puedo quedarme impasible ante la muerte de nadie. Mis ojos se encharcan en lágrimas, cubro mi cara con las manos y rompo en un desgarrador llanto.

CAPÍTULO 12

Llego al portal de mi antigua casa hecha un mar de lágrimas. Muerta de frío y nerviosa rebusco mis llaves en el bolso; cuando por fin las encuentro, abro y echo a correr hacia el ascensor como si tuviera la imperiosa necesidad de esconderme en algún sitio. Por suerte para mí, se encuentra en el vestíbulo y me cobijo dentro.

Me miro al espejo, tengo los ojos enrojecidos e hinchados; empiezo a arrepentirme, no quiero que me vean así; saco deprisa un pañuelo de mi bolso y seco mis lágrimas que, no obstante, siguen brotando sin descanso. Apoyo la espalda en un lateral y respiro hondo, el ascenso se me está haciendo interminable; al fin suena la campanilla y las puertas se abren.

Entro en casa, las luces apagadas me anuncian que no hay nadie y respiro aliviada, esto me dará tiempo a intentar tranquilizarme antes de que lleguen y me acribillen a preguntas sobre por qué estoy aquí. Lo tenía que haber previsto, no puedo contarles el verdadero motivo de encontrarme en este lamentable estado. Podría decirles parte de la verdad, que es muy poco razonable y un testarudo —en esto no mentiría en absoluto— y que igual todo se debe a los nervios por la boda. Eso es perfecto, Chloe, me digo auto convenciéndome. Me quito el abrigo, lo pongo sobre el respaldo de uno de los sillones del salón y me dejo caer en el sofá.

No consigo desprenderme de la opresión que siento en mi pecho y que sigue ahogándome; es como si algo me arrastrara hacia el interior de un túnel, rodeándome de la más absoluta oscuridad e impidiéndome ver claridad por ningún sitio. Vuelvo a recordar la conversación con Hermes, su insistencia en que debo contarle todo a Alec, pero... ¿cómo voy hacerlo? Se agravaría aún más la situación y, por otro lado, tengo miedo, me estremezco cada vez que lo recuerdo; es como si me encontrara dentro de una horrible pesadilla y no consiguiera despertar. Por nada del mundo hubiera pensado que Jesse fuera capaz de matar a alguien.

El timbre de la puerta me sobresalta y salto del sofá. De pronto un miedo irracional se apodera de mí, se supone que ellas tienen llave; quizá sea alguien que venga a visitarlas, pero... ¿quién? Cuando yo vivía aquí, siempre que alguien venía nos llamaba antes por si no íbamos a estar en casa ¡Oh, Dios mío, me estoy volviendo paranoica, tengo miedo a abrir una puerta! De inmediato mando callar a mi cabeza; vuelven a llamar, ahora con más insistencia, y voy a abrir.

—¡Alec! —Exclamo y me recorre una oleada de alivio; mi cara se ilumina al verle. Ha vuelto, no cuando se lo pedí pero lo ha hecho; me muero por tirarme a sus brazos pero me reprimo al ver la mirada temible que desprenden sus ojos.

Su enfado se palpa en el ambiente, aunque no entiendo el motivo.

—Te marchaste —me recrimina con dureza.

Ya salió el motivo. No me lo puedo creer, me está echando en cara que me fuera.

—Te largaste —le respondo molesta haciéndome a un lado para que entre, quiero evitar que los vecinos oigan la escenita que veo venir, pero no lo hace, sigue inmóvil frente a mí.

—¡Y volví, maldita sea! —Brama y doy un respingo ante su inesperado grito; se percata de ello y rápidamente tira de mi mano estrechándome contra su pecho—. Lo siento, cariño, no quería asustarte —se disculpa arrepentido; su voz se ha suavizado de repente y levanta mi barbilla con un dedo para que le mire— tú eres lo que más me importa, no vuelvas a dudarlo jamás —susurra junto a mis labios y se apodera de mi boca.

Sinceramente, estoy más asustada con lo que pretende hacer a Jesse que con sus gritos. Entramos en casa y me siento en el sofá dando una palmadita a mi lado para que venga junto a mí; ahora que está más tranquilo o al menos eso creo, tengo que volver a insistir.

—Te quiero, Alec —le digo enmarcando su rostro con mis manos—, te amo hasta la locura —beso con dulzura sus labios— siempre me has dicho que me darías todo lo que te pidiera, pues esto es lo único que te pido: deja que la justicia se encargue de él, no quiero más muertes sobre ti. La venganza no es el camino.

—Deja este jodido asunto, Chloe —me pide; retira mis manos de su cara y se pone en pie.

—No voy a dejarlo hasta que me prometas que no lo harás —prosigo con voz calmada y permanezco sentada. No pararé hasta que consiga quitarle esa maldita idea de su cabeza.

—Rachel no se lo merecía.

¡Dios de mi vida! ¡Nadie merece que lo maten!

—Por supuesto que no lo merecía, pero la muerte de Jesse no le va a devolver la vida a Rachel —sentencio— olvida esa maldita locura, por favor.

Pasan unos segundos largos y tensos, hasta que por fin se acerca hasta mí y se pone en cuclillas para que nuestros ojos se miren.

—Está bien —consiente y apoya su frente contra la mía; suspiro agradeciendo al cielo haber conseguido hacerle entrar en razón, sé que es un hombre difícil de manejar y que haya accedido a lo que le pido es una demostración más de lo mucho que significa para él—. Pero te diré algo, igual que siempre te he dicho que moriré por ti, también mataré por ti a quién quiera que sea, a quién se atreva a hacerte daño —aclara; y un escalofrío me recorre de pies a cabeza, estoy segura de que lo haría—. Tengo que ir a las Vegas —añade sin separarse de mí— Warren me ha llamado, hay que preparar el funeral.

—¿Cuándo? —mi precaria tranquilidad se acaba de evaporar.

Se pone en pie y tira de mí para levantarme.

—Ahora. El avión ya está preparado, quiero acabar con todo esto cuanto antes.

—Te acompaño —le anuncio sin flaquear. Alec lleva demasiado tiempo por el mundo arrastrando cargas de dolor y ahora más que nunca tengo que demostrarle que estoy con él en todo, que voy a compartir cualquier carga y no volverá a estar solo.

—No, cariño, odio esos sitios y no quiero que estés ahí; Warren está demasiado afectado, de no ser así sé que no me hubiera pedido que me encargara de todo. Será rápido, volveré cuanto antes.

—Yo tampoco adoro ir a un funeral, pero debo recordarte que ahora somos tú y yo ¿De acuerdo? —replico con convicción, necesito que entienda que no quiero que me aparte de su lado.

Alec asiente y vuelve a besarme de esa forma, tan apasionado y salvaje como es él.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Pregunto al separar nuestras bocas para coger aire.

—Esta era mi primera opción, antes de movilizar a todos mis hombres y que pusieran esta jodida ciudad patas arriba para buscarte.

—Hablas como un gángster —bromeo— todos mis hombres... —repito imitando su voz.

—¿Ah, sí? —me da un azote en el culo.

—Sí, porque cualquier persona normal diría “antes de llamar a la policía”.

—No me gusta la poli y ya sabes que yo no soy normal; es más, soy excepcional —proclama; levanto los ojos al cielo.

—Eres el tío más arrogante del planeta —le doy un empujón con la cadera y vuelve a propinarme otro azote en el culo.

Recojo mi bolso y nos marchamos. Al salir a la calle, la bofetada de aire helado que recibo de

llego me recuerda que, con las prisas, me he dejado olvidado el abrigo; le pido un minuto para subir a por él y busco mis llaves, pero no las encuentro ¡Mierda! Me las he dejado dentro de casa. Alec se quita su cazadora y me la echa por los hombros.

Durante el trayecto hacia el aeropuerto no ha vuelto a pronunciar ni una palabra, sé que anda divagando por algún lugar de sus pensamientos y no deja de dar vueltas a todo lo que ha sucedido; cuando se coloca esa máscara impasible no sé qué hacer, apoyo mi cabeza en su hombro y el rodea los míos con su brazo para que me acomode mejor. Podría sacar el tema de nuestra boda e intentar alejar sus oscuros pensamientos pero creo que va a ser inútil, así que desisto y me sumerjo con él en el silencio.

Llegamos al aeropuerto y la tripulación al completo nos da la bienvenida; Alec saluda con un escueto ¡hola! Y, sin detenerse a estrechar manos, ordena el despegue inmediato.

Tengo que intentar que el ambiente se distienda un poco.

—El señor Seytton se ha puesto en modo antipático —bromeo en voz baja, mientras me quito la cazadora y me acomodo en uno de los lujosos y cómodos sillones.

—Abróchate el cinturón, simpática —replica con retintín sentándose a mi lado.

Le sacó la lengua y me echo a reír, una risa que se corta de inmediato con una sacudida en mi estómago al despegar. Con esto queda claro que sus órdenes las cumplen a rajatabla.

No sé si es buena idea o no, pero aprovecho este momento para preguntarle sobre la relación que tenía Warren con esa chica; ha dicho que está muy afectado, por lo tanto debía ser alguien importante, aunque, sinceramente, me interesa más el tipo de relación que tenía Alec con ella. Sé que tiene un pasado —y, por cierto, bastante movidito— respecto a mujeres, sé las pasiones que despierta en ellas y unido a que es increíblemente bueno en la cama, da como resultado una larga lista de conquistas sexuales; no puedo evitar que me arañen los celos por dentro solo de pensarlo. Por otro lado hay algo que no entiendo ¿Sabría Warren que ella estaba con Jesse? Porque sé que Alec no lo sabía ¿Por qué no la advirtió? O quizás sí lo hizo y ella no quiso creerle. Me explica, sin dar más detalles, que trabajaba como cantante en el casino, que la conocía desde hacía años y que era como una hija para él.

—Me dijiste que era tu amiga, ¿Qué tipo de amiga?

Alec enarca una ceja, sabe a dónde quiero llegar con mi pregunta y esboza una leve sonrisa. Sé que mi lado celoso le gusta a la vez que le divierte; sinceramente, yo no le veo la gracia por ningún lado y en realidad no sé si en el fondo quiero saberlo.

—Nunca tuve sexo con ella —confirma rotundo y dentro de mí salto de alegría—. Rachel, por desgracia, también tuvo una vida muy dura —imagino que ese fue uno de los motivos por los que empatizó con ella, la acaba de comparar consigo mismo—; desde que era pequeña sufrió maltratos de todo tipo a manos de los supuestos novios de su madre, una alcohólica que nunca se ocupó de ella; su padre las abandonó a su suerte y nunca llegó a saber quién era. Con quince años se fugó de casa y se largó a Las Vegas; en un lugar como ese, una chica sola y sin dinero era una presa fácil; imagínate cómo acabó, prostituyéndose. Warren la encontró un día que su chulo casi la mata de una paliza; se ocupó de ella ofreciéndole trabajo de camarera en el hotel hasta que más tarde descubrió la voz tan maravillosa que tenía y la puso sobre un escenario. Ese viejo le salvó la vida y le dio una nueva.

La llegada de la azafata nos interrumpe y lo agradezco en el alma, tengo el corazón encogido con todo lo que estoy oyendo; nos pregunta si puede servirnos la cena. Yo, sinceramente, no tengo nada de apetito, pero Alec asiente.

No puedo dejar de pensar en esa pobre chica ¡Joder! Maldigo mentalmente a Jesse; no sé si es

culpable o no, pero desde luego si es él quién lo ha hecho se merece lo peor. Mi sentido de lo correcto se ha debilitado; después de lo que me ha contado estoy empezando a entender que Alec lo quiera muerto, en el fondo creo que, de alguna manera, todos llevamos dentro un deseo de venganza.

Cierro los ojos un instante deseando desterrar todo esto de mi mente, sigo pensando que ningún ser humano debe quitar la vida a otro. Cuando los vuelvo a abrir veo el rostro de Alec que me mira preocupado.

—¿Qué te ocurre? No has cenado nada —me dice señalando mi plato; solo he picoteado algo de una preciosa bandeja de frutas y queso y un trozo pequeño de pescado.

—No tengo hambre.

—Vamos —me dice poniéndose en pie, soy consciente de que sabe que algo me ocurre. Alec es muy perspicaz.

Me coge de la mano y me lleva hacia el dormitorio, sé lo que pretende; quiere que deje de pensar en todo lo que me ha contado, alejar de mi cualquier preocupación, pero no se da cuenta de que estoy cosida a él en cuerpo y alma, si él sufre yo sufriré y si algo le afecta me afectará a mi también. Entramos y, sin darme tiempo a nada, comienza a quitarme la ropa con esa impaciencia tan suya. Me pega un tirón de la blusa y los botones salen disparados. Entonces me viene a la cabeza que no llevo equipaje, no tengo ropa para cambiarme; me quito de encima las manos de este pulpo y me separo de él como puedo.

—¿Estás loco? ¡No tengo ropa! Ahora me explicarás cómo bajo de este avión ¿En sujetador? — le recrimino caminando hacia atrás e intentando aguantar la risa por la cara que me ha puesto cuando le he mencionado mi ropa interior.

—Te llevaré de compras cuando llegemos allí —sugiere acercándose lentamente hacia mí.

—Tú lo has dicho allí —repito. Y frunzo el ceño, no es la primera vez que lo hace y estoy empezando a sospechar que su propósito es comprarme todo lo que le dé la gana, algo que siempre le digo que es innecesario; desde que estoy con él mi guardarropa se ha multiplicado, aunque en este caso no puedo culparle, con mi empeño en irme con él ni he reparado en que me largaba con lo puesto.

—Venga, no seas tonta, te pones algo mío —se quita su camiseta dejando al descubierto su piel, tersa y ligeramente bronceada, que cubre sus increíbles abdominales y sus perfectos y definidos pectorales; sonrío al ver mi ensimismamiento y me cubre la cara con ella, privándome momentáneamente de esta maravillosa visión.

Me la quito lanzándola al suelo y me entra la risa viéndole deshacerse a toda prisa de los pantalones y los bóxers quedándose completamente desnudo. Mis ojos viajan por su cuerpo hasta encontrarme con los suyos y detecto ese brillo travieso que me fascina.

—Soy tuyo, nena, mira todo lo que te dé la gana —dice torciendo los labios y reprimiendo una sonrisa; con un movimiento descaradamente sexual me empuja y caigo de espaldas sobre la cama y se tira encima de mí. Grito, pero su boca me silencia con un beso profundo y voraz.

—Te quiero aunque estés loco —declaro contenta, disfrutando la calidez que desprende su piel en contacto con la mía. Sé que al menos en estos momentos tanto él como yo dejaremos a un lado este desgraciado suceso.

—Te quiero aunque seas una protestona —susurra mordiéndome el labio inferior y cada centímetro de mi cuerpo entra en ebullición.

Se incorpora quedándose de rodillas y me baja los vaqueros junto con mis braguitas a la misma velocidad que se ha quitado los suyos. Mis manos vuelan hacia su pelo y enredo mis dedos en él

para acercarlo a mi boca, besándolo con la misma urgencia. Siempre esta tremenda conexión entre nosotros, esta desmedida pasión que une nuestros cuerpos.

La música comienza a sonar y reprimo las ganas de echarme a reír, sé por qué la pone. Pero cuando comienzo a oír la letra de la canción no puedo contenerme y suelto una carcajada. *The neighbors know my name* de Trey Songz. No ha podido elegir mejor canción, aunque dudo mucho que los vecinos que viajan con nosotros se atrevan a quejarse.

—Seytton, me siento un poco aludida —consigo decir intentando controlar el ataque de risa que me ha entrado.

—¿Solo un poco?—arquea las cejas divertido— Cariño, mi nombre lo conoce todo Manhattan y no precisamente porque lo lleve tatuado en la frente.

—¿No crees que exageras?

—En absoluto; y te diré algo: me vuelves loco cuando lo haces —responde y veo la satisfacción en su rostro; como había imaginado, quería alejarme de la tristeza.

—Te recuerdo que loco ya estás.

—¿Te he dicho alguna vez lo preciosa que estás cuando te ríes? Es la melodía más perfecta para mis oídos —susurra recorriendo mi cara con sus labios— eres lo más perfecto y lo más valioso que tengo en mi vida.

Me derrito y hundo mi lengua en su preciosa boca.

—Tú eres mi vida entera —le digo sin despegar mis labios de los suyos— cuando te pones romántico te comería.

Se echa hacia atrás y se sienta sobre sus talones.

—Buena idea, cuando quieras puedes empezar —esboza una pícaro sonrisa y sus ojos se dirigen insinuantes a su espléndida erección; no puede ser más directo, ya sabía yo que en el momento que le recordara su lado romántico lo haría desaparecer, pero admito que su invitación me pone muy caliente.

Le devuelvo la sonrisa y comienzo a acariciar su magnífica verga erecta, gruesa y venosa; es pura suavidad cubierta por sólido acero. Suelta un gemido de puro placer, un sonido tan sumamente erótico que me recorre entera. Me inclino sobre él y rodeo su glande con mis labios lamiendo las gotas de su propia excitación.

—¡Joder, eso es, nena, así! —Susurra mientras enreda sus dedos en mi pelo.

Le paso lentamente la lengua por toda su longitud; la suavidad de su piel y el olor tan increíblemente atrayente me hacen gemir. La introduzco hasta el fondo, la siento en mi garganta cada vez más grande y más dura, le aprieto la base con los labios y asciendo succionándolo con fuerza. Noto cómo su cuerpo se estremece, oigo sus vibrantes gemidos y mi excitación crece con la suya. Muevo la cabeza arriba y abajo y lo masturbo con una mano a la vez que chupo y acaricio la punta con la lengua. Él impulsa las caderas restregándose dentro de mi boca y un bramido gutural brota de su garganta.

—¡Dios, me encanta follarte la boca! —murmura con los dientes apretados.

Me agarra la cabeza con fuerza y yo prosigo cada vez más rápido y más profundamente. Paso mi lengua por sus testículos mientras lo masturbo con más intensidad. Mordisqueo suavemente el glande y suelta un gruñido al tiempo que impone un ritmo constante; le miro y me fascina cómo está gozando. Una fina capa de sudor le perla la frente, sus gemidos van aumentando la intensidad.

—Para —me suplica jadeando y ralentizo la fricción y la velocidad de mis caricias.

Me incorporo y le miro: Alec me recompensa con una mirada de pura satisfacción y me ahoga con su boca besándome intensamente. Se coloca cuidadosamente encima de mí, se acomoda entre

mis muslos y apoya sus antebrazos a ambos lados de mi cabeza. Mi cuerpo entero vibra cuando frota descaradamente su pene erecto, duro y ardiente contra mi sexo.

—Quiero correrme contigo y dentro de ti —ronronea raspándome con los dientes el lóbulo de la oreja; su boca desciende por mi cuello trazando círculos largos y húmedos con su lengua.

Gimo ante sus palabras y sus caricias, que sobrecargan mis sentidos y provocan ese delicioso cosquilleo que baja por mi cuerpo directo al sexo. Mis manos se deslizan por sus costados acariciando su piel tersa y caliente. Ruge de placer mi cuerpo entero, del que este hombre conoce cada milímetro como del suyo propio y consigue que me derrita con solo mirarme.

Me estremezco cuando siento la gruesa punta de su erección presionando mi hendidura, húmeda y palpitante, y provocándome un placer inconmensurable; empuja hundiéndose hasta el fondo en mí. Se queda inmóvil llenándose por completo, la sensación es tremendamente maravillosa; de sus labios escapa un suspiro controlado, sé que intenta dominar su lado salvaje y mostrar su lado tierno. Nuestros ojos se miran y el corazón se me sale del pecho, veo la fuerza de sus sentimientos, la intensidad abrasadora de su deseo y su necesidad imperiosa de mí. Amo a este hombre hasta la locura

Levanta la parte superior del cuerpo para apoyar los brazos en la cama; se retira poco a poco hacia atrás y avanza con la misma lentitud hacia delante. Repite este delicioso movimiento una y otra vez sin dejar de mirarme. Gimo extasiada.

Acerca su boca a la mía y me besa de la misma forma pausada que me está penetrando. Recibo entre jadeos cada uno de sus embistes, que ahora los combina trazando círculos con sus caderas, mientras prosigue su parsimoniosa incursión que quisiera que durara eternamente; pero la tensión de mi vagina junto con el resto de mi cuerpo me avisa de que ya no puedo contener más mi orgasmo.

—De esta forma también me gusta ¿Y a ti? —pregunta mordiéndome los labios.

—Sí —jadeo sin aliento— pero no aguanto más.

—Lo sé, yo tampoco; córrete conmigo, cariño.

Mi corazón se desboca y grito su nombre entre convulsiones; de su garganta brota un sonido desgarrado que me atrapa con él en un orgasmo tremendamente intenso, entregándome todo hasta vaciarse por completo; entierra su cara en mi cuello mientras masculla una y otra vez mi nombre.

Aterrizamos en el aeropuerto de Las Vegas. Son las once de la noche, hora local; sin embargo para mí son las dos de la madrugada por la diferencia horaria respecto a Nueva York que es de tres horas.

Una impresionante limousine nos está esperando; no hay que decir que es la primera vez en mi vida que subo en una, al igual que es la primera vez que vengo aquí. Sí no fuera por el motivo funesto por el que hemos venido, estaría excitada por la novedad que se abre ante mis ojos, sin embargo lo único que siento es un angustioso peso en el estómago nada agradable.

En nuestro recorrido comienzo a divisar como telón de fondo las brillantes luces de neón de la avenida más fotografiada y visitada del mundo. El Strip de Las Vegas. Aquí es donde se encuentran los hoteles y casinos más famosos.

El vehículo se detiene delante del fastuoso Hotel de Warren y me quedo con la boca abierta ante la ostentación y el lujo que nos rodea. Alec me explica que el casino se encuentra en su interior. Todo el espacio está recubierto en mármol de Carrara, unas impresionantes lámparas de araña formadas por centenares de estalactitas de cristal descienden de un techo en forma de cúpula dorada, suntuosos sillones rodean la magnífica escultura que preside la estancia, dejándome claro que lo que veo no está al alcance de todos los bolsillos. Mi vista se detiene un

instante en una persona que me resulta muy conocida; me fijo mejor y me sorprende bastante: es mi antiguo jefe, el señor Larson, que charla animadamente con varias personas antes de desaparecer entre el vaivén de gente elegantemente vestida que imagino se dirige hacia el casino.

—Esto sí que es una coincidencia —pienso mientras Alec me conduce a través del suntuoso vestíbulo para subir por unas enormes escalinatas que se abren en forma de abanico. Seguimos por un pasillo a la derecha y se detiene delante de unas puertas dobles en las que se puede leer en letras doradas el nombre de Warren Mills. La puerta se abre y los hombres que salen me producen una punzada nerviosa; su aspecto me provoca escalofríos, tienen pinta de matones; saludan con un mudo gesto de cabeza a Alec y detrás de ellos aparece Warren, que al vernos nos dedica una sonrisa bastante triste.

—Gracias por venir, ya estoy viejo para esto —dice apenado mientras le estrecha la mano a Alec— aún no me lo creo —agrega al mismo tiempo que niega con la cabeza; me acerco y le doy un abrazo. Lo que me dijo Alec sobre él es cierto, lo veo muy afectado.

Cuando me separo, advierto que se cruzan las miradas de ambos; no me gusta en absoluto. Es como si estuviera a la espera de alguna indicación por parte de Alec y algo me dice que no tiene nada que ver con el entierro. Aprieto los dientes intentando ignorar el temor que se cierne sobre mí.

—Tranquilo Warren, no tienes que preocuparte por nada. Hemos venido a encargarnos del funeral —puntualizo; quiero dejar claro por qué estamos aquí.

Warren saca el teléfono y a quien quiera que tenga al otro lado de la línea le da unas cuantas instrucciones breves y precisas que no he conseguido oír. No puedo evitar que mi cerebro esté en estado de alerta, sobre todo desde que hemos puesto un pie en este lugar.

—Gracias, querida —me agradece con una leve sonrisa— vuestra suite está preparada, id a descansar. —¡Joder, eso era lo que estaba ordenando, que dispusieran nuestro alojamiento! Me pateo mentalmente por haber sido tan mal pensada, definitivamente acabaré paranoica con todo esto—. A primera hora de la mañana necesito que vengas conmigo —dice dirigiéndose a Alec— hay que recoger los objetos personales de Rachel.

Alec asiente y nos despedimos de Warren ante la atenta mirada de esos dos pares de ojos que nos acechan. No sé por qué tengo la extraña sensación de que a quién escrutan con esa frialdad es... a mí.

CAPÍTULO 13

Me despiertan de golpe unas punzadas reiterativas en mi cabeza que me están provocando ese dolor tan desgraciadamente familiar ¡Mierda! No debí dejar el tratamiento, esto nunca se va a terminar; miro a mi alrededor buscando mi bolso, pero recuerdo que lo dejé en el salón de la suite. Alec no está a mi lado; me levanto y voy hacia el baño, pero tampoco lo veo aquí; en el fondo lo agradezco, no quiero que me vea en este estado; me siento un poco mareada y apoyo mis manos en el lavabo; cuando levanto la cabeza me inquieta la imagen que me devuelve el espejo, estoy demasiado pálida y tengo la frente perlada de sudor como todo mi cuerpo. Es ese sudor frío que, lamentablemente, conozco demasiado bien.

Me meto en la ducha y suelto un quejido cuando siento el chorro hirviente agujonearme la cabeza; sin embargo me tranquilizo cuando oigo el fluir del agua; necesito seguir comprobando; dejo caer el frasco de gel y también oigo el sonido al chocar contra el suelo de la ducha ¡Bien, Chloe! —me animo a mí misma— solo es cuestión de aguantar el dolor; sé que en el momento que tome mis pastillas se irá; me termino de duchar y me pongo uno de los albornoces del hotel.

Salgo de la habitación pero la voz que oigo proveniente del salón detiene mis pies en el acto. Warren está aquí; vacilo un instante, no sé si es buena idea irrumpir y opto por no hacerlo; sin embargo me acerco sigilosamente lo máximo que puedo sin ser vista, para poder oír lo que dicen. Desde luego mi comportamiento se salta las reglas de la buena educación, pero son mucho más fuertes mis ganas de saber, sobre todo después del recelo que me provocó las miradas que se dirigieron. No intuyo nada bueno.

—Todo está preparado, solo a la espera de que des la orden.

El estómago se me tensa de golpe y mi respiración se detiene esperando la respuesta de Alec.

—Se acabó Warren, dejaremos que la justicia se haga cargo —responde cortante.

Exhalo con dificultad pero satisfecha por su respuesta.

—¿Qué coño me estás diciendo? ¿En qué te está convirtiendo ella? Te lo diré: te está volviendo débil, muchacho, y en el mundo que nos movemos los débiles caen, los aplastan y los destruyen.

Ahora mismo acabo de mandar a la mierda cualquier sentimiento de culpa por mi comportamiento al comprobar que, una vez más, mi intuición no se había equivocado; sabía que Warren tenía la misma sed de venganza que Alec y lo peor de todo, es que ha adivinado que soy la culpable de que no se cumpla.

—A ella no la metas en esto ¿entendido? —le espeta con crudeza.

El tono frío y autoritario de Alec me pone los pelos de punta.

—No entiendo qué cojones te ocurre, unos meses atrás ni lo hubieras dudado —insiste Warren.

—Estoy harto de esta puta mierda —replica tajantemente.

—Tienes un nombre, una reputación, nadie con dos dedos de frente se atreve a interponerse en tu camino ¿Y vas a dejar que se sepa que has dejado pasar lo que ha hecho ese mal nacido a uno de los nuestros? —Inquiere Warren bastante cabreado.

—¡No voy a dejarlo pasar, ese hijo de puta se pudrirá en la cárcel! —exclama Alec subiéndome el tono por encima del de Warren—. Ahí es donde acabarán sus días. Por lo tanto ya he tomado mi decisión, así que acátala, Warren, y deja este jodido asunto en

paz —le ordena con firmeza; me enorgullece comprobar cómo acaba de aplastar las palabras

de Warren, exigiendo y haciéndole ver quién es el que manda.

Su fortuna le da el poder y el control que necesita. Sé que hará lo imposible para que así suceda. Por lo tanto respiro aliviada, veo que ha descartado por completo tomarse la justicia por su mano a pesar del empeño de Warren en que lo haga; me tranquiliza saber que su decisión es irrevocable.

Aunque de pronto mi desconfianza hacia Warren aparece de nuevo al ver el empeño que tiene en que se lleve a cabo.

—Hay algo que no entiendo y es que tú no supieras que Rachel estaba liada con él —apunta Alec en un tono acusador.

¡Bien, cariño, así se habla! Yo me pregunto lo mismo.

—¿Cómo iba a saberlo? Sabes de sobra que Nox tiene prohibida la entrada tanto al hotel como al casino. No estaba al corriente de a quién se tiraba —se defiende Warren.

—¿Vas a decirme que no la tenías vigilada? —Pregunta Alec con incredulidad.

—Tú mejor que nadie sabes que he cuidado de esa chica desde que la encontré, era como una hija para mí —la voz de Warren se va apagando—, pero Rachel estaba cambiando; últimamente sacaba su lado rebelde y le costaba acatar mis órdenes, era como si se estuviera revolviendo contra mí. No lo entendí hasta ahora, seguro que le influyó ese mal nacido; encontró la forma de verse con él a mis espaldas y mira lo que le ha ocurrido ¡Maldita desagradecida! —Escupe con rabia—. Todo vuelve, muchacho; yo solo espero y le pido al cielo que no pases por esto.

—¿De qué coño hablas?

Cada vez me pongo más nerviosa.

—¿No te das cuenta? Nadie puede desprenderse de su destino. El mío, al igual que el tuyo, está maldito; todo lo que queramos será destruido, si la hubiera alejado de mí, ella estaría viva.

Abro la boca estupefacta; me acabo de quedar helada. Él... es él —me repito con rabia— quien le ha metido esa mierda sobre la maldición. Y al recordárselo no pretende otra cosa que incitar a Alec a que se aleje de mí. De pronto entiendo la nota de Jesse en la que ponía “nada es lo que parece”. Warren ha fingido su amistad conmigo al igual que su falsa preocupación por mí y algo me dice que las advertencias de Jesse lleven algo de verdad.

Unos golpes en la puerta interrumpen la conversación y oigo que la voz de otro hombre les avisa de que su vehículo ya les está esperando. Debo impedir que Alec se marche; salgo corriendo de mi escondite hacia el salón con el corazón acelerado.

—Mi hermosa hechicera ya se ha despertado —dice Alec al verme, pero su rostro denota preocupación y eso no me gusta.

—Quiero ir contigo —suelto plantándome delante de él.

Alec me aparta algunos mechones húmedos de la cara y me besa con dulzura.

—¿Sabes? Esto me recuerda a cuando eras pequeña, siempre querías venir conmigo —me acerca su taza de café para que beba y exasperada niego con la cabeza ¡Dios! ¿Quién quiere café en estos momentos?

—Pues como ves, eso no ha cambiado en absoluto; me pondré una camiseta tuya y tu cazadora, no hace falta más —aseguro con convicción.

—No, cariño —dice con voz suave pero firme— esto no es agradable para nadie; no tardaré y cuando vuelva nos iremos de compras ¿De acuerdo?

Su tierna preocupación me conmueve pero tengo que evitar que pase mucho tiempo a solas con él, me da terror que siga machacándole con sus propósitos.

—Tengo que decirte algo importante —suelto rápidamente, pienso contarle las advertencias de Jesse sobre Warren. Decirle que me da miedo quedarme sola, lo que en cierto modo tiene algo de verdad, Jesse hizo demasiado hincapié en que no me alejara de Alec.

—Buenos días, Chloe; Alec, debemos marcharnos ya —nos interrumpe Warren.

—Dime —me pide prestándome toda su atención; pero las palabras se ahogan en mi garganta al ver a Warren a dos pasos de nosotros mirándome atentamente, como si hubiera presentido algo. Me acobardo de repente y desisto, pero me juro a mí misma que en cuanto vuelva se lo contaré todo.

—Te quiero, eres toda mi vida y si tú no estás en ella moriré —le digo abrazándolo con fuerza; ha hablado mi corazón y necesito con toda mi alma oír el suyo.

—Yo... lo sabes de sobra —susurra contra mi pelo y me separo de él para mirarlo a la cara.

—¡Dilo! ¡Dímelo, Alec! —insisto acongojada; necesito saber que sigue conmigo, que va a luchar con uno de sus peores demonios, su peor temor. Me coge las manos y se agacha un poco para que nuestros ojos estén a la misma altura.

—Te quiero —pronuncia en voz baja; me besa en la frente y desaparece de mi vista tras cerrarse las puertas del ascensor.

Lo ha dicho. Sin embargo, la angustia que oprime mi corazón me dice que las palabras de Warren están surtiendo efecto.

Cierro la puerta tras de mí y voy directa a buscar mi bolso, las punzadas se han convertido en un dolor agudo. Me sirvo un poco de agua y me tomo las pastillas; mi madre se pondría como loca si viera lo que estoy haciendo, son bastante fuertes y debería haber comido algo antes de tomarlas pero... ¿quién puede comer en estos momentos? Mi estómago, aparte de encogido, está completamente cerrado.

Deambulo inquieta, atrapada en este lujo que me rodea como si estuviera enjaulada; así es como me siento, sin la más mínima posibilidad de salir de aquí y no me gusta esta sensación. Observo las deslumbrantes vistas del Strip de Las Vegas a través de la inmensa cristalera de suelo a techo que rodea casi toda la estancia y permite disfrutar del panorama desde cualquier ángulo. El otro extremo lo preside un elegante piano de cola junto a una barra, tras la que una infinidad de botellas de las mejores marcas decoran toda una pared en cristal tallado. Alfombras de diseños exclusivos cubren el suelo y obras de arte visten parte de las paredes. Me retrepo en uno de los sofás que me acogen como en un cálido abrazo, además de bonitos son muy cómodos y el rojo oscuro combinado con el dorado les da un toque de sofisticación muy acorde con el lugar. La suite dice mucho del propietario de este lugar; es pretenciosamente ostentosa, rezuma lujo por todas las esquinas.

Pero por mucho que quiera distraer mi mente con la decoración de lo que me rodea, el desasosiego me ahoga y en mi cabeza bullen mil especulaciones e incertidumbres sobre todo este asunto; sinceramente, jamás pensé verme involucrada en nada de esto, como tampoco se me hubiera ocurrido jamás que Jesse fuera un asesino. Y respecto a Warren ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Desde el primer momento no me gustó, debí seguir mi intuición de que algo escondía su falso acercamiento, su falsa estima hacia a mí; ahora lo he podido comprobar: tan solo lo fingía para agradar a su muchacho. Es un lobo con piel de cordero, tengo que descubrir a Alec quién es realmente este hombre. Cierro los ojos e intento relajar mi mente; necesito un poco de tranquilidad o este dolor no se irá nunca.

El sutil sonido de una campanita interrumpe mi confortable silencio y una sonrisa asoma en mis labios, no sabía que las suites tuvieran un timbre en la puerta; pero mi sonrisa se diluye al

instante: a no ser que Alec haya olvidado algo, no creo que sea él.

Abro y me encuentro delante de mí a una chica muy atractiva, con una melena castaña que cae graciosamente por debajo de sus hombros en unas delicadas ondas y enmarca una cara pequeña en la que destacan unos llamativos ojos azules. Enfundada en un ajustado vestido color cereza, rezuma estilo y buen gusto, a pesar de ir encaramada en unos vertiginosos tacones de aguja que claman a gritos “esto duele”.

—Señorita Breyl, mi nombre es Elisabeth de la Serna; soy la directora del centro comercial del hotel y venimos a organizar su Fashion Party.

Mis ojos se abren como platos; es la primera vez en mi vida que oigo algo igual. Al advertir mis dudas se aparta un poco para mostrarme todo lo que viene tras ella: varias personas portando percheros enormes llenos de ropa.

—Chloe, por favor —estrecho la mano que me ofrece y me hago a un lado para dejar pasar a la comitiva.

—De acuerdo, Chloe, podríamos empezar por mimar ese precioso cuerpo ¿Qué le parece?

Me río para mis adentros; este exceso de amabilidad tiene que deberse a la indecente suma de dinero que tendrá que desembolsar mi querido prometido.

—Me parece perfecto.

Me deshago del albornoz y me tumbo en la camilla de esta improvisada sala de masajes, rodeada de unos preciosos biombos para asegurar mi intimidad. De pronto atenúan la luz hasta que me envuelven unas delicadas sombras mientras comienza a sonar una música sumamente relajante. Una vez más mi adorado novio ha dado en el clavo, esto me vendrá muy bien.

Al acabar este deleite para mi cuerpo, me ofrecen un mini bufete que acepto con agrado; mi estómago me lo agradecerá, no he comido nada desde ayer en el almuerzo, la cena casi ni la probé; así que me dispongo a degustar toda esta exquisitez gastronómica mientras Elisabeth va mostrándome colección tras colección de ropa.

Al final y con una enorme indecisión —teniendo en cuenta que este es el sueño de cualquier mujer que adore los trapitos como yo—, no he querido volverme loca, pero no he podido resistirme a escoger unos pantalones de piel en versión legging en color negro; he rechazado la cazadora que había combinado a la perfección Elisabeth, me daba un aire demasiado rockero; en su lugar he optado por un suéter amplio acabado en flecos a diferente altura, una prenda sencilla y versátil; en cuanto al calzado no tengo la más mínima duda, soy una enamorada de los botines, así que elijo unos de Jimmy Choo en color camel y tacón en forma de cuña bastante cómodos y el bolso tipo bowling del mismo tono. Por supuesto, he añadido un vestido negro para el funeral junto con un abrigo corto, a los que han agregado todos los complementos que necesitaba y, cómo no, ropa interior.

Una vez elegido todo mi vestuario, me han obsequiado con el servicio de peluquería, manicura y pedicura, rematándolo con un discreto maquillaje. El ambiente ha sido de lo más agradable.

Elisabeht ha resultado una gran anfitriona, es una chica muy simpática y no ha cesado ni un minuto de contarme anécdotas muy graciosas de esta ciudad.

Me despido de todo el mundo agradeciéndoles su trabajo y se marchan con la misma rapidez con la que llegaron; vuelvo a quedarme sola. Miro mi reloj y han pasado más de cuatro horas. Cojo mi móvil y llamo a Alec.

—Hola, cariño, gracias por esta Fashión Party tan espléndida.

—Me alegro, nena, pero no me las des a mí; ha sido idea de Warren, quiere todo lo mejor para ti, así que disfrútalo, preciosa.

Mi sonrisa se evapora de inmediato, al saber quién me ha obsequiado esta original fiesta, se que lo único que pretende es agradar a Alec, para que siga creyendo en su falsa estima hacia mí.

—¿Cuándo vienes? —Pregunto esperanzada deseando que sea lo antes posible.

—Esto se demora más de lo que yo pensaba, hay un montón de papeleo que debemos arreglar —responde en tono de frustración— pero te prometo que no estaré ni un minuto más de lo necesario.

Me despido de él y cuelgo suspirando resignada; miro a mi alrededor sin saber qué hacer, creo que sería buena idea echar un vistazo a las instalaciones de esta maravilla arquitectónica y... ¿por qué no? Daré una vuelta por el casino; nunca he estado en ninguno y puesto que me encuentro en la ciudad del juego creo que es una visita obligada.

Abro la puerta y casi me doy de bruces con un señor muy trajeado con una enorme sonrisa plantada en su cara.

—Señorita Breyl ¿ Va a salir?

Por lo que veo soy bastante conocida en este lugar, no sé si debo alegrarme o empezar a preocuparme.

—Bueno, pensaba dar una vuelta por toda esta maravilla ¿Señor...? —contesto con ironía a este desconocido.

—¡Oh! Disculpeme, Soy Roger Dixon, el director de esta maravilla; el señor Mills quiere que su estancia con nosotros sea inolvidable —me extiende la mano un poco avergonzado al darse cuenta de su indiscreta presentación.

—Es un placer conocerle —le estrecho la mano y le sonrío.

—¿Es su primera visita a Las Vegas?

—Sí.

—Entonces soy la persona que necesita.

Tomamos el ascensor y me comunica que vamos directos al casino. Durante el descenso en esta cabina de acero y espejos me comenta que solo los clientes alojados en esta exclusiva zona del hotel gozan del privilegio de contar con su propio ascensor privado.

Las puertas se abren y me quedo impresionada: me conduce a través de una de las extensas hileras de máquinas tragaperras que no cesan ni un minuto de atraer jugadores con el llamativo tintineo de su música y sus múltiples y atractivos colores. Al fondo diviso las mesas de juego. Roger me explica que después me llevará a la zona privada donde se hacen las grandes apuestas, a la que solo se puede acceder mediante invitación; y añade que uno de los requisitos es poseer una considerable fortuna con lo que me queda claro las enormes sumas de dinero que deben jugarse.

Una chica se acerca a nosotros reclamando su atención, se disculpa un momento y se retira a hablar con ella. De pronto me viene a la cabeza mi antiguo jefe ¿Seguirá aquí? Busco con la mirada pero es inútil, hay demasiada gente. Roger regresa y me comunica que tiene que resolver un pequeño incidente con unos clientes, pero que pondrá otra persona a mi disposición para continuar con mi visita. Tomamos otro ascensor hasta el vestíbulo y mientras nos dirigimos hacia la recepción me pregunta si me apetece posponer mi visita por el hotel y salir a dar un paseo.

Enseguida le digo que sí, la idea me parece fantástica. Hace un sol maravilloso y una temperatura que nada tiene que ver con la de Nueva York.

Hace una llamada y a los cinco minutos un chico muy sonriente y de unos treinta años, aparece ante nosotros.

—Thompson es uno de los chóferes y guía del hotel —me comenta acompañándome a la salida del hotel. Él le mostrará los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Se despide de mí mientras me abre la puerta trasera de un lujoso coche de color negro con los cristales tintados.

He tomado fotos con el móvil y, tras la exhaustiva explicación de Thompson de cada lugar por los que pasábamos, me pregunta si quiero visitar alguna tienda para comprar algún recuerdo de Las Vegas. También lo acepto, me apetece estirar las piernas y pasear un rato.

Se detiene en la acera indicándome varias de las tiendas más típicas y me dice que tarde todo lo que necesite. Se lo agradezco y me mezclo entre el caudal de turistas que salen y entran de ellas. Me ha costado un poco decidirme, ya que la extensa variedad de artículos es para volverse loca, pero tras un buen rato ojeando he comprado unas camisetas para las chicas y viseras de crupier para los chicos, aparte de unos vasos de chupitos con imágenes de Las Vegas; mientras elegía he recordado que aún no he comprado los regalos de Navidad y cada vez falta menos.

Salgo de la tienda y una niña asiática me coge de la mano.

—Ven a ver al dragón, te va a gustar —me dice entusiasmada.

Le sonrío y voy con ella. Echa a correr sin soltarse de mi mano por una serie de callejuelas que zigzaguean unas con otras y empiezo a oír música, debe ser algún tipo de desfile.

Hay un gran tumulto, todo está adornado de farolillos rojos que me recuerdan a un festival que vi en el Chinatown neoyorquino; muchas personas bailan alrededor de un improvisado dragón chino al ritmo de los tambores y el gong, mientras unos bailarines con elaborados disfraces de leones realizan una original danza. En estos momentos se me ocurre que quizás en alguna fiesta pueda sorprender a Alec con esto.

Recibo algún que otro empujón y la pequeña se suelta de mi mano echando a correr, creo que es hora de marcharme; al final no sé por cuál de estos callejones he llegado hasta aquí ni por cual debo salir; la niña se detiene y me hace gestos con la mano para que la siga y voy tras ella sin dudarle, seguro que sabe el camino hacia la calle principal. Vuelvo a perderla de vista y creo que cada vez me estoy adentrando más en este laberinto; sigo caminando sin conseguir salir, así que retrocedo para intentar volver por el mismo sitio; al darme la vuelta veo a un hombre que se planta frente a mí y el corazón se me encoge. Miro hacia atrás y hay dos más. No consigo distinguir bien sus rostros ya que llevan gorras y ocultan sus ojos con gafas de sol.

Sin pensarlo dos veces echo a correr con todas mis fuerzas, pero es inútil: uno de ellos me bloquea el paso deteniéndome en el acto.

—Echa el freno, encanto ¿a dónde vas con tanta prisa? —Me espeta empujándome hacia atrás.

Siento el pecho oprimido y me cuesta llenar los pulmones de aire; me ordeno a mí misma tranquilizarme pero no lo consigo, estoy hiperventilando; intento pensar pero tengo demasiada adrenalina fluyendo por mi cuerpo para poder hacerlo con claridad, necesito calmarme. Seguro que quieren dinero; eso es, les daré todo lo que llevo encima y dejarán que me vaya. Meto la mano temblorosa en el bolso y pulso dos veces seguidas la pantalla del móvil, es lo que Alec me dijo que hiciera si alguna vez necesitaba ayuda. Es una llamada de emergencia. Automáticamente me lo arrebatan de un tirón y lo tiran al suelo. Rezo para mis adentros para que alguien aparezca y de pronto vuelvo a ver a la pequeña; grito desesperada diciéndole que pida ayuda pero hace caso omiso a mi petición y camina hacia nosotros.

—Te he traído a la princesa del dragón, dame mi dinero —le pide extendiendo su manita.

El comentario de la niña me llena de terror. Tengo el corazón en un puño.

—Así es, has hecho un buen trabajo —le dice el hombre dándole un par de billetes.

¡Dios de mi vida! Me acaba de vender una niña, ellos no quieren mi dinero, me quieren a mí.

Noto un golpe seco y duro en la espalda y mis rodillas impactan en el suelo; un segundo golpe

me derriba. El dolor es insoportable. Arrastran de mis brazos para ponerme en pie y alguien me sujeta las muñecas por detrás de la espalda; me tambaleo y quién quiera que sea me aprieta con más fuerza obligándome a doblar mi cuerpo hacia adelante.

—Hay alguien que quiere despedirse de ti, muñequita —dice uno de ellos.

¿Despedirse? ¡Oh, no, no! Esto suena muy mal.

—Querida, seré breve —enseguida reconozco esa voz y el pánico se apodera de mí ¡Dios mío, es Warren!—. No quiero hacerles perder el tiempo a mis hombres.

—¡Warren, por favor, no me hagas daño! —suplico desesperada; estoy muerta de miedo, no sé a dónde quiere llegar, si intenta saciar su sed de venganza conmigo o qué es lo que pretende. A mi cabeza vuelve un hombre, un hombre que no ha cesado de advertirme lo mismo que me decía mi propia intuición. He sido una completa estúpida y lo peor de todo es que no sé cómo voy a conseguir salir de esta.

—Tranquila, serán rápidos; no dejaré que sufras más de lo que tu cuerpo pueda soportar —anuncia con una risotada fría y extraña que me cala hasta los huesos.

—¿Por qué...? ¿Por qué me haces esto? —pregunto y la garganta se me contrae por el pánico.

—Esto es lo que hago cuando alguien se interpone en mi camino. Mi muchacho ya te había perdido y no debiste aparecer de nuevo en su vida; te estás entrometiendo en mis planes y no lo voy a permitir.

—Sabes que Alec irá a por ti y a por cada uno de vosotros —grito encolerizada. La impotencia, unida al miedo, me quema por dentro y oigo que suelta una horrible y espeluznante carcajada. Las lágrimas se agolpan en mis ojos sin conseguir brotar, como si mis lagrimales estuvieran paralizados igual que todo mi cuerpo.

—Él nunca lo sabrá, los muertos no hablan y tú vas a correr la misma suerte que esa perra desagradecida que intentó hacer lo mismo —su voz suena aséptica, sin sentimiento, absolutamente vacía.

Sus palabras me producen arcadas. Acaba de confirmarme quién es el verdadero asesino de Rachel.

—¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Fuiste tú quien la mató! —bramo enloquecida.

—Exacto, eres muy lista; ella se había convertido en un estorbo. Y ahora ha llegado tu turno. Es una pena, querida; una chica tan joven y preciosa como tú, muerta en un callejón de Las Vegas a manos de unos despiadados atracadores —se ríe con sorna.

—Lo tenías todo preparado ¿verdad? —confirmo abatida ante su sentencia de muerte.

—Así es y el corderito ha ido solo al matadero —sentencia.

En ese mismo instante un duro golpe impacta de lleno en mi estómago y me dobla por completo dejándome sin respiración. Es un dolor imposible de soportar; por más que lo intento no consigo articular palabra, mi garganta tan solo emite chillidos desesperados. Lucho por seguir respirando ya que es lo único que puedo hacer; por más que me revuelvo intentando defenderme todo es inútil. Vuelven a golpearme, esta vez en la cabeza y en el oído, insisten en mi oído. Cada vez que lo hacen mi cuerpo impacta contra la pared que tengo detrás; estoy acorralada por tres hombres que están dispuestos a acabar con mi vida sin el menor indicio de piedad. No cesan los golpes brutales en mi cuerpo, no sé por cuánto tiempo voy a poder resistirlo, mis piernas flaquean y el dolor ya es indescriptible. De pronto noto el sabor ferroso de la sangre en mi boca; con un grito desgarrado llevo mis manos temblorosas a mis oídos ¡Están sangrando! ¡No, Dios mío! A mi alrededor se hace el silencio y en ese instante las sombras me nublan la visión, todo es oscuridad. Mi cuerpo cae exánime contra el suelo.

Con un gran esfuerzo abro los ojos desorientada; creo que me están transportando a toda velocidad a alguna parte; no oigo nada, no logro percibir ningún ruido, tan solo este horrible e incesante dolor en el lado derecho de mi cabeza. Estoy intubada, conectada a un respirador artificial y enchufada a unas máquinas por cables que salen de mi entumecido cuerpo. Ante mí todo es una visión caótica. Intento girar la cabeza pero alguien me lo impide. En ese instante mi corazón recobra vida ¡Es Alec! ¡Me ha encontrado! Veo que está gritando a alguien y al instante aparecen varios médicos acompañados de enfermeras; hay mucha gente a mi alrededor, pero mis ojos solo buscan desesperados los de Alec. Cuando por fin los encuentro, el dolor me sacude: están llenos de lágrimas. Está llorando, él que no llora nunca. Siento como si algo abandonara mi cuerpo entre la consciencia y la inconsciencia. Creo, creo... que me estoy muriendo.

CAPÍTULO 14

Siento la caricia de unos cálidos labios en mi frente y abro lentamente los ojos; los parpados me pesan y vuelvo a cerrarlos, intento con todas mis fuerzas abrirlos de nuevo y ante mí aparece la visión más maravillosa, la del hombre que amo hasta la locura mirándome con auténtica adoración; aunque me regala su preciosa sonrisa que remarca esos hoyuelos que tanto me fascinan, su aspecto denota el tormento y el sufrimiento por el que está pasando; sus ojos reflejan puro dolor y el alma se me encoge. Veo cómo los cierra unos instantes, como si estuviera agradeciendo sus plegarias al cielo y sin poder contener por más tiempo su emoción besa cada centímetro de mi cara. Estoy aturdida pero sé que no es un sueño ¡Sigo viva! Y doy las gracias una y otra vez a Dios por no haber permitido que esos canallas y sobre todo Warren, el peor de todos, se salieran con la suya. No sé qué daños me han producido pero mi memoria está intacta, me acuerdo de cada golpe que recibió mi cuerpo y de cada palabra que escupió ese mal nacido.

Alec acaricia con ternura mi mejilla con una mano y con la otra señala su boca, sé lo que significa: quiere que lea sus labios. ¡No, Dios mío, una de mis peores pesadillas se ha hecho realidad! He perdido la audición, nunca más volveré a oír. Hago un intento por hablar pero no puedo, sigo intubada.

—No, mi amor, no hagas esfuerzos, tranquilízate —me dice. Y siento en mi cara la humedad de mis lágrimas; aunque no lo oigo, sé que me está pidiendo que no lllore mientras las va secando con sus labios. Desde que le conté lo de mi enfermedad él sabe que este era uno de mis peores miedos, sin embargo mi mudo llanto no es de tristeza sino de alegría, de felicidad por seguir viva. Alec coge mi mano y la besa sin descanso mientras pulsa incesantemente el timbre de aviso a las enfermeras.

—Tendría que volarme la cabeza por haberte traído aquí. He estado a punto de perderte y todo por mi culpa —leo en sus labios ¡Oh, no! Ese hijo de puta de Warren le habrá estado envenenando ¿Cuánto tiempo llevaré aquí?

Aparecen mis padres adornando su semblante con una maravillosa sonrisa, sin embargo sé que tanto él como ella están aguantando todo lo que pueden para no echarse a llorar, sobre todo mi madre. Quieren transmitirme serenidad. Se acercan y con mucho cuidado me besan, mi madre se sienta junto a mí en el borde de la cama y mi padre tras ella.

—Mi amor, estas perfecta ¿de acuerdo? Eres una luchadora y ya pasó todo —mi madre se ayuda del lenguaje de signos para hablarme, sé que se está haciendo la fuerte por mí, pero unas indiscretas lágrimas la delatan, mi padre lo ha intuido y toma su turno.

—Mi preciosa niña, como te ha dicho mamá ya pasó todo; hemos tenido que operarte, ahora no oyes, pero no has perdido la audición, cariño, no vas a perderla —me explica esto último gesticulando perfectamente para que lo entienda bien y sus palabras provocan una dulce sensación de alivio en mi corazón, sé que habrán hecho lo imposible para que así suceda—; tus preciosas orejitas muy pronto volverán a oír de nuevo —hace un gesto gracioso con sus orejas.

Para ellos siempre seré perfecta. Han vuelto a hacerlo, han vuelto a darme la vida. De pronto ocurre algo maravilloso que me llena el alma de felicidad: Alec se pone en pie y se abraza a ellos. Mi todo, mi dragón ya no está solo y necesita tanto cariño y tanto amor como siempre lo he necesitado yo.

—Ahora papá te quitará ese horrible tubo de la boca —dice mi madre acariciando mi frente, mirándome con la bondad y la ternura que le caracterizan—. Y enseguida llamaremos a Bianca y a Derek, después dejaremos que los demás entren un minuto a verte; están todos aquí, cariño, todo el mundo.

Mi padre me limpia las lágrimas con mimo y vuelve a besarme. Miro a Alec y levanto con esfuerzo mi mano temblorosa hacia él, que la toma enseguida entre las suyas agarrándola con firmeza; intento transmitirle un poco de serenidad, sé que está muy preocupado, muy nervioso; quiero que sepa que estoy bien, por desgracia tengo demasiada costumbre de todo esto.

Mi padre me quita con cuidado la cinta que fija el tubo a mi boca; esto no es nada agradable pero haré todo lo posible por aguantarlo sin quejarme; su mirada me transmite tranquilidad, sé que va a hacerlo lo más rápido que pueda para no hacerme daño. Al retirarlo me provoca unas horribles arcadas e inmediatamente me incorpora y me pide que respire tranquila; obedezco, pero al ver la expresión de Alec creo que mi rostro debe evidenciar el dolor que he sentido. Mi padre sigue calmándome acariciándome la espalda y cuando se cerciora de que respiro con normalidad me tumba con sumo cuidado.

Alec acerca sus labios a los míos y, ante la atenta mirada de mis padres, los besa delicadamente una y otra vez con dulzura.

Esbozo una sonrisa cuando entran Bianca y Derek; mi padre vuelve a insistirme en que no hable, lo cierto es que por mucho que me esfuerce, el fuego que me quema la garganta no me permite articular palabra alguna. Bianca me besa, apoya su mejilla en la mía y rompe a llorar; Derek le aprieta delicadamente el hombro y ella enseguida levanta su bonito rostro hacia mí.

—¡Oh, mi amor! Lo siento, no puedo evitarlo, pero son lágrimas de felicidad. Te quiero tanto... tanto —se disculpa sollozando; me acaricia la cara y vuelve a besarme antes de apartarse para que Derek se acerque a mi lado.

—Eres mi orgullo, Chloe; soy el padre más afortunado del mundo, tengo la hija más maravillosa —con una tierna mirada coge mi mano entre las suyas y la lleva a sus labios. Cada vez siento con más fuerza cómo se afianza nuestro vínculo; mis ojos se vuelven a humedecer al sentirme tan arropada por tantas personas que me quieren. Me fijo en su aspecto y en el de Bianca; los veo destrozados; quiero saber cuánto tiempo llevo en el hospital, si sigo en Las Vegas o me han trasladado, pero el dolor de mi garganta me impide hablar.

Acto seguido van apareciendo los demás: Charlotte entra con Jake y enseguida advierto que mi hermana intenta reprimir las lágrimas al verme, pero no lo consigue. Me besan y enseguida se marchan, con lo que queda claro que las órdenes de mi madre han sido tajantes respecto a la brevedad de las visitas. Alec no se separa de mi lado; le veo sonreír cuando entra Lebrón seguido de mi hermano Dylan. Me quedo un poco extrañada ante esta singular pareja y me pregunto dónde estarán Aby, Hermes y Tawny. Detrás de ellos aparece Corina con timidez, me besa y se abraza a Alec.

Alec me dice que enseguida regresa y se marcha con ellos. La puerta de la habitación se vuelve a abrir y me emociono al ver quiénes entran. Sabía que no andarían muy lejos.

—Bienvenida al mundo de los vivos ¡Joder, tía! Estás horrible —me suelta Tawny cuando llega hasta mí; ni siquiera en estos momentos abandona sus típicas bromas.

—Tawny, eres la persona más desagradable, más bruta y más burra que pueda existir ¿eso es lo único que se te ocurre decirle? —Aby le riñe y Hermes le da un codazo.

Siempre adoraré estas burlas y peleas entre ellos, los conozco demasiado bien y sé que lo hacen para intentar hacerme olvidar dónde estoy.

Sigo sonriendo, los quiero con locura y sé que, igual que mis padres, están luchando por no desmoronarse delante de mí, aunque sus ojos enrojecidos los delatan.

—No, por supuesto que no; lo que pienso largarle por mi preciosa y perfecta boca es que como se le ocurra volver a darnos otro susto de estos, seré yo quien la mate.

Sonrío como puedo; no me es posible hacer el esfuerzo de reírme, aunque es de lo que verdaderamente tengo ganas. Los miro con cariño y veo que mi querida Tawny, la más fuerte de todos, no se ha podido controlar y señalo con mi dedo unas lágrimas que se deslizan perezosamente por sus mejillas.

—¡Bah! —Se las quita de un manotazo— mi estúpido novio me ha metido el dedo en el ojo.

Al leer en sus labios lo que acaba de decir mis ojos se abren como platos.

—Sí, ha dicho novio —me confirma Hermes al percatarse de mi impresión—, por fin a esta tarada le ha funcionado su única neurona y se ha ido a vivir con él. Por cierto, menudo despliegue ha montado Seytton. Amore, tienes más médicos y personal sanitario que el mismísimo Presidente de la Nación.

Los tres se echan a reír y yo sonrío a gusto al verlos.

Una enfermera nos interrumpe anunciándonos que se tienen que marchar; se despiden a besos y se cruzan con Alec, que en ese preciso momento vuelve a entrar acompañado de alguien. De repente vuelve a invadirme el pánico al ver el rostro del mismísimo demonio a su lado ¡Dios de mi vida! ¡Warren está aquí!

Tiene apoyadas sus manos sobre los hombros de Alec como dándole ánimos y mi pobre amor, ajeno a todo, creo que se lo está agradeciendo. Mi mundo acaba de estallar en mil pedazos, vuelvo al mismísimo infierno. Las lágrimas me caen por las mejillas como un torrente; estoy completamente indefensa, no puedo moverme, no puedo gritar y mi corazón cada vez golpea con más fuerza contra mi pecho. No sé qué demonios le estará diciendo, pero mantiene a Alec entretenido; sé que Warren ha detectado mi cara de espanto y mis lágrimas y lo que está haciendo es impedir que Alec lo vea, no quiere que se acerque a mí. Me esfuerzo todo lo que puedo para que mi garganta emita algún sonido, aunque debe ser inútil porque ninguno de los dos se gira; Alec hace un intento pero él se lo impide y se dirigen hacia la puerta ¡No, por favor! Le está sacando de la habitación. Qué veneno habrá escupido por esa boca para haberle puesto tan nervioso, qué le habrá dicho que sea tan urgente, que mentiras le habrá contado.

Un dolor demasiado intenso me acribilla el pecho, como si mi corazón fuera a explotar en cualquier momento y no consigo respirar bien, me falta el oxígeno, tengo miedo. Alec se vuelve y su cara se desencaja; corre hacia mí con la mirada fija en alguna de las máquinas a las que sigo enchufada y comienza a gritar; algo va mal, mi visión se nubla, las fuerzas me abandonan.

Unas manos acarician mi rostro y abro los ojos; no sé qué me ha ocurrido, me siento muy débil, pero al menos respiro por mí misma. Tengo a un lado a Alec y al otro a mis padres, el semblante de los tres es de auténtica preocupación. Necesito que sepan lo que quiero decirles; hago acopio de todas mis fuerzas y aprieto la mano de mi madre, intento hablar pero sigo sin conseguirlo: la garganta me abrasa, me duele mucho. Cierro los ojos con amargura y muevo su mano.

—Mi vida, ya está todo bien, no te preocupes. Ha sido un pequeño susto.

Abro los ojos y la miro. Me ayudo con la otra mano para comenzar a comunicarme con ellos mediante el lenguaje de signos. Es lo único que puedo hacer.

—¿Quieres decirnos algo? —me pregunta. Y muevo mi mano.

Mi padre se sitúa a su lado y esperan atentos.

—Cariño, deja las manos, leeremos tus labios —dice mi padre al ver que casi no tengo fuerzas

para moverlas.

—Warren Mills —artículo sin voz.

—Warren Mills —repito mi padre y vuelvo a apretar la mano de mi madre en señal de confirmación. Sé que están confundidos, pero quién quiero que lo sepa es Alec, él sabe a quién me refiero.

—Malo —consigo articular de nuevo con un enorme esfuerzo.

—Malo —ahora la que repito es mi madre y vuelvo a apretar su mano— ¿Él fue quién te hizo esto? —Por el gesto de su cara comprendo que lo pregunta con un grito.

Ya no puedo hablar más pero aprieto una y otra vez su mano para asegurárselo y mis ojos se clavan en los de Alec, que despiden furia. Su expresión ha mudado radicalmente, es tan espeluznante como lo que sé que va hacer y que Dios nos perdone por ello, pero es lo que deseo con toda mi alma.

—¡Maldito hijo de puta! —Es lo último que leo en sus labios antes de que mis ojos se cierren; no consigo mantenerme por más tiempo despierta, creo que me han inyectado algo que me está induciendo el sueño.

CAPÍTULO 15

Ya ha pasado casi un mes desde ese fatídico día. Por desgracia una vez más he tenido que luchar con todas mis fuerzas por mi vida, sobrevivir a la paliza tan brutal que me dieron ha sido otro milagro. En el momento en que mi salud lo permitió decidieron mi traslado al Massachusetts General Hospital, que es el centro en el que trabajan mis padres y, por supuesto, Alec dispuso todos los medios necesarios para ello. Allí me sometieron a una segunda operación. Aunque en este tiempo hemos tenido algún que otro susto, parece que poco a poco todo vuelve a la normalidad. Aun tendré que utilizar audífono por un tiempo, el proceso para recuperar la audición es bastante lento pero las expectativas son muy favorables, lo que unido al constante ánimo que me transmiten todos, consigue que no pierda la esperanza en que todo volverá a ser como antes. Me entristeció mucho que tuviéramos que pasar las fiestas navideñas en un hospital y agradezco con toda mi alma a cada uno de ellos que se empeñara en que todo fuera lo más normal posible, colmándome de regalos; ni siquiera faltó un precioso árbol de Navidad.

Aún no me he atrevido a preguntar nada referente a Warren, ni mis fuerzas ni mi estado de ánimo se encontraban en el mejor momento para hacerlo. Tengo la corazonada de que Alec ya se ha encargado de él, aunque siempre que he estado consciente le he visto a mi lado ¿Cuándo lo habrá hecho? De lo que estoy segura es que se las ha arreglado para que la policía no me molestara en ningún momento. Sobre todo estoy muy preocupada por lo que haya podido suceder con Jesse Nox, es horrible que una persona inocente esté pagando la atrocidad que cometió otro.

Me paseo por la habitación mientras Alec, sentado junto a la ventana, ojea el periódico; me quedo mirándolo o más bien admirando a este maravilloso ejemplar de hombre que derrocha sensualidad por todos los poros de su piel; lleva unos vaqueros desgastados, una camiseta con el logo de los Red Sox de Boston y unas deportivas; lo veo relajado pero no me fío mucho ya que siempre oculta ante mí cualquier motivo que intuya que me puede preocupar. Miro a mi alrededor y suspiro melancólica; han intentado por todos los medios que parezca mi propio dormitorio de casa en lugar de la habitación de un hospital. Tengo flores, animales de peluche que Alec me ha ido comprando, dibujos que me ha hecho y hasta las fotografías que nos hicimos mientras abríamos los regalos de Navidad, pero nada es igual, llevo demasiado tiempo aquí.

—Creo que ha llegado el momento, quiero saber qué ha ocurrido con Warren —le digo de sopetón al acercarme a él.

Alec levanta la mirada hacia mí y me sienta sobre sus piernas.

—Ese bastardo ya no existe —dice rodeándome con sus brazos.

—Me parece perfecto —afirmo apoyando lo que ha hecho; nunca pensé que estaría de acuerdo en que una persona acabara con la vida de otra, sin embargo si me preguntaran si hubiera preferido que Alec no lo hubiera asesinado, diría que sí, no quiero más muertes sobre su conciencia—. Ya se acabó todo, cariño —acaricio su incipiente barba, pero aún sigo viendo tormento y preocupación en sus ojos y una repentina presión me oprime el corazón— ¿Qué te ocurre?

Acabo de formular la típica frase que en estos momentos no sé si quiero que me conteste, no sé si quiero saber lo que le sucede o si prefiero conformarme con un simple “nada”, porque algo me

dice que yo soy la respuesta, que en su mente siguen sus demonios; el temor comienza a cernirse sobre mí.

—Tú le has devuelto la vida a mi inerte corazón, sé que no te merezco y juro que no arriesgaré más tu vida —confiesa por fin.

La presión que me oprime se hace más dolorosa al oírlo. Era lo que me temía, tiene miedo. Sigue creyendo lo que ese cabrón ha estado demasiados años metiéndole en la cabeza, toda esa mierda de la maldición.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Tú no has arriesgado mi vida, fui yo por ser una estúpida —sentencio nerviosa. Sé que se siente responsable de lo que me ha sucedido y no pienso permitirlo.

Me coge de la cintura para intentar levantarse pero no se lo permito.

—¡Dios, Chloe! ¿No te das cuenta? Mira lo que te han hecho por mi culpa. No sabría explicarlo; fue algo tan horrible cuando llegue a aquel maldito callejón y te vi... —echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos; puedo sentir su propio tormento, cómo se tortura a sí mismo y me rompe el corazón.

—No, tú no tienes la culpa de nada —insisto— y ahora vas a escuchar con mucha atención lo que quiero que grabes en tu cerebro hasta la eternidad; porque nunca... ¿me oyes? —Alec asiente con la cabeza y cojo su cara entre mis manos— nunca dejaré de decírtelo: amarte hace que todo, absolutamente todo, merezca la pena.

—¡Dios, nena...! —detengo sus palabras tapando su boca con la mía.

—He luchado con todas mis fuerzas para seguir viva ¿y sabes por qué? —susurro en sus labios — amo a mi familia, a mis amigos, pero mi amor por ti fue lo único que me dio fuerzas para no abandonar.

Me levanta para colocarme a horcajadas sobre su cintura y llevarme de vuelta a la cama.

—Te amo demasiado, te quiero hasta la locura y te necesito más que respirar, eres mi todo ¿Crees que sobreviviría sin ti?

—No, como yo tampoco sin ti. Somos uno parte del otro, ese es nuestro destino, grábalo en tu dura cabezota, nunca vas a deshacerte de mí, así que destruye de una maldita vez toda esa mierda, sácala fuera de ti. Porque te juro, Seytton, que como no lo hagas, no hará falta que mueras por mí, porque seré yo quién te mate.

Alec suelta su risa contagiosa, pero no consigo unirme a ella y le miro confundida. No entiendo qué le ha podido hacer tanta gracia.

—¡Eh, te has vuelto muy agresiva! ¿Me amenazas? —Me mira entornando los ojos y enseguida advierte mi inquietud— espera un momento ¿Has pensado que te iba a abandonar? —Su risa desaparece al ver cómo mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

— Yo... —Alec me silencia poniendo su dedo en mis labios y me acuna con ternura envolviendo mi cuerpo con el suyo, ofreciéndome el consuelo que tanto necesito en este momento.

—¡Dios, nena! ¿Cómo has podido llegar a pensar eso? No, no y un millón de veces no —repite incesantemente estrechándome con más fuerza.

Acabo de entenderlo, solo estaba desahogando su dolor; él no puede vivir sin mí como yo tampoco sin él. Necesito a este hombre y lo amo más que a mi propia vida.

—Te informo, señorita por poco tiempo, que quién no se va a deshacer de mi eres tú; por lo tanto ve preparándote para lo que te espera, futura señora Seytton. Y ahora te diré algo, mi amor; fuiste tú quien acabo con todos mis demonios —su voz es tan suave como una caricia de seda y entierro mi rostro en el hueco de su cuello ahogando un sollozo— y en lo que respecta a ese hijo de puta, lo único que me tuvo cegado impidiéndome ver quién era realmente fueron mis ansias de

venganza, algo que él aprovechó para manipularme; pero cometió un grandísimo error: hacerte lo que te hizo, atreverse a tocar lo que yo más quiero en el mundo.

Me envuelve la cara con las dos manos y me mira a los ojos; lo que veo en los suyos es auténtica adoración.

—Quiero pedirte algo —le digo al separarse nuestros labios.

—Ya sabes que te daré lo que quieras.

—Ayuda a Jesse Nox; es inocente, Alec. Ese que ya no existe —no pienso volver a repetir su nombre— me lo confesó, fue él quien mató a Rachel. Jesse me advirtió de todo esto, cariño, y yo no le hice caso; alguna relación tenía con él para saberlo ¿no? Descúbrelo, mi amor, y ayúdale.

—El tema de Nox se está solucionando; recibí unos documentos que Rachel dejó para mí, ahí lo cuenta todo. Me puse en contacto con Hermes y hablé con los abogados que llevan su caso. Le aporté pruebas que encontré. He sabido toda la verdad; él tampoco asesinó a aquella chica que te dije, todo lo preparó Warren. Si no me equivoco debe estar ya en libertad o queda poco para que lo suelten. De todos modos sigo investigando todos los trapos sucios de ese cabrón, aún no sé quién es la persona que recibía el dinero que sustraía de mis empresas. Y hay algo más... —se detiene un instante y suspira agobiado; sé perfectamente lo duro que es todo esto para él— también fue Warren quien provocó tu despido; por lo visto uno de tus exjefes tenía deudas de juego y tú fuiste su moneda de cambio.

—El señor Larson —confirmando decepcionada conmigo misma por lo ingenua que he sido; me acaba de quedar claro el motivo de su presencia en el hotel, al igual que esclarece como Warren sabía lo de mi despido.

—Así es y estoy harto de toda esta mierda; cuanto más investigo más asco me da todo, yo nunca quise esto —añade desanimado— solo quise tener dinero y poder para llevar a cabo mi venganza y ese hijo de puta lo utilizó para manipularme. Yo quería marcharme bien lejos al lugar donde pertenezco, nena, yo no soy hombre de asfalto.

Alec se recuesta a mi lado y apoya su cabeza sobre mi pecho.

—¿Dónde, cariño? —Pregunto mientras entierro mis dedos en su pelo brillante y sedoso jugueteando con sus mechones.

—¿Te acuerdas cuando te hablaba de caballos?

—Sí —contesto y en mi mente aparecen imágenes de nosotros cuando éramos niños, cómo me quedaba embobada oyendo sus historias y explicaciones de unos animales que nunca en mi vida había visto.

—Ese fue siempre mi sueño. Tener mi rancho y criar caballos —prosigue; y noto un punto de añoranza en su voz.

—Hagámoslo —propongo entusiasmada con la idea.

—No, mi amor, ese es mi sueño, no el tuyo —me rebate mirándome con ternura.

—Estás muy equivocado ¿Sabes cuál es mi sueño? Tú... tú eres mi sueño —aclaro rotunda.

—¿Y tu carrera? Yo no... —llevo mi mano a su boca para callarlo.

—¿Sabes por qué quería ser intérprete? En realidad eso era lo que yo deseaba, más que traducir que era lo que hacía en Larson & Miller; igual no lo sabes pero hay una gran diferencia. Quería serlo para vencer mi trauma, mi miedo a que un día llegara a quedarme sorda;

pensaba que si elegía algo para lo que mis oídos fuesen una de las principales herramientas de trabajo nunca los perdería —especifico— ¿Qué estupidez, no? Pero bueno, eso era lo que me motivaba y te recuerdo que estoy sin empleo; será un buen lugar para buscar y comenzar de nuevo.

—Chloe, ¿me dices de verdad que nos marchemos? ¿Serías feliz con ese tipo de vida? — pregunta conmovido y veo cómo brillan sus espectaculares ojos.

—Ya soy feliz porque tú eres mi felicidad esté donde esté, aquí, allá, como si quieres que nos larguemos a Marte —replico risueña, porque tan cierto como que estoy viva es que su felicidad es la mía.

—Nena, Marte no creo que te gustara —pone cara de asco y yo me río— pero sí sé que te va a encantar dónde pienso llevarte cuando salgamos de aquí, iremos directos al paraíso.

Tiro de él hacia mí y meto mis manos por debajo de su camiseta para sentir el tacto de su piel, de su cuerpo desnudo que tanto he echado de menos. Ha sido más de un mes sin poder sentirlo dentro de mí y necesito recuperar todo ese tiempo perdido.

La repentina aparición de Sachs nos interrumpe, lleva una caja entre sus enormes manos que entrega a Alec.

—Feliz Navidad, señorita Breyll —dice antes de marcharse.

Sonríó ante su felicitación; por lo que veo mis fiestas navideñas no se acaban nunca.

—¿Más regalos? —le amonesto frunciéndole el ceño, sabe que le dije que ya era demasiado todo lo que me compró y se encoge de hombros.

— Papá Noel no pudo traer esto el día de Navidad —me explica poniéndome su carita de niño bueno.

Me entrega la caja y me sobresalto al comprobar que se mueve; la abro a toda prisa, lo que sea que va ahí dentro está vivo. El corazón me da un vuelco al ver lo que tengo delante de mis ojos, el perrito más bonito que he visto en mi vida.

—¡Oh, Dios mío! —Grito al cogerlo con cuidado, es tan pequeñito— gracias, mi amor, es precioso —tiro de Alec hacia mí y le inundo la cara a besos.

—Preciosa —rectifica señalándome el lazo rosa que lleva en su cuello; con la emoción al verla no había reparado en él— es hija de Lobito bonito —se empieza a reír al pronunciarlo—. Te quedaste prendada de su padre, así que mandé que buscaran a su dueño; quería saber de qué raza era para comprarte uno igual y por suerte habían tenido cachorros.

Es un Huski Siberiano. Alec me explica que los dueños le informaron que su padre debido a su gran tamaño daba a creer que era un cruce con otra raza.

La acaricio con mimo, una vez más Alec ha adivinado otro de mis deseos, siempre he querido tener un perro; la inspecciono con detalle. Su pelaje es blanco y gris y sus ojos... no podían ser más perfectos, son azul cielo, ese color tan familiar que me fascina.

—¿Te has fijado? ¡Tiene tus ojos!

—¡Lo que me faltaba! —Resopla aguantando la risa— juro que no conozco a su madre — reafirma su juramento llevando su mano al corazón—, no he tenido nada que ver en esto.

—¡Idiota! —le digo muerta de risa, adoro sus ocurrencias.

—¿Cómo vas a llamarla? Solo te pido que no se te ocurra ningún nombrecito cursi.

Le miro frunciendo el ceño, por lo que veo ya me he quedado con el sambenito de cursi; pienso un minuto la forma más cursilona de llamar a mi perrita, pero inesperadamente en mi mente se cuela un nombre que oí una vez.

—Akane —suelto e intento hacer memoria de dónde lo he oído.

—Akane —repite Alec sonriendo— es perfecto, me gusta.

Aparece mi padre y al ver lo que sostengo entre mis brazos me doy cuenta por su espléndida sonrisa de que estaba al tanto de mi nuevo regalo.

—Cariño, el personal del hospital me ha dicho que te quieren mucho pero ya están hartos de

verte por aquí; por lo tanto, señorita, es hora de marcharse —me va anunciando mientras se acerca.

—¿Puedo... puedo irme? ¿Me estás diciendo que... tengo el alta? —pregunto atropelladamente.

—Así es, ya tienes el alta médica; estás perfecta, cariño, ya se acabó todo —pego un bote en la cama asustando a la pobre cachorrita, que se había quedado dormida en mi regazo. Alec la coge para que me levante y me tiro a los brazos de mi padre.

Grito y pego saltos de alegría; mi padre me pide que me tranquilice pero no puedo, estoy demasiado feliz. La puerta se abre y entra Derek que enseguida se une a mi pletórico alborozo; tanto él como Bianca se trasladaron a Boston y no me han dejado sola en ningún momento.

Mi padre se marcha a terminar de arreglar todo el tema burocrático para mi inminente salida, no sin antes soltar una de sus típicas bromas provocándonos la risa, a la que enseguida replican Alec y Derek. No puedo evitar emocionarme cuando veo la complicidad que tienen estos tres hombres de mi vida.

—Papá, ya podemos irnos de aquí; Estoy... no sé... no me lo creo aún —le digo pletóricamente abrazándole a él también.

—Lo sé, mi vida y no puedes ni imaginar lo feliz que me siento; mi niña, mi campeona lo ha conseguido —dice risueño besándome la mejilla.

Le dejo la perrita a Alec y me aparto un poco para hablar con Derek, no he tenido oportunidad de saber qué ocurrió entre Bianca y él.

—Papá ¿arreglaste todo con mamá?

—Sí, cielo, sacamos todo fuera —dice aparentemente satisfecho; quiero pensar que lo de sacar todo fuera no signifique un distanciamiento entre ellos.

—Aquella mujer que te acompañaba el día que coincidiste conmigo en la cafetería ¿Tienes algo con ella? —le interrogo con curiosidad al recordar este encuentro.

Derek se echa a reír.

—¿A qué te refieres?

—Venga, no te hagas el tonto, se colgó de tu brazo como si le fuera la vida en ello —contesto con ironía.

—Una amiga —concreta intentando disimular una sonrisa.

—¿Pero estás con ella? ¿Tienes una relación? —Vuelvo a insistir; me interesa mucho saber qué hay entre esa mujer y él.

—¡Oh, oh, oh! de relaciones nada, solo hemos pasado algún momento divertido.

Arqueo las cejas con asombro; es la primera vez que oigo referirse al sexo de esta forma tan peculiar.

—¿Ahora se llama de ese modo? —Le suelto con descaro—momentos divertidos... —repito burlona.

Derek suelta una carcajada.

—Cielo... —se detiene para controlar su risa— ¿Podrías entender que me cuesta un poco hablar de estos temas con mi propia hija?

—Pues no deberías —replico y enseguida me arrepiento; está claro que no me apetece saber cómo disfruta de su sexualidad.

Me mira con los ojos entornados.

—¿Te apetece explicarme algo tú? —Ataca invirtiendo la pregunta hacia mí.

—Está bien, lo entiendo —desisto enseguida; por supuesto no pienso contarle mi vida sexual a

mi padre— los detalles sobran papá, lo único que me interesa es que tú estés bien y tu corazón también.

—En el momento que te encontré mi corazón volvió a estar perfecto. No debes preocuparte por nada —me sonrío estrechándome entre sus brazos, adoro todo el cariño que desde el primer instante me ha demostrado.

—Por cierto, Alec me lleva de viaje ¿Sabes cuando vuelve mamá?

—Dentro de poco —asegura— márchate y diviértete; ya la verás cuando regreses.

Ha sido toda una coincidencia; las dos están fuera. Bianca tuvo que regresar a Nueva York por negocios y mi madre ha tenido que marcharse a una conferencia en San Francisco.

Alec me pide que vaya a vestirme mientras él recoge algunas de mis cosas, el resto ya se encargaran de enviármelo. Abro el armario y escojo un conjunto de los que Alec me regalo en Navidad. Unos leggins grises que combina a la perfección con un maxi jersey en color ocre y unos botines moteros en negro. Justo en ese momento recibo una llamada de Bianca con la que charlo al mismo tiempo que voy poniéndome la ropa; la siguiente en llamar es mi madre. Tanto una como la otra ya estaban al tanto de mi alta hospitalaria. Me observo en el espejo: mi aspecto es saludable aunque un poco más delgada; suspiro satisfecha, ya quedó atrás el andar todo el día en pijama, creo que acabaré por quemarlos todos.

Me he despedido de todo el personal del hospital y de todo el equipo de médicos que me han atendido. Alec me propone ir a cenar antes de salir hacia el aeropuerto, y enseguida Derek se ofrece a ocuparse del cachorro durante mi ausencia; se lo agradezco pero rechazo su ayuda, me hace mucha ilusión llevármela; vuelve a insistir y busco el apoyo de Alec pero es todo lo contrario: se une a él convenciéndome de que no es una buena idea, me aclara que acaba de pasar muchas horas de vuelo y es demasiado pequeña para volver a someterla a otro viaje tan pronto.

Creo que la felicidad me va a estallar por todo los poros de mi piel; le pregunto a Alec dónde nos vamos y me comenta que, como he decidido empezar una nueva vida, lo más lógico es ir a visitar el lugar donde nos vamos a ir a vivir que no es otro que el maravilloso estado de Montana, exactamente Kalispell; grito de alegría, me enamoré de aquel lugar y sé cuánto significa para él.

Cuando al fin salgo del hospital inspiro con fuerza el olor de mi ciudad; nunca pensé que echaría tanto de menos sentir el frío del invierno en mi cara, el bullicio de la gente a mi alrededor; rechazo de inmediato el coche que nos está esperando. Alec me frunce el ceño, pero tras ver mi cara de desilusión, sonrío y lo aprueba; cojo su mano, entrelazo mis dedos con los suyos y echamos a caminar.

Hemos recorrido calles que conozco a la perfección, hasta llegar al barrio de North End, el más antiguo de Boston, donde hemos cenado en un pintoresco y acogedor restaurante italiano.

Una vez en el avión y después de despegar Alec propone que veamos una peli; le hago una mueca de disgusto y le señalo pícaramente el dormitorio del avión. Él me regala su sonrisa provocadora pero niega con la cabeza; su rechazo me sienta como una patada en el culo, sé que se debe a su preocupación por mí y enseguida le comunico que ya puedo retomar mi vida sexual; me besa y vuelve a sonreír diciéndome que así es cómo le gusta tenerme: ansiosa, muerta de deseo por él, pero será cuando él lo decida; le escruto con la mirada y tengo la extraña sensación de que oculta algo; intento darle un pellizco en el brazo, pero no lo consigo, está tan duro que es imposible, así que le muerdo. Alec estalla en carcajadas y comienza a hacerme cosquillas hasta que entre risas y gritos, le suplico que deje de hacerlo. Comienza la película y me recuesto encima de él sin dejar de toquetearlo; me riñe agarrándome las manos para que me esté quieta y amenazándome con llevarme atada todo el viaje; me río al ver cómo lucha contra su propio deseo

y no puedo evitar extrañarme de su tozudez, pero no me queda más remedio que desistir. Se queda por un momento en silencio, salta a la vista que algo ronda por su cabeza, sin embargo no pronuncia palabra alguna; coge el mando y pone la película. No sé si lo ha hecho adrede pero la peli es tan lenta y aburrida que invita al sueño, pero no protesto al ver lo absorto que está mirándola; poco a poco me voy quedando dormida entre sus brazos.

Alec me despierta con un beso, la forma más tierna y dulce de despertar a alguien. Abro perezosamente los ojos, estoy en la cama arropada hasta la cabeza y me sorprende al ver que él está vestido ¿No ha dormido? Miro junto a mí y efectivamente su lado está intacto; intento preguntar pero mis palabras se estrellan contra su boca.

Sin apenas dejarme retomar el aliento, tira de mis manos y me levanta, me acerca mi ropa y me ayuda a vestirme; debí dormirme como un tronco, ni siquiera me desperté cuando él me desnudó para meterme en la cama.

Mientras lo hace se va moviendo al compás de alguna música que no oigo y busco con la mirada dónde pueden estar mis audífonos, Alec me los tuvo que quitar cuando me quedé dormida; enseguida advierte mi búsqueda y con una sonrisa juguetona me señala con la barbilla dónde los dejó, están en su cajita sobre la mesilla de noche. Los coloco en mis oídos y enseguida escucho la aterciopelada y romántica voz de Charlie Puth cantando *Suffer*; me gira para que apoye mi espalda en su cuerpo y comenzamos una sensual danza; hunde su cara en mi cuello besándome de esa forma tan seductora detrás de la oreja, lo que aviva aún más el deseo que me late por todo el cuerpo; desliza sus manos por la curva de mis pechos, prosigue por mi cintura, desciende por mi vientre y sigue bajando hasta mi núcleo ardiente que suplica su contacto; cierro los ojos entregándome por completo a esas mágicas manos que me están enloqueciendo; su pelvis se roza insinuante contra mi culo y percibo su magnífica erección; su boca y su deliciosa lengua no abandonan mi cuello, pero de pronto noto uno de sus mordiscos, sus manos se detienen y se aleja de mi cuerpo.

—Pero ¿Qué haces? —le grito volviéndome hacia él.

—Cariño, hemos llegado —me señala la luz roja que indica la inminencia tanto del despegue como del aterrizaje; en este caso es lo segundo.

Aprieto los puños al mismo tiempo que me muerdo la lengua para no empezar a soltarle todas las barbaridades que en estos momentos pasan por mi cabeza y salgo del dormitorio como alma que lleva el diablo, pero me alcanza antes de llegar a mi asiento.

—Nena, no te enfades —susurra abrazándome por detrás.

—No me gustan estos juegucitos —le espeto removiéndome para que me suelte, pero está claro que no lo va hacer. Me dan ganas de ponerme a gritar de la frustración que siento.

—Cariño, no estoy jugando, me muerdo por follarte —contesta con esa voz ronca y sensual que me derrite; noto su excitación tanto como la mía.

—¡Entonces! ¿Por qué mierda no lo haces? —inquiero bruscamente.

Me gira para tenerme frente a él y trago saliva al ver ese anhelo voraz en sus gloriosos ojos azules, unos ojos que nunca me cansaré de mirar.

—Porque en el momento que entre dentro de ti no pienso salir en una buena temporada, no pienso parar hasta que me supliques que lo haga y aún así, no sé si lo podré hacer. Contenerme contigo es lo más duro que he tenido que hacer en mi vida.

La azafata aparece indicándonos lo que ya sabemos, que vamos a tomar tierra; finjo una sonrisa ya que mi buen humor se está disipando y me acomodo en el asiento. Mi cabeza sigue dando vueltas; si está tan desesperado como yo ¿por qué lo retrasa tanto? No es su comportamiento

habitual. Alec es impulsivo en lo que se refiere a mí, aunque admito que su temor a hacerme daño le frena. Menuda estupidez, ya le aclaré que estoy perfectamente. Es lo único que se me ocurre pensar ante su comportamiento.

Miro mi muñeca para ver la hora y me quedo extrañada al ver que no llevo puesto el reloj, juraría que cuando subí lo llevaba; miro de reojo a Alec y veo que él tampoco lleva el suyo. Intento deducir: según la hora de salida más las ocho horas de vuelo y restando las dos de diferencia con Montana, debe ser la una de la madrugada. Me dispongo a mirar por la ventanilla pero Alec me lo impide tirándose sobre mí besándome como un loco; no sé qué demonios le ocurre pero desde que hemos entrado en este avión hace cosas muy raras.

El avión se detiene y Alec me desabrocha el cinturón impaciente, me lleva hasta la puerta que él mismo abre, otra rareza ¿Dónde está la azafata? Salgo y cierro los ojos de inmediato a la luz del sol que me impacta de lleno en la cara ¡Esto es imposible! Parpadeo y miro desorientada hacia la terminal, donde leo en un panel informativo Aeroporto Internazionale Marco Polo.

—Esto... esto, ¡Oh, Dios mío, estamos en Venecia! —Grito como una loca y me lanzo a sus brazos; lloro y río al mismo tiempo; esto es increíble, todo es increíble. Ahora entiendo por qué no me ha dejado mirar por la ventanilla y por qué no llevamos reloj, se cambian automáticamente y hubiera fastidiado la sorpresa.

—Siempre haré que tus sueños se cumplan —dice y una amplia y serena sonrisa aparece en sus labios.

—Eso fue lo que me prometiste cuando éramos pequeños y no has dejado de hacerlo —le recuerdo besando esa boca que tanto me fascina.

—Andando, tenemos muchas cosas que hacer —me apremia y suelto un grito cuando me coge en brazos para bajar las escalerillas del avión. De repente oigo los vítores y aplausos de toda la tripulación a nuestra espalda; giro la cabeza hacia ellos y les tiro un beso con la mano agradeciendo su ayuda en mi maravillosa sorpresa.

Alec me explica que podemos llegar hasta la ciudad por tierra hasta Piazzale Roma, el único lugar al que es posible llegar en automóvil en Venecia, eso o navegando. El aeropuerto dispone de un embarcadero y, dado el lugar en que nos encontramos, quiere que lleguemos navegando; me conduce hacia allí y subimos a una exclusiva lancha que nos lleva directamente al Gran Canal, donde una preciosa góndola adornada de orquídeas rosas nos espera. Algo que no me extraña, se convirtió en mi flor favorita pues fue su primer regalo con un propósito tan sugestivo como directo.

Nos vamos acercando hacia el famosísimo puente Rialto y a lo lejos puedo divisar la cúpula de la basílica de San Marcos; el gondolero gira hacia la izquierda siguiendo por algunos de sus innumerables canales adentrándonos cada vez más en las entrañas de esta espectacular ciudad. Admirar esta maravilla es algo inenarrable.

La góndola se detiene en un embarcadero privado que, casualmente, también está adornado en cada extremo con más orquídeas; miro a Alec y sonrío emocionada. Me ayuda a bajar y mis pies se posan en una llamativa y esplendorosa alfombra roja. Al fondo se alza ante nosotros un magnífico Palazzo en cuya fachada se alternan la piedra de Istria con el mármol rojo de Verona. Me siento como la princesa de un hermoso cuento de hadas.

—No sé cómo decirte lo que este día va a significar para mí.

—Hoy va a significar para los dos —asegura y advierto en su mirada una expresión difícil de discernir.

De pronto veo aparecer a... ¿Mis madres? Pero... ¿Qué hacen aquí? Conforme se van

acercando con una enorme sonrisa en sus caras, advierto los elegantes trajes que llevan, estoy tremendamente confundida ¿Qué es todo esto?

—¡Benvenuti! —Saludan las dos a coro— ¡Hay que darse prisa, todo está preparado! —apremia Bianca dando palmaditas.

—Espero que hayas sido un buen chico cumpliendo lo que nos prometiste —le recuerda mi madre a Alec.

—Señoras, siempre cumplo lo que prometo; aunque añado que esta es la promesa que más me ha costado cumplir.

¿De qué demonios hablan? ¿Qué es lo que ha tenido que prometer? Alec me da un beso fugaz y desaparece. Mi boca está tan abierta como mis ojos ¡No entiendo nada!

—¿Qué hacéis aquí? —Pregunto con una risita nerviosa— ¿Hay una fiesta? ¿Qué celebramos? —miro primero a una y después a la otra esperando impaciente que alguna de ellas suelte algo; desde que he salido del hospital todo lo que me está sucediendo es demasiado insólito.

—¡Tu boda! —Corean las dos exultantes de alegría y con lágrimas de emoción brillando en sus ojos.

¡Dios, mío! Mi felicidad se desborda, creo que voy a desmayarme; las piernas me tiemblan, en realidad todo mi cuerpo tiembla y enseguida lo entiendo todo: su comportamiento por mantener a salvo la sorpresa y cómo ha mantenido su promesa de cumplir la tradición de no tener sexo con la novia ni dormir con ella el día antes de la boda. Mis ojos se llenan de lágrimas, nunca pude imaginar que me casaría en uno de los lugares más románticos del mundo y con el hombre que siempre fue dueño de mi corazón. Juntos descubrimos el amor cuando solo éramos unos niños y la vida nos ha vuelto a unir para sellar el pacto de nuestro indisoluble amor. Mi querido y amado dragón fue mi principio y, convertido en Alec Gerald Seytton, es mi final.

EPÍLOGO

DIEZ MESES MÁS TARDE

Hoy es el trigésimo cumpleaños de Alec y quiero que este día sea perfecto. Soy totalmente consciente de los dolorosos recuerdos que este día trae a su mente; es el primero que vamos a celebrar como marido y mujer. Cuando le comuniqué mi decisión de dejar yo también de celebrar los míos, me lo prohibió de inmediato; según él, agradecerá cada día de su vida mi venida al mundo y me lo demostró organizándome una de las más impresionantes fiestas de cumpleaños que nadie pueda tener.

Voy de un lado a otro como loca; mi enorme barriga me impide hacer determinadas cosas y tengo que ir con cuidado, nuestra niña nacerá el próximo mes. Tengo grabada en mi mente la imagen de Alec cuando la ginecóloga nos lo anuncio; su estallido de alegría fue descomunal y por segunda vez vi lágrimas en sus ojos, aunque con una gran diferencia: estas eran de pura felicidad.

Hemos emprendido una nueva vida; Alec vendió sus empresas y ha empleado todo ese dinero en obras benéficas, centros de investigación —uno de los cuales es la fundación médica a la que pertenecen mis padres—, centros de ayuda a niños sin hogar, instituciones filantrópicas y un largo etcétera. Como bien dijo, hasta entonces su dinero solo había servido para hacer cosas malas y llegó la hora de que toda esa fortuna manchada de sangre, sangre de su propia familia, sirviera para hacer el bien. Así que lo que tenemos ahora proviene de lo que sus padres ahorraron para cuándo llegara el momento en que Alec tuviera que ir a la Universidad. Admiro la habilidad con que ha sabido moverlo para aumentarlo como la espuma. Según él este es su auténtico dinero, el que realmente le pertenece.

La campanilla del horno me avisa de que mi bizcocho ya está listo; la recuperación de mis oídos ha sido otra de mis muchas alegrías, el izquierdo ya está al cien por cien, tan solo necesito el audífono para el derecho. Salgo de la cocina en busca de Alec, que aún sigue en las cuadras.

Vivimos en un magnífico rancho, en el mismo lugar al que Alec me trajo un día como hoy por primera vez. Construyó nuestra preciosa casa estilo Tudor, rodeada de hermosos jardines y donde la hiedra que cubre alguna de sus fachadas nos regala una eterna primavera.

Pese al poco tiempo que llevamos emprendiendo esta nueva vida ya tenemos más de veinticinco caballos pura sangre. Alec está luchando para convertirlo en uno de los ranchos más importantes del Estado; trabaja muy duro y codo con codo con todas las personas que ha ido contratando. Los indios que conocí la primera vez que vine aquí trabajan para nosotros junto a otras diez personas más. Nuestro bebé aún no ha nacido pero, al igual que yo, ya tiene su propio caballo, aunque debido a mi embarazo aún no he podido salir a cabalgar con él. Adoro cada rincón de este maravilloso paraíso, que así es como decidimos llamar a este glorioso remanso de paz y tranquilidad.

Me sobresalto al oír el ladrido de Akane; es extraño, ella nunca ladra a la gente que conoce y me sorprende aún más no haber recibido ninguna llamada de Robert para comunicarme que tengo una visita; es el empleado encargado de atender las entradas y salidas del rancho.

De pronto su ladrido cesa y comienzo a llamarla, igual se ha asustado por algo; pero no viene, así que salgo por detrás, que es de donde provenía tanto alboroto. Sin apenas darme cuenta noto que alguien me agarra con fuerza de los brazos y mi espalda se estrella contra un cuerpo.

—Hola guapa ¿Dónde está tu maridito? —Pregunta una voz extraña. El pulso se me empieza a acelerar desafortunadamente; aunque el miedo se agarra a mis entrañas, forcejeo y grito con todas mis fuerzas hasta que oigo el motor del todoterreno de Alec.

Al instante le veo venir corriendo hacia mí con el semblante desencajado, hasta que ve la mano de mi agresor en mi garganta y se detiene en el acto.

—¡Quítale ahora mismo las manos de encima! —grita fuera de sí.

—Vaya, vaya... ¡Cómo has crecido muchacho! ¿No te acuerdas de mí, verdad?

Alec se acerca más; sus ojos desprenden ira, su mandíbula está tan tensa como los músculos de sus brazos. Esa maldita palabra, “muchacho”; le llama igual que lo hacia el despreciable de Warren.

—No volveré a repetírtelo, hijo de puta, quita tus asquerosas manos de mi mujer —dice Alec mientras sigue aproximándose.

—¡Qué humos traes! ¡Quieto ahí o le vuelo la cabeza a esta preciosidad!

En ese instante noto el frío del cañón de un revolver en mi sien y veo el terror en los ojos de Alec, que obedece de inmediato.

—Está bien, tranquilo ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que sufras tanto que me ahorres el tener que quitarte la vida, lo harás tú solito. Ya te arrebaté a tu familia una vez y ahora volveré hacer lo mismo. Voy a quitártelo todo, como tú has hecho conmigo. Voy a matar a tu mujer y tu bastardo no nacerá. Qué casualidad ¿no? La puta de tu madre también estaba embarazada.

¡Dios de mi vida! Mi miedo se ha transformado en un insostenible pánico al oír esta espeluznante confesión. ¡Él fue la persona que verdaderamente mató a su familia!

Alec no demuestra ningún tipo de emoción, está impasible, pero sé perfectamente que en este momento quiere desecharse de su cabeza lo que acaba de oír, se ha dado cuenta de las intenciones de este mal nacido que no es otra que provocarlo, que pierda los nervios pero mi amor es demasiado listo para dejarse engañar.

—Está bien, me quieres a mí; déjala a ella, me pegaré un tiro delante de ti si es lo que deseas, pero ahora suéltala —ordena Alec con la voz tranquila tragándose su ira. Sé que evita a toda costa todo lo contrario, que mi agresor no pierda los nervios.

—¡Nooooo, Alec! —chillo enloquecida, rompiendo a llorar. Sé que es capaz de hacerlo, Alec le está ofreciendo su vida en bandeja. Forcejeo pero aprieta con más fuerza haciéndome mucho daño y un dolor agudo en mi bajo vientre me dobla hacia delante.

—Hijo de puta, te cargaste a mi hermano —dice carcajeándose, como aprobándolo— aunque eso es lo de menos, me has ahorrado el trabajo de hacerlo yo; Warren ya empezaba a molestar demasiado y estaba llegando el momento de que yo tomara las riendas. Aunque admito que hizo el mejor trabajo de su vida —vuelve a soltar esa espeluznante carcajada— muchacho, has estado todo este tiempo con tu peor enemigo y lo mejor de todo es que nos quitaste de en medio a la competencia. Pero cometiste un gravísimo error: bloquear mis cuentas y tocar mi dinero; ese dinero era mío, tuvo que ser mío desde primera hora si tu abuelo, ese maldito viejo, me hubiera cedido las tierras.

Alec sigue impasible, como si hubiese colocado sobre su rostro una máscara inescrutable. Mis ojos claman desesperados una mirada suya pero es inútil los tiene clavado en este maldito canalla, acechando cualquier inesperado movimiento que le pueda permitir lanzarse sobre él.

—Tienes razón y podemos arreglar ahora mismo todo esto —concede Alec prosiguiendo en su tono tranquilizador, por nada del mundo quiere provocarlo y poner mi vida en

peligro—. Te daré todo el dinero que tengo, pero antes quita esa pistola de su cabeza, y apúntame a mí.

—¿Qué dinero cabrón? ¿Esto...? ¿Lo que vale todo esto!? No me interesa ¿Qué has hecho con todo? ¿Donarlo, hijo de puta? Eso es lo que has hecho, has donado lo que yo quería. Así que yo te arrebataré lo que tú quieres.

Abatido por su derrota en intentar evitar la despiadada y tajante decisión de acabar con mi vida, detona la reprimida ira de Alec.

—Voy a matarte —escupe Alec acercándose amenazante y en ese instante dejo de sentir el revólver en mi sien y veo cómo lo encañona hacia él. Mi posición me impide verle la cara pero no hace falta; el despecho y la rabia que escupen sus palabras me dicen que no dudará en apretar el gatillo.

Me trago el pánico y, haciendo acopio de toda mi fuerza, le empujo hacia atrás para desestabilizarle y golpearle con mi codo en el estómago; dispara el arma y Alec se abalanza sobre él, pierdo el equilibrio y me estrello contra el suelo.

Me arrastro como puedo y grito de dolor, un dolor que cada vez es más fuerte ¡Dios de mi vida, protege a mi pequeña! Lanzo mi plegaria al cielo. Intento ponerme en pie pero mis piernas se han quedado sin fuerza; miro hacia donde está Alec y veo cómo se golpean; con la mirada desesperada localizo el revólver que ya no lleva en sus manos, pero enseguida ese mal nacido intenta recuperarlo; el pánico me inyecta adrenalina en las venas para incorporarme aguantándome la barriga y consigo cogerlo; lo empuño entre mis manos y disparo una, dos, tres veces hasta vaciar el cargador en ese cuerpo ya inerte. Noto las manos de Alec posándose sobre las mías, me lo quita y me abraza con fuerza; siento el latido acelerado de su corazón y su respiración entrecortada. Tiemblo entre sus brazos sin conseguir articular palabra alguna, acabo de matar a un hombre.

—Tranquila, mi amor, ya pasó, ya pasó, dime que estás bien —repite al mismo tiempo que grita pidiendo ayuda.

Me coge en brazos corriendo hacia nuestro dormitorio y me tumba en la cama.

—Chloe, por favor, dime algo —me implora examinándome minuciosamente, acariciando mi barriga y veo cómo se humedecen sus ojos. Su labio inferior está sangrando y tiene magulladuras por la cara, pero gracias a Dios el disparo no le alcanzó.

—Estoy bien, estamos bien. Sí, sí, seguro, no te preocupes —consigo recuperar el habla; aunque mis palabras suenan temblorosas necesito tranquilizarle. De pronto me viene a la cabeza mi perra y me temo lo peor— ¡Akane! ¡Alec! ¿Dónde está Akane?

Alec grita llamándola, pero no viene.

—Búscala, tráemela por favor —le pido en un llanto histérico.

Alec sale corriendo gritando su nombre; de repente vuelve otro intenso dolor que procede de mi espalda hasta mi bajo vientre y me encoge por completo; algo no va bien. Al instante oigo los alarmantes sonidos de las sirenas de la policía y la ambulancia

—Aquí la tienes, está herida pero se pondrá bien —asegura Alec acercándomela.

Mi pobre perrita está inconsciente pero su corazón sigue latiendo y respira.

—Lo he matado —susurro.

—No pienses en ello, mi vida. ¡Dios! ¿Esto no se acabará nunca? Todo es... —silencio a Alec cubriendo su boca con mi mano y lleva las suyas a su cabeza desesperado. El dolor que refleja su rostro me desgarras.

—Ahora sí que se acabó. ¡Nadie me arrebatará mi familia! ¡Nadie! ¿Me oyes? Mataré por ti al igual que moriré por ti —sentencio repitiendo sus mismas palabras, las que siempre me ha dicho.

DIA DE NAVIDAD

Estas son las mejores navidades de mi vida. Mi parto se adelantó y, después de casi diez horas de máxima tensión, vino al mundo nuestra preciosa niña, Priscilla Caroline Seytton. Por una diferencia de dos horas no coincidió su nacimiento con el de su padre. Ella volatilizó de nuestras mentes el trágico suceso que provocó su llegada anticipada. Lloré de pura felicidad cuando Alec la puso entre mis brazos y fue la tercera vez que vi lágrimas en los suyos. Ninguno de los dos podíamos dejar de mirarla, de tocar sus manitas, sus piecitos, su preciosa carita; ella era el fruto de nuestro amor, nuestro bien máspreciado; íbamos a dedicar el resto de nuestras vidas a amarla, cuidarla y protegerla.

Vuelvo a mirar impaciente mi reloj; tengo un regalo muy especial preparado para Alec.

Toda la familia está reunida alrededor de nuestro precioso árbol de Navidad, abriendo los regalos. Llamen a la puerta y me encamino hacia allí. Abro y sonrió: acaba de llegar mi regalo para Alec.

—Me alegro de verte —la saludo con un beso en la mejilla

La hago pasar al estudio de Alec, no quiero que nadie vea mi sorpresa y le pido un minuto para ir a buscarlo. Alec se había marchado con Priscilla a su habitación para intentar dormirla, una ardua tarea que casi siempre se la dejo a él. Convertido en el mejor padre del mundo, es adorable verlo con ella, esa cosita minúscula que se pierde entre sus brazos. Abro con cuidado la puerta y me quedo un instante observando, nada en el mundo me produce más placer que ver lo que tengo delante de mis ojos, dos bellezas incomparables. Me acerco y beso su cara sonriente, satisfecho de su triunfo, y a mi regordete bebé que duerme plácidamente en sus brazos.

—Ven conmigo, quiero darte mi regalo —le susurro al oído, mientras Alec la deja con sumo cuidado en la cuna.

Cojo su mano para llevármelo, se es que la única forma de sacarlo de la habitación, adora contemplar cómo duerme nuestra hija

—¿Más? —Replica sorprendido— mi regalo más importante eres tú y nuestro precioso ángel —me dice regalándome una de sus arrebatadoras sonrisas con hoyuelos.

Le pido que me espere en el salón y me voy pitando a por ella. Aparezco con mi acompañante y veo su confusión al igual que la del resto de la familia.

—Aquí tienes mi regalo —señalo con una sonrisa a mi lado.

—¿Perdón? —Alec me mira atónito y tengo que aguantar la risa.

—Te presento a Anne Garber —le anuncio.

—Es un placer conocerle, señor Seytton —le saluda Anne sonriente aunque algo me dice que, como yo, está aguantando las ganas de echarse a reír por la cara de asombro de Alec—. He oído hablar mucho de usted —dice extendiéndole su mano y mi estupefacto marido se la estrecha.

Dejo correr unos segundos, creando esta expectación que me divierte tanto y adoro la complicidad de Anne en todo esto. Le guiño el ojo y ella saca de su bolso un paquete que entrega a Alec.

—Ahí tienes mi regalo —aclaro al fin, instándole a que lo abra y se encuentre con tres tomos exquisitamente encuadernados en piel—. Ella ha escrito nuestra historia; nuestro amor nunca desaparecerá aunque nosotros ya no existamos; perdurará hasta la eternidad.

Alec me mira con los ojos muy abiertos por la impresión y me abraza emocionado. El resto de

la familia responde enseguida entre carcajadas y aplausos. Anne se acerca a nosotros y nos toma de las manos.

—Quiero agradeceros con todo mi cariño lo que me habéis hecho sentir al escribir esta maravillosa historia. He llorado con vosotros, he reído, he sufrido y me he enamorado. Y recordad que siempre, siempre estaréis en mi corazón.